

Alianza
editorial

PO PU LIS MO

una
breve
introducción

Cas Mudde
Cristóbal Rovira
Kaltwasser



Cas Mudde
y Cristóbal Rovira Kaltwasser

Populismo

Una breve introducción

Alianza editorial

Índice

Agradecimientos

Prefacio a la edición española

1. ¿Qué es el populismo?

Un concepto esencialmente controvertido

Un enfoque ideacional

Conceptos centrales

El pueblo

La elite

La voluntad general

Las ventajas del enfoque ideacional

2. El populismo en el mundo

Norteamérica

América Latina

Europa

Fuera de las tres regiones principales

El populismo en el tiempo y en el espacio

3. Populismo y movilización

Liderazgo personalista

Ejemplo: Alberto Fujimori en Perú

Movimiento social

Ejemplo: el Tea Party en Estados Unidos

Partido político

Ejemplo: el Frente Nacional en Francia

Un modelo dinámico

Conclusión

4. El líder populista

El «hombre fuerte» carismático

La vox populi

Mujeres

Empresarios

Líderes étnicos

El *insider-outsider*

La imagen populista

5. Populismo y democracia

Populismo y democracia (liberal)

El populismo y el proceso de des-democratización

Variables intervinientes

Populismo versus democracia

6. Causas y respuestas

Explicar el éxito y la derrota del populismo

La demanda de la política populista

La oferta de la política populista

Respuestas contra el populismo

Respuestas a la demanda

Respuestas a la oferta

La respuesta iliberal del populismo

Referencias

Lecturas complementarias

Créditos

*Para Joe, Maryann,
Oscar y Sofia*

Agradecimientos

Vaya nuestro agradecimiento a los numerosos colegas y amigos que han leído (partes de) el manuscrito y nos han brindado sus importantes impresiones; entre ellos, Ben Stanley, Carlos de la Torre, Jan-Werner Müller, Kenneth Roberts, Kirk Hawkins, Luke March, Maryann Gallagher, Matthijs Rooduijn, Paul Lucardie, Petr Kopecký, Sarah de Lange y Tjitske Akkerman. Asimismo, presentamos partes del manuscrito en la Universidad de Ámsterdam (marzo de 2015) y la Universidad Aristóteles de Salónica (junio de 2015), y nos hemos beneficiado de la crítica constructiva de los participantes en ambas actividades. También nos beneficiamos de las dos series de revisores anónimos que aportaron comentarios sobre la propuesta del libro y el manuscrito completo, así como del apoyo del equipo de Oxford University Press, en particular Nancy Toff y Elda Granata. Edgard Berendsen y Cristóbal Sandoval también han sido de gran ayuda durante todo el proceso de producción.

Cas desea reconocer el apoyo del Kellogg Institute for International Studies en la Universidad de Notre Dame, donde pudo aprender sobre populismo fuera del contexto europeo gracias a una beca de un año en 2009-2010. También quiere dar las gracias a la School of Public and International Affairs de la Universidad de Georgia por autorizarle a realizar una investigación en la primavera de 2015, lo cual le permitió trabajar en el libro y debatir los primeros borradores con colegas del mundo entero. Por último, expresa su más hondo agradecimiento a Jan Jagers, antiguo estudiante de doctorado y actual amigo, que ha contribuido con aportes cruciales a su comprensión del populismo.

Cristóbal desea reconocer el apoyo del Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico de Chile (FONDECYT, proyecto 1140101) y del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES, CONICYT/FONDAP/15130009) Milenio de Chile (proyecto NS130008). Asimismo, reconoce el apoyo de la Universidad Diego Portales y del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD), que le permitió realizar una estancia durante julio y agosto de 2015 en el Centro Científico para la Investigación Social de Berlín (WZB) para trabajar en este manuscrito. Por último, desea dar las gracias a Rossana Castiglioni y Manuel Vicuña en Santiago de Chile, así como a Wolfgang Merkel y Gudrun Mouna en Berlín, que han apoyado este proyecto.

Prefacio a la edición española

La palabra «populismo» se ha puesto de moda. Académicos, comentaristas y periodistas la utilizan para analizar un sinfín de fuerzas políticas, por lo que a veces da la impresión de que el populismo fuese hoy en día inherente a todo fenómeno político. Lo cierto es que esto no es verdad. Parte del problema radica en que muchas veces se hace uso de la palabra «populismo» sin ofrecer una definición clara, de tal manera que la confusión conceptual está servida. Al mismo tiempo, en el debate público comúnmente se recurre a la palabra «populismo» para denostar aquellas actitudes y fuerzas políticas que a muchos les disgustan, de modo que se trata de un término que frecuentemente cumple una función retórica.

No obstante, las ciencias sociales en general y la ciencia política en particular han venido generando un importante acervo intelectual en torno al populismo. El presente libro toma en consideración dicho acervo para ofrecer así una introducción a qué es el populismo y cómo puede estudiarse. Aun cuando una parte importante de esta obra se basa en investigaciones comparadas que nosotros hemos desarrollado en los últimos años, también es cierto que incorporamos los hallazgos de muchos estudios escritos por académicos que analizan diversos países y regiones del mundo.

En este breve prefacio a la edición española nos interesa reflexionar en torno a tres temas que nos parecen relevantes para la comunidad hispanohablante: el debate conceptual sobre el populismo en América Latina, la distinción entre populismos de izquierda versus de derecha y la particularidad del populismo en España actualmente.

El primer tema que nos interesa abordar es el debate conceptual sobre el populismo en América Latina. Cabe

indicar que el interés académico sobre el populismo es relativamente reciente en Europa y está directamente vinculado a la aparición de partidos populistas de extrema derecha, los cuales se oponen a la inmigración, tienden a defender valores tradicionales y están crecientemente en contra de la Unión Europea. Sin embargo, el estudio del populismo tiene una larga trayectoria en América Latina, una región que, desde la Gran Depresión de 1929 en adelante, ha experimentado la irrupción (y caída) de diversos tipos de populismo con legados históricos significativos.

Por ello, entre quienes estudian América Latina existe un nutrido debate en torno a cómo conceptualizar el populismo, y a grandes rasgos es posible identificar cuatro definiciones: estructuralista, económica, político-estratégica y discursiva¹. La conceptualización estructuralista plantea que el populismo debe ser entendido como un tipo de régimen político que se sustenta en una alianza multclasista y un liderazgo carismático con el objetivo de implementar el denominado modelo de desarrollo de industrialización por sustitución de importaciones. Por su parte, la definición económica argumenta que el populismo es antes que nada un conjunto de políticas macroeconómicas promovidas con el fin de ganar elecciones, pero que, una vez implementadas, terminan por generar niveles de gasto insostenible y desencadenan, tarde o temprano, profundas políticas de ajuste. En tercer lugar, el enfoque político-estratégico concibe al populismo como liderazgos personalistas que son capaces no solo de movilizar a una gran cantidad de votantes que no tienen vinculación entre sí, sino también de montar una maquinaria electoral con escasa institucionalidad que es dirigida por el líder personalista en cuestión. Por último, la definición discursiva arguye que el populismo consiste en la construcción de una identidad popular que articula una serie de demandas insatisfechas mediante la identificación de una elite que se opone a los designios del pueblo; se trata, por lo tanto, de un

proyecto transformador que busca la emancipación y favorece la autodeterminación colectiva de la sociedad.

Este no es el lugar para debatir respecto a los aciertos y defectos de cada una de estas conceptualizaciones. Basta con decir aquí que dichas definiciones son útiles para estudiar determinados tipos de populismo que han surgido en América Latina, pero no es del todo claro que puedan ser utilizadas sin problemas para analizar la realidad política de otros países y regiones. En el lenguaje de la política comparada es posible plantear que las definiciones de populismo elaboradas para comprender Latinoamérica no «viajan» bien a la hora de llevar a cabo estudios en otras latitudes del mundo. No obstante, es preciso indicar que en los últimos tiempos la conceptualización discursiva ha ganado bastante terreno en el estudio del populismo más allá de América Latina, lo cual se debe sobre todo a la influencia de Ernesto Laclau, un filósofo político argentino que hizo gran parte de su carrera académica en el Reino Unido y también buscó siempre influir en el debate político de manera activa².

Como el lector podrá percibir a lo largo del presente libro, existe una relativa afinidad entre el «enfoque ideacional» que nosotros planteamos y el enfoque discursivo elaborado por Laclau, ya que en ambos casos se postula que el populismo debe ser entendido como una construcción ideológica que se sustenta en la distinción maniquea entre «el pueblo» (que es visto como una comunidad íntegra) y «la elite» (que es concebida como una entidad deshonesto e interesada solo en su beneficio propio). Sin embargo, existen importantes diferencias entre el enfoque ideacional y los escritos de Laclau. Quizás la diferencia más importante sea que mientras el primero se funda en una tradición más bien positivista que busca generar evidencia empírica y por tanto intenta evitar juicios respecto al populismo, la obra de Laclau tiene un marcado tono normativo y tiende a elaborar una mirada positiva sobre el rol del populismo, el cual es visto como una fuerza transformadora que logra articular demandas

insatisfechas en el interior de la comunidad política³. En resumen, el enfoque ideacional que nosotros presentamos en este libro trata de analizar las fuerzas populistas *per se*, para luego estudiar cuáles son sus impactos positivos y negativos sobre el régimen político tanto democrático como autoritario.

El segundo tema que nos parece relevante para la comunidad hispanohablante es la distinción entre populismos de derecha y de izquierda. El motivo de esto es que, tal como indicamos más arriba, el debate sobre el populismo en Europa está sumamente marcado por la aparición de partidos populistas de extrema derecha y, en consecuencia, pareciera a veces que populismo fuese sinónimo de fascismo⁴. Para comprender esta singularidad del debate europeo, es preciso tener en mente que durante las décadas de 1970 y 1980 gran parte de los países de Europa occidental experimentaron la emergencia de movimientos ecologistas centrados en la promoción del medio ambiente y del multiculturalismo. Como resultado de ello, se terminó por instalar una agenda de centro-izquierda en el espacio público, y los partidos políticos establecidos se fueron adaptando a este nuevo escenario. De hecho, la gran mayoría de los partidos de centro-derecha y centro-izquierda pasaron por un proceso de transformación programática con el objetivo de procesar la gradual liberalización cultural de las sociedades europeas desde los años 1980 en adelante.

Probablemente sin darse cuenta, a medida que los partidos políticos establecidos más avanzaban en este proceso de adaptación programática, más iban dejando huérfanos a ciertos grupos de votantes que no estaban a favor del multiculturalismo, y es así como fuerzas populistas de derecha radical pudieron comenzar a ganarse un espacio⁵. Los ejemplos más claros son los casos del Frente Nacional en Francia y del Partido de la Libertad en Austria, los cuales se instalan en los años 1980 y posteriormente son imitados por otros partidos a lo largo y ancho del continente europeo. Lo propio de estos partidos es defender una versión chovinista y xenófoba del «pueblo», según la cual solo pertenecen a la

comunidad política quienes poseen determinados rasgos y valores adscritos a la nación. Al mismo tiempo, estos partidos atacan al *establishment* por su supuesta alianza con la población extranjera que llega a Europa, al empresariado, que se beneficiaría de la inmigración por la posibilidad de mantener salarios bajos, y a la clase política, que lograría ganar nuevos votantes mediante la incorporación de los inmigrantes al sistema social.

Si bien es cierto que las fuerzas populistas en Europa son mayoritariamente de derecha radical, la Gran Recesión de los años 2008-2009 ha favorecido la irrupción de nuevos tipos de populismo, algunos de los cuales son de izquierda radical y han logrado tener importantes éxitos electorales. Al respecto, uno de los casos más emblemáticos es el partido populista Syriza en Grecia, el cual logró obtener un resultado electoral estelar en 2015, que le permitió conquistar el poder ejecutivo al formar una coalición liderada por Alexis Tsipras, de Syriza, con un partido populista de extrema derecha llamado Griegos Independientes (ANEL). Lo singular de este Gobierno es que representa la primera coalición parlamentaria en Europa liderada por fuerzas populistas de extrema izquierda y de extrema derecha, es decir, la conjunción de actores políticos que, aun teniendo grandes diferencias programáticas, comparten una visión populista de la política⁶. Por ello, en este libro no nos centramos solo en el estudio del populismo de derecha, sino que analizamos el fenómeno populista *per se*, incluyendo diversas variantes que han existido y existen a lo largo del mundo.

Es una realidad que fuerzas populistas de derecha y de izquierda radical han venido ganando peso electoral en los últimos tiempos, lo cual pone al sistema democrático bajo estrés. Basta pensar en el chavismo en Venezuela, el cual sin duda alguna ha terminado por levantar un régimen autoritario (competitivo)⁷.

Dado que gran parte de la izquierda latinoamericana ha guardado un cómplice silencio frente al autoritarismo tanto de Hugo Chávez como de Nicolás Maduro, la derecha del continente ha usado el miedo frente a la supuesta implementación de reformas radicales por parte de la izquierda como una estrategia electoral rentable. No hay mejor ejemplo de esto que el triunfo electoral a fines del año 2018 de Jair Bolsonaro en Brasil, un populista de extrema derecha que atacó duramente al Partido de los Trabajadores (PT) por su vinculación en varios escándalos de corrupción y arguyó que un nuevo gobierno del PT conllevaría la «venezualización» de Brasil⁸.

Ahora bien, el populismo de derecha radical también es problemático para la democracia. Una clara demostración de esto se puede observar en el caso de Viktor Orbán en Hungría, quien ha llevado a cabo una serie de reformas institucionales que han erosionado el Estado de derecho e incluso ha llegado a proclamar abiertamente su simpatía por una «democracia iliberal»⁹. Por el momento, la Unión Europea ha actuado de manera muy tenue y el Partido Popular Europeo (en inglés *European People's Party*, abreviado EPP) sigue teniendo al partido de Orbán entre sus filas.

Por su parte, el triunfo electoral de Donald Trump a fines del año 2016 está poniendo a prueba la resiliencia de las instituciones democráticas en Estados Unidos, ya que su retórica populista de derecha radical no solo polariza a la sociedad sino que también termina por legitimar ciertas ideas que claramente atentan contra la democracia liberal. Curiosamente, el Partido Republicano ha terminado por oponer muy poca resistencia a la figura de Trump, y por ello cabe preguntarse si acaso sigue siendo un partido de derecha convencional o si no cabe más bien considerarlo como un partido populista de derecha radical.

El tercer y último tema que tocamos en este breve prefacio se vincula con la particularidad del populismo en España

actualmente. A diferencia de la gran mayoría de los países del continente europeo, en España los partidos populistas de derecha radical han tenido hasta ahora resultados electorales sumamente magros. Al menos tres motivos nos ayudan a comprender esta singularidad del caso español¹⁰. En primer lugar, su sistema electoral dificulta la irrupción y consolidación de nuevos partidos políticos, lo cual en el caso del populismo de derecha radical es más evidente aún debido a la existencia de distintas formaciones partidarias que compiten entre sí (Democracia Nacional, España-2000, Plataforma per Catalunya, VOX, etc.). En segundo lugar, al menos hasta antes de la aparición del partido Ciudadanos, el Partido Popular (PP) mantuvo una clara hegemonía en el electorado de derecha y logró atraer a los votantes con posturas más extremas, con lo cual prácticamente no quedaba espacio electoral disponible para un partido populista de derecha radical. En tercer lugar, dado que el sistema político español se estructura no solo por la clásica disputa entre izquierda versus derecha, sino también por el conflicto entre centro versus periferia, no existe mucho espacio disponible para la irrupción de fuerzas populistas de derecha radical que intenten introducir una nueva línea de conflicto, a saber, entre un nacionalismo xenófobo y chovinista versus una noción de sociedad abierta y multicultural.

Si bien es cierto que estos tres argumentos nos ayudan a comprender la debilidad histórica de los partidos populistas de derecha radical en España, no podemos dejar de mencionar que el país ha experimentado en los últimos tiempos importantes transformaciones que están modificando el tablero de ajedrez de la política española. Todo indica que la hegemonía del PP en el arco del centro-derecha ha llegado a su fin, y Ciudadanos mantiene una disputa por cautivar a votantes desencantados con el PP. No obstante, ambos partidos han desarrollado una retórica muy agresiva frente al tema de Cataluña, cuestión que –como bien ha indicado Ignacio Sánchez-Cuenca¹¹– despierta tales pasiones que ha terminado

por configurar un lenguaje moralizante que ciertamente entorpece una solución democrática del problema. A su vez, ciertos sectores del movimiento independentista catalán han comenzado a coquetear con una combinación de ideas populistas y regionalistas¹², similar a lo sucedido en los orígenes de la Liga Norte en Italia.

Por último, no podemos terminar sin antes indicar otra particularidad actual del populismo en España: la aparición de Podemos como un partido populista de izquierda radical que ha tenido bastante éxito electoral. ¿Por qué ha fracasado hasta ahora el populismo de derecha radical en España pero en cambio sí ha triunfado el populismo de izquierda radical? Gran parte de la respuesta a esta pregunta radica en el fuerte impacto de la Gran Recesión de los años 2008-2009 en la economía española y en la implementación de drásticas medidas de austeridad por parte del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) bajo el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero. Tal como ha indicado Kenneth Roberts¹³, cuando los partidos de izquierda terminan por instaurar políticas que van en contra de las ideas e intereses de sus votantes, estos últimos se sienten huérfanos y se facilita así la irrupción de nuevas formaciones partidarias que utilizan el discurso populista para demonizar al *establishment*. Aun cuando hoy en día pareciera ser que PSOE y Podemos mantienen una suerte de matrimonio de conveniencia, este último partido en ocasiones ha elaborado un discurso sumamente crítico hacia el primero. Así pues, la formación de una potencial coalición de gobierno entre ambos partidos es aún una gran incógnita, que en caso de concretarse de manera efectiva puede terminar sentando un importante precedente para otros países de Europa.

Aunque en el libro hacemos referencia a Podemos en España como un ejemplo contemporáneo de populismo de izquierda radical, creemos que es importante indicar dos particularidades sobre este partido al momento de compararlo con otros casos. Por un lado, el caso de Podemos es uno de los

muy pocos ejemplos de formación política que no solo se declara abiertamente populista, sino que también intenta dar una connotación positiva a dicho concepto. Gran parte de esto se debe a que el surgimiento de Podemos está estrechamente ligado a un grupo de intelectuales de izquierda, quienes se han visto muy influidos por la teoría del populismo elaborada por Ernesto Laclau, siendo quizás Iñigo Errejón la figura más emblemática¹⁴. Por otro lado, el caso de Podemos es a nuestro juicio también el ejemplo de un caso muy singular de populismo, puesto que en él se observa la inusual conjunción de los tres tipos de movilización populista que nosotros identificamos en este libro: un movimiento social de corte populista (los Indignados), un liderazgo personalista de naturaleza populista (Pablo Iglesias) y, por último, la construcción de un partido político populista (Podemos entendido como organización partidaria). Hasta qué punto estos tres tipos de movilización populista son compatibles es una pregunta abierta y cabe pensar que alguno de ellos puede terminar cobrando mayor preponderancia. De hecho, el destino electoral y político de Podemos dependerá sin duda alguna de cómo se manejen estas tensiones internas.

En síntesis, esperamos que este libro ayude a los lectores del mundo hispanohablante a comprender mejor qué es el populismo y cuál es su relación con la democracia. Nuestro interés en proporcionar una conceptualización clara del populismo radica no solo en el estudio de este fenómeno *per se*, sino también en analizar su impacto sobre la política en general. En efecto, muchas veces sucede que las fuerzas populistas aparecen y desaparecen, pero sus legados históricos, sin embargo, suelen ser de larga duración, y por lo tanto cabe preguntarse también si los actores y partidos políticos establecidos modifican su parecer (o no) como producto de la irrupción del populismo.

Cas Mudde (Athens, GA)

y Cristóbal Rovira Kaltwasser (Santiago de Chile)

10 de noviembre 2018

1. Para una discusión detallada sobre estas distintas definiciones y su relación con el «enfoque ideacional» que nosotros proponemos, ver Kirk A. Hawkins y Cristóbal Rovira Kaltwasser (2017): «The Ideational Approach to Populism», *Latin American Research Review* 52(4): 513-528.
2. En cuanto al estudio del populismo, su obra más importante es *On Populist Reason* (Verso, Londres, 2005).
3. En efecto, Chantal Mouffe plantea en su reciente libro titulado *For a Left Populism* (Verso, Londres, 2018), que el populismo de izquierda, entendido como una estrategia discursiva de construcción de la frontera política entre «el pueblo» y «la oligarquía», constituye, en la coyuntura actual, el tipo de política que se necesita para recuperar y profundizar la democracia.
4. Para una discusión detallada de la distinción entre ambos fenómenos, ver Roger Eatwell (2017): «Populism and Fascism», en Cristóbal Rovira Kaltwasser, Paul Taggart, Paulina Ochoa Espejo y Pierre Ostiguy (eds.), *The Oxford Handbook of Populism*. Oxford: Oxford University Press, 363-383.
5. Sobre este tema, ver Cas Mudde (2007): *Populist Radical Right Parties in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
6. Al respecto, ver Paris Aslanidis y Cristóbal Rovira Kaltwasser (2016): «Dealing with Populists in Government: the SYRIZA-ANEL Coalition in Greece», *Democratization*, 23(6): 1077-1091.
7. Un análisis muy ponderado al respecto se puede encontrar en Kirk A. Hawkins (2016): «Chavismo, Liberal Democracy, and Radical Democracy», *Annual Review of Political Science*, 19: 311-329.
8. Cabe indicar que esta estrategia electoral ha sido empleada no solo por Jair Bolsonaro en Brasil, sino también por figuras de derecha moderada en América Latina, como, por ejemplo, Sebastián Piñera en Chile y Mauricio Macri en Argentina: mientras el primero habló en su campaña electoral del fantasma de «Chilezuela», el segundo usualmente recurrió a la metáfora de la «chavización» en Argentina.
9. Al respecto, ver por ejemplo, Agnes Batory (2016): «Populists in government? Hungary's "system of national cooperation"», *Democratization*, 23(2): 283-303.
10. Al respecto, ver entre otros, Sonia Alonso y Cristóbal Rovira Kaltwasser (2015): «Spain: No Country for the Populist Radical Right?», *South European Society and Politics*, 20(1): 21-45.
11. Ignacio Sánchez-Cuenca (2018): *La confusión nacional. La democracia española ante la crisis catalana*. Madrid: Editorial Catarata.
12. Al respecto, ver Astrid Barrio, Oscar Barberà y Juan Rodríguez-Teruel (en prensa): «"Spain steals from us!" The "populist drift" of Catalan regionalism», *Comparative European Politics*, <https://doi.org/10.1057/s41295-018-0140-3>
13. Kenneth Roberts (2017): «Party Politics in Hard Times: Comparative Perspectives on the European and Latin American Economic Crises», *European Journal of Political Science*, 56(2): 218-233.
14. Sobre este tema, resulta particularmente iluminador el libro escrito por Iñigo Errejón y Chantal Mouffe titulado *Construir pueblo. Hegemonía y radicalización*

de la democracia (Editorial Icaria, Madrid, 2015).

1. ¿Qué es el populismo?

El populismo es uno de los términos políticos más de moda del siglo XXI. Se utiliza para describir a presidentes de izquierda en América Latina, a nuevos partidos «desafiantes» (*challenger parties*) de derecha en Europa y a candidatos presidenciales de izquierda y de derecha en Estados Unidos. Pero, si bien el término posee un gran atractivo para periodistas y lectores, su uso generalizado también crea confusión y frustración. El objetivo de este libro es esclarecer el fenómeno del populismo y destacar su importancia en la política contemporánea.

Este libro ofrece una interpretación específica del populismo, que es ampliamente compartida pero está lejos de ser hegemónica. Su principal fortaleza es que ofrece una clara definición del populismo que es capaz de captar la esencia de la mayoría de las figuras políticas que suelen describirse como populistas, a la vez que distingue entre actores populistas y actores no populistas. Así, responde a dos de las principales críticas del término; a saber, 1) que es esencialmente un *Kampfbegriff* (término de lucha) político para denunciar a contrincantes políticos; y 2) que es demasiado vago y, por lo tanto, es aplicable a cualquier figura política.

Nosotros situamos el populismo en primer lugar y sobre todo en el contexto de la democracia liberal. Esta decisión obedece más a criterios empíricos y teóricos que ideológicos. En teoría, el populismo se contrapone fundamentalmente a la democracia liberal y no a la democracia *per se* o a otro modelo de democracia. En la práctica, los actores populistas más relevantes se mueven dentro de un marco democrático liberal, o mejor dicho, de un sistema que *es* o *aspira a ser* democrático liberal. Aunque es un enfoque particular, y claramente

limitador, no significa que la democracia liberal nos parezca perfecta, o cualquier otro sistema democrático alternativo – antidemocrático por definición–, ni que usemos dicho enfoque únicamente en un contexto democrático liberal.

Un concepto esencialmente controvertido

Si bien es cierto que cualquier concepto importante está sujeto a debate, el que hay en torno al populismo no solo se centra en qué es, sino también en su propia existencia. Estamos, sin lugar a dudas, ante un concepto esencialmente controvertido. El volumen seminal *Populismo: sus significados y características nacionales*, cuyos autores definen el populismo como una ideología, un movimiento y un «síndrome», entre otros términos, ilustra perfectamente esta confusión conceptual. Para enredar más las cosas, en distintas regiones del mundo el populismo suele equipararse, y a menudo mezclarse, con fenómenos dispares; así, en el contexto europeo, el populismo suele identificarse con políticas antiinmigrantes y xenófobas, mientras que en América Latina se asocia frecuentemente al clientelismo y a la mala gestión económica.

Esta confusión se debe, en parte, a que el populismo es una etiqueta que raramente reivindican para sí los propios individuos u organizaciones; casi siempre se atribuye a otros, las más de las veces con connotaciones negativas. Incluso cuando existe un raro consenso en torno a ejemplos de populismo, como el presidente argentino Juan Domingo Perón o el asesinado político neerlandés Pim Fortuyn, sabemos que estos políticos tampoco se identificaban como populistas. Además, como el populismo no puede reclamar un texto fundacional o un modelo prototípico, investigadores y periodistas usan el término para señalar fenómenos muy diversos.

Nuestro enfoque, al que llamamos «ideacional», está siendo muy empleado en numerosas disciplinas académicas y, de manera más implícita, en buena parte del periodismo, pero no es sino uno más de los diversos enfoques que existen sobre el populismo. Un compendio exhaustivo de todos ellos escapa a las posibilidades, y al objeto, de esta introducción, pero es nuestro deseo hacer un repaso de las propuestas más importantes, que son las más habituales en determinadas disciplinas académicas o en distintas regiones geográficas.

El enfoque de la «agencia popular» sostiene que el populismo es una forma democrática de vida que se construye a través de la participación de la gente en la política. Este enfoque es especialmente común entre los historiadores de Estados Unidos y entre los estudiosos de los primeros populistas norteamericanos –adheridos al Partido Populista– de finales del siglo XIX. El enfoque de la «agencia popular», que acaso halla su mejor exponente en la obra de Lawrence Goodwyn *Democratic Promise: The Populist Moment in America*, considera el populismo esencialmente como una fuerza positiva para la movilización de la gente (común) y para el desarrollo de un modelo de democracia comunitaria. Este enfoque, a diferencia de casi todos los demás, ofrece una interpretación general y también acotada de los actores populistas, e incluye la casi totalidad de movimientos de masas progresistas.

El enfoque de Laclau sobre el populismo resulta especialmente vigente en filosofía política; es el soporte de los denominados «estudios críticos», así como de los estudios de las políticas de Europa occidental y América Latina. Según este enfoque –basado en los primeros trabajos del fallecido teórico político argentino Ernesto Laclau, así como en sus más recientes trabajos en colaboración con su esposa belga Chantal Mouffe–, el populismo no es solo la esencia de la política, sino también una fuerza emancipadora. En este enfoque la democracia liberal es el problema y la democracia radical, la solución. El populismo puede contribuir a lograr la democracia

radical al reintroducir el conflicto en la política y fomentar la movilización de los sectores excluidos de la sociedad con el objeto de modificar el *statu quo*.

El enfoque socioeconómico fue muy usado en los estudios del populismo latinoamericano durante las décadas de 1980 y 1990. Economistas como Rudiger Dornbusch y Jeffrey Sachs entendieron el populismo fundamentalmente como un tipo de política económica irresponsable, caracterizada por un primer período de gasto masivo financiado por la deuda externa, y seguido de un segundo período marcado por la hiperinflación y la adopción de duros ajustes económicos. Aunque el enfoque socioeconómico ha perdido apoyo en casi todas las otras ciencias sociales –en gran medida porque los últimos populistas latinoamericanos se inclinaron por economías neoliberales–, aun así sigue vigente entre economistas y periodistas, en particular en Estados Unidos. La «economía populista», en su forma más popular, apela a un programa político que se estima irresponsable porque implica una redistribución (excesiva) de la riqueza y el gasto público.

Un enfoque más reciente considera el populismo, antes que nada, como una estrategia política empleada por un tipo específico de líder que quiere gobernar amparándose en un apoyo directo y sin intermediarios de sus seguidores. Este enfoque es especialmente popular entre estudiantes de sociedades latinoamericanas y no occidentales. Enfatiza que el populismo implica la emergencia de una figura fuerte y carismática, que concentra el poder y mantiene una conexión directa con las masas. Visto desde esta perspectiva, el populismo no puede perdurar en el tiempo, puesto que, tarde o temprano, el líder morirá, y será inevitable que el proceso de su sustitución sea un proceso disputado.

Un último enfoque considera principalmente que el populismo es un estilo de política folclórica, cuyos líderes y partidos se emplean en movilizar a las masas. Este enfoque es muy popular en los estudios de comunicación (política) y en los medios de comunicación. Según esta interpretación, el

populismo alude a una conducta política amateur y poco profesional que aspira a maximizar la atención mediática y el respaldo popular. Saltándose el código de la vestimenta y la corrección del lenguaje, los actores populistas pueden presentarse no solo como diferentes y novedosos, sino también como líderes audaces que están del lado del «pueblo» en oposición a «la elite».

Cada uno de estos enfoques presenta importantes virtudes, y varios aspectos son compatibles con nuestro enfoque ideacional. Por esta razón, no descartamos estos enfoques por disentir de ellos; más bien queremos aportar un enfoque claro y consistente a lo largo de este breve libro. Creemos que con ello se ayudará al lector a comprender mejor este complejísimo pero importante fenómeno, incluso a través de un prisma específico.

Un enfoque ideacional

El viejo debate sobre la esencia del populismo ha llevado a algunos investigadores a argumentar que el populismo no puede ser un concepto trascendente en las ciencias sociales, mientras que otros estiman que es un término principalmente normativo, que debería quedar relegado al ámbito de los medios de comunicación y de la política. La frustración es comprensible, pero el término «populismo» está demasiado presente en los debates en torno a la política tanto de Europa como de América como para despacharlo sin más. Por otra parte, resulta factible crear una definición que capture con exactitud la esencia de todas las manifestaciones importantes, pasadas y presentes, del populismo, y que sea, al mismo tiempo, lo bastante precisa como para excluir aquellos fenómenos que no son claramente populistas.

En la última década, un creciente grupo de científicos sociales han definido el populismo principalmente sobre la base de un «enfoque ideacional», concibiéndolo como un

discurso, una ideología o una cosmovisión. Aunque estamos lejos de garantizar un consenso, las definiciones ideacionales del populismo se han utilizado satisfactoriamente en todo el planeta, más notablemente en Europa occidental, pero también cada vez más en Europa del Este y América. La mayoría de los teóricos que suscriben el enfoque ideacional comparten los conceptos centrales de nuestra definición, aunque no necesariamente los conceptos periféricos o el mismo lenguaje.

Pese a la falta de consenso académico sobre los atributos definitorios del populismo, existe un acuerdo general sobre la inclusión de algún tipo de apelación al «pueblo» y una denuncia de «la elite» en todas las formas de populismo. En este sentido, afirmar que el populismo implica siempre una crítica del *establishment* y una adulación de la gente común no es muy discutible. Más concretamente, definimos el populismo como *una ideología delgada, que considera a la sociedad dividida básicamente en dos campos homogéneos y antagónicos, el «pueblo puro» frente a la «elite corrupta», y que sostiene que la política debe ser la expresión de la voluntad general (volonté générale) del pueblo.*

Definir el populismo como una «ideología delgada» ayuda a comprender la a menudo supuesta maleabilidad del concepto en cuestión. Una ideología es un corpus de ideas normativas sobre la naturaleza del hombre y la sociedad, así como de la organización y los propósitos de esta. Por decirlo sencillamente, es una visión de cómo es y debería ser el mundo. A diferencia de las ideologías «gruesas» o «plenas» – como el fascismo, el liberalismo y el socialismo, por ejemplo –, las ideologías delgadas como el populismo tienen una morfología restringida, que aparece necesariamente ligada a otras ideologías, y a veces incluso asimilada a ellas. De hecho, el populismo casi siempre aparece vinculado a otros elementos ideológicos que son cruciales para la promoción de proyectos políticos que atraen a un público más amplio. En consecuencia, el populismo no puede ofrecer por sí mismo

respuestas complejas ni exhaustivas a las cuestiones políticas que generan las sociedades modernas.

Esto significa que el populismo puede adoptar múltiples formas, que dependen de la relación entre los conceptos centrales del populismo y otros conceptos, formando marcos interpretativos que atraerán más o menos a diferentes sociedades. Si se ve bajo esta luz, el populismo debe entenderse como una suerte de mapa mental gracias al cual los individuos analizan y comprenden la realidad política. El populismo no es tanto una tradición ideológica coherente como una serie de ideas que, en el mundo real, aparecen combinadas con ideologías muy distintas y a veces contradictorias.

El carácter delgado de la ideología populista es una de las razones que han llevado a algunos teóricos a sugerir que el populismo debería concebirse como un fenómeno transitorio: o fracasa, o, si triunfa, se «trasciende» a sí mismo deviniendo algo mayor. La principal fluidez se encuentra en el hecho de que el populismo emplea inevitablemente conceptos de otras ideologías, que no solo son más complejas y estables, sino que también permiten la formación de «subtipos» de populismo. En otras palabras, aunque el populismo como tal puede ser relevante en momentos específicos, una serie de conceptos estrechamente vinculados con la morfología de la ideología populista son a la larga cuanto menos igual de importantes para la pervivencia de los actores populistas. Por lo tanto, el populismo raras veces existe en una forma pura. Más bien, aparece en combinación con otros conceptos, y logra sobrevivir gracias a ellos.

Una de las principales críticas a las definiciones ideacionales del populismo es que son demasiado generales y potencialmente pueden abarcar a todos los actores, movimientos y partidos políticos. Nosotros pensamos que los conceptos son útiles únicamente si no solo incluyen lo que debe ser definido, sino que también *excluyen* todo lo demás. En otras palabras, nuestra definición de populismo solo tiene

sentido si existe algo que no sea populismo. Y existen como mínimo dos ideologías diametralmente opuestas al populismo: el elitismo y el pluralismo.

El elitismo comparte con el populismo la distinción monista y maniquea básica de la sociedad entre un «bien» homogéneo y un «mal» homogéneo, pero su idea de las virtudes de estos grupos es opuesta. Dicho sencillamente, los elitistas creen que «el pueblo» es peligroso, deshonesto y vulgar, y que «la elite» es superior no solo moralmente, sino también cultural e intelectualmente. Los elitistas quieren que la política sea un asunto exclusivo o mayoritario de la elite, en el que la gente no tenga voz; o rechazan la democracia por completo (como en el caso de Francisco Franco o Augusto Pinochet) o apoyan un modelo de democracia limitada (como en el caso de José Ortega y Gasset o Joseph Schumpeter).

El pluralismo es exactamente contrario a la perspectiva dualista que proponen el populismo y el elitismo, sosteniendo, en cambio, que la sociedad se divide en una multitud de grupos sociales, solapados en parte, cuyas ideas e intereses varían, entendiéndose la diversidad más como una fortaleza que como una debilidad. Los pluralistas creen que una sociedad debería tener muchos centros de poder y que, gracias al compromiso y al consenso, la política debería reflejar los intereses y los valores de tantos grupos diferentes como sea posible. De este modo, la idea principal es que el poder se distribuya por toda la sociedad para evitar que grupos específicos –bien sean hombres, comunidades étnicas, cuadros económicos, intelectuales, militares o políticos, etcétera– adquieran la capacidad de imponer su voluntad sobre los demás.

De igual manera, es importante establecer la diferencia fundamental entre populismo y clientelismo, puesto que estos términos suelen mezclarse en la literatura (sobre todo en lo referente a las políticas latinoamericanas). El clientelismo se entiende mejor como un modo particular de *intercambio* entre grupos de electores y políticos, gracias al cual los votantes

obtienen bienes (pagos directos o acceso privilegiado a empleo, bienes y servicios, por ejemplo) a condición de que apoyen a un patrón o partido. No hay duda de que numerosos líderes populistas latinoamericanos han recurrido a conexiones clientelistas para ganar elecciones y afianzarse en el poder. Sin embargo, no han sido los únicos, y no hay razón para creer que el populismo tenga una marcada afinidad por el clientelismo. Mientras que el primero es, antes que nada, una ideología que distintos electores y actores políticos pueden compartir, el segundo es esencialmente una estrategia de la que líderes y partidos (de distintas ideologías) se valen para ganar y conseguir ejercer poder político.

La única similitud probable entre clientelismo y populismo es que ambos son ajenos a la distinción de izquierdas o de derechas. Ni el empleo de vínculos electorales clientelistas ni la adherencia a una política izquierdista o derechista son rasgos que definen el populismo. Dependiendo del contexto socioeconómico y sociopolítico en el que este aflora, podrá tomar distintas formas de organización y sostener diversos proyectos políticos. Esto significa que la naturaleza delgada del populismo le permite ser lo bastante maleable como para adoptar formas distintivas en diferentes lugares y épocas. A modo de ilustración, el populismo latinoamericano surgió principalmente en clave neoliberal en los años 1990 (Alberto Fujimori en Perú, por ejemplo), pero en una variante de izquierda radical en la década del 2000 (Hugo Chávez en Venezuela, por ejemplo).

Conceptos centrales

El populismo tiene tres conceptos centrales: el pueblo, la elite y la voluntad general.

El pueblo

Gran parte del debate en torno al concepto y al fenómeno del populismo se centra en la vaguedad del término «el pueblo». Casi todo el mundo está de acuerdo en que «el pueblo» es una construcción, que en el mejor de los casos alude a una interpretación (y simplificación) específica de la realidad. Varios investigadores han sostenido que esta vaguedad inutiliza el concepto, mientras que otros han buscado alternativas más específicas, como la de *heartland*¹⁵. Sin embargo, Laclau ha sostenido con insistencia que precisamente el hecho de que «el pueblo» sea un «significante vacío» es lo que confiere tanta fuerza al populismo como ideología y fenómeno político: ya que el populismo tiene esa capacidad de definir al «pueblo» en un marco que resulta atractivo a diferentes electorados y articula sus demandas, puede generar una identidad común entre diferentes grupos y favorecer su apoyo a una causa común.

«El pueblo» es una construcción que permite una gran flexibilidad, pero casi siempre se utiliza en combinación con estas tres definiciones: el pueblo como soberano, como la gente común y como la nación. En todos los casos, la distinción principal entre «el pueblo» y «la elite» se vincula con un elemento secundario: el poder político, el estatus socioeconómico y la nacionalidad, respectivamente. Teniendo en cuenta que prácticamente todas las manifestaciones del populismo incluyen alguna combinación de estos elementos secundarios, es raro encontrar casos en los que «el pueblo» solo se corresponda con una de las definiciones anteriores.

La noción de pueblo como soberano se basa en la moderna idea democrática que define «el pueblo» no solo como la fuente última del poder político, sino también como «los mandantes». Esta noción está estrechamente ligada a las revoluciones americana y francesa, las cuales, en las famosas palabras del presidente estadounidense Abraham Lincoln, establecieron «un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo». Sin embargo, la formación de un régimen democrático no implica que la brecha entre gobernados y

gobernadores desaparezca por completo. En determinadas circunstancias, el pueblo soberano puede sentir que las elites en el poder no le representan (bien) y, acorde a ello, criticará al *establishment* político, o incluso se rebelará contra él. Esto podría sentar las bases de una lucha populista «para devolverle el gobierno al pueblo».

En otras palabras, la noción del «pueblo como soberano» es un tema frecuente en distintas tradiciones populistas, que funciona como recordatorio de que la fuente última del poder político en una democracia deriva de un cuerpo colectivo, que, de no tenerse en cuenta, podría conducir a la movilización y la revuelta. De hecho, esta fue una de las fuerzas impulsoras del Partido del Pueblo (también llamado Partido Populista) a finales del siglo XIX, así como de otras manifestaciones populistas en Estados Unidos desde el siglo XX hasta hoy.

Una segunda definición es la idea de «la gente común», referida explícita o implícitamente a un concepto de clase más amplio que combina el estatus socioeconómico con tradiciones culturales y valores populares específicos. Hablar de la gente común suele aludir a una crítica de la cultura dominante, que observa con sospecha los juicios, los gustos y los valores de los ciudadanos corrientes. En contraste con esta visión elitista, la noción de «la gente común» reivindica la dignidad y el reconocimiento de grupos que objetiva o subjetivamente están siendo excluidos del poder debido a su estatus sociocultural y socioeconómico. Esto explica que los líderes populistas y sus electorados adopten con frecuencia elementos culturales que la cultura dominante considera indicadores de inferioridad. Por ejemplo, Perón promulgó nuevas concepciones y representaciones de la comunidad política en Argentina que glorificaron el rol de grupos anteriormente marginados en general y de los llamados «descamisados» y «cabecitas negras» en particular.

Atender los intereses y las ideas de la gente común es uno de los reclamos más frecuentes que podemos detectar en

distintas experiencias que suelen etiquetarse como populistas. Vale decir que esta definición del pueblo suele ser integradora a la vez que divisoria: no solo trata de unir a una furiosa y silenciosa mayoría, sino que también intenta movilizarla contra un enemigo definido (el *establishment*, por ejemplo). Este ímpetu antielitista se acompaña de una crítica a instituciones como partidos políticos, grandes organizaciones y burocracias, que son acusadas de distorsionar los «sinceros» vínculos entre los líderes populistas y la gente común.

La tercera y última definición es la idea del pueblo como la nación. En este caso, el término «el pueblo» se usa para hacer referencia a la comunidad nacional, definida en términos cívicos o étnicos, como, por ejemplo, cuando hablamos del «pueblo de Brasil» o del «pueblo neerlandés». Esto implica la inclusión de todos los «nativos» de un país en particular, que en conjunto forman una comunidad con una vida en común. En ese sentido, varias comunidades de «pueblo» representan naciones específicas y únicas que son normalmente reforzadas por los mitos fundacionales. No obstante, definir los límites de la nación no tiene nada de sencillo. Equiparar «el pueblo» a la población de un Estado existente ha resultado ser una tarea complicada, en particular por la existencia de varios grupos étnicos en el mismo territorio.

La elite

A diferencia del «pueblo», pocos autores han teorizado sobre las definiciones de «la elite» en el populismo. Como es evidente, el aspecto crucial es la moralidad, puesto que la distinción se hace entre el pueblo «puro» y la elite «corrupta». Sin embargo, esto no dice mucho sobre *quién* es la elite. La mayoría de los populistas no solo detestan al *establishment* político, sino que también critican a la élite económica, la cultural y la mediática. Todas ellas son retratadas como un grupo homogéneo corrupto que actúa en contra de la «voluntad general» del pueblo. Si bien la distinción es

esencialmente moral, la elite es identificada sobre la base de una amplia variedad de criterios.

Ante todo, la elite es definida sobre la base del poder; es decir, incluye a la mayoría de las personas con posiciones de liderazgo en la política, la economía, los medios de comunicación y las artes. Donald Trump, por ejemplo, dijo durante su campaña presidencial de 2016: «El *establishment* de Washington, y las corporaciones financieras y mediáticas que lo financiaron, existe solo por una razón: protegerse y enriquecerse».

Sin embargo, la elite señalada excluye, como es natural, a los propios populistas, así como a quienes simpatizan con los populistas dentro de estos sectores. Por ejemplo, el Partido de la Libertad de Austria (FPÖ) critica con regularidad a «los medios» por defender a «la elite» y no tratar de manera justa al FPÖ, aunque con una notable excepción: *Die Kronen Zeitung*. Este popular tabloide, que lee prácticamente uno de cada cinco austriacos, fue durante mucho tiempo uno de los más fervientes defensores del partido y de su fallecido líder, Jörg Haider, y fue considerado, por lo tanto, la verdadera voz del pueblo.

Como uno de los principios fundamentales del populismo es oponerse al *establishment*, numerosos teóricos afirman que los populistas, por definición, no pueden mantenerse en el poder. Al fin y al cabo, esto les convertiría en (parte de) «la elite». Sin embargo, esta teoría pasa por alto la esencia de la distinción entre el pueblo y la elite, que es moral y no situacional, así como la ingeniosidad de los líderes populistas. Desde el antiguo primer ministro eslovaco Vladimír Mečiar hasta el fallecido presidente venezolano Hugo Chávez, los populistas en el poder han sido capaces de sostener su retórica *anti-establishment* en parte redefiniendo a la elite.

Un elemento esencial de su argumento es que el poder *real* no reside en los líderes elegidos democráticamente —es decir, los populistas—, sino en ciertas fuerzas en la sombra que

continúan aferrándose a poderes ilegítimos para socavar la voz del pueblo. Es aquí donde «el estilo paranoico en la política», como describió el populismo el célebre historiador progresista estadounidense Richard Hofstadter, sale más claramente a la luz.

En relación con las definiciones del pueblo antes descritas, la elite será definida en clave económica (clase) y nacional (auténtica). Si bien los populistas defienden un mundo posclasista –con frecuencia alegando que las divisiones de clase son creaciones artificiales para debilitar al pueblo y mantener a la elite en el poder–, a veces sí que definen a la elite en clave económica. Esto ocurre sobre todo con populistas de izquierdas, que intentan mezclar el populismo con cierta forma vaga de socialismo. Sin embargo, incluso los populistas de derechas vinculan la lucha última entre el pueblo y la elite con el poder económico, alegando que la elite política está confabulada con la elite económica y antepone sus «intereses especiales» a los «intereses generales» del pueblo.

Esta crítica tampoco es necesariamente anticapitalista; por ejemplo, muchos militantes del Tea Party en Estados Unidos son defensores acérrimos del libre mercado, pero creen que la gran empresa, con ayuda de sus amigos políticos en el Congreso, corrompe el libre mercado a través de una legislación protectora que elimina la competencia y ahoga a la pequeña empresa, considerada el verdadero motor del capitalismo y parte del «pueblo».

Vincular la elite al poder económico resulta especialmente útil para los populistas en el poder, ya que les permite «explicar» su falta de logros políticos: la elite –que puede haber perdido poder político pero continúa conservando poder económico– los sabotea. Esta argumentación solía oírse en la Europa oriental poscomunista, sobre todo durante la transición de los años 1990, y sigue siendo popular entre los presidentes populistas de izquierdas en América Latina. Por ejemplo, el presidente Chávez solía acusar a la elite económica de frustrar

sus esfuerzos por «democratizar» Venezuela, mientras que el primer ministro griego Alexis Tsipras, líder de la populista Coalición de la Izquierda Radical (Syriza), acusó a «los *lobbies* y oligarcas en Grecia» de minar su gobierno. (Por otra parte, ninguna acusación carecía de fundamento).

Los populistas también afirman con frecuencia que la elite no solo desoye los intereses de la gente, sino que además actúa en contra de los intereses del país. Dentro de la Unión Europea (UE) numerosos partidos populistas acusan a las elites políticas de anteponer los intereses de la Unión Europea a los del país. De forma similar, los populistas latinoamericanos llevan décadas acusando a las elites políticas de defender los intereses de Estados Unidos y no los de sus países. Y, combinando populismo con antisemitismo, algunos populistas creen que las elites nacionales políticas son parte de la ancestral «conspiración judía», acusándolas de ser «agentes del sionismo». Por ejemplo, en Europa oriental y central, dirigentes políticos de partidos populistas de derechas como la Unión Nacional Ataque (Ataka) en Bulgaria y el Movimiento por una Hungría Mejor (Jobbik) han acusado a las elites nacionales de ser agentes al servicio de los intereses israelíes o judíos.

Por último, el populismo puede mezclarse completamente con el nacionalismo cuando la distinción entre el pueblo y la elite es moral a la vez que étnica. En este caso, las elites no son vistas solo como *agentes* de un poder ajeno, sino que son consideradas ajenas en sí mismas. Curiosamente, esta retórica no se impone tanto entre los populistas xenófobos europeos, dado que la elite (en cualquier sector) es casi exclusivamente «nativa». Dejando a un lado la retórica antisemita de Europa del Este, el populismo étnico (o «etnopopulismo») es más evidente en la América Latina contemporánea. Por ejemplo, el presidente boliviano Evo Morales ha hecho una distinción entre el pueblo «mestizo» puro y las elites europeas «corruptas», la cual tiene un papel directo en el equilibrio de poder racializado en Bolivia.

Si bien es cierto que la distinción clave en el populismo es moral, los actores populistas utilizan una variedad de criterios secundarios para distinguir entre el pueblo y la elite, lo cual les proporciona una flexibilidad que es particularmente importante cuando los populistas adquieren poder político.



1. Sarah Palin cobró notoriedad tras su nombramiento como candidata a la vicepresidencia de Estados Unidos por el Partido Republicano en 2008. Aunque ha sido influyente en el movimiento populista Tea Party, este último no siempre ha mantenido una relación fluida con los republicanos.
(Shutterstock 182562674)

Aunque tendría sentido que la definición de la elite se basara en los mismos criterios que la del pueblo, no siempre es así. Por ejemplo, los populistas xenófobos en Europa suelen definir al pueblo en términos étnicos, excluyendo a los

«extranjeros» (es decir, a los inmigrantes y a las minorías), pero no sostienen que la elite forma parte de otro grupo étnico; por el contrario, señalan que la elite favorece *los intereses* de los inmigrantes sobre los del pueblo nativo.

En muchos casos, los populistas combinarán diferentes interpretaciones de la elite y el pueblo, como la clase, la etnicidad y la moralidad. Por ejemplo, los populistas contemporáneos estadounidenses de derechas como Sarah Palin y el Tea Party describen a las elites como liberales que beben *caffè latte* y conducen Volvos, contrastando esta realidad, implícitamente, con la gente real/común/nativa que bebe café normal, conduce coches fabricados en Estados Unidos y viven en la América profunda (el *heartland*). Pauline Hanson, líder del partido populista de derechas Una Nación (ONP), contrapone el verdadero pueblo de la Australia rural, orgulloso de su legado colonial británico, con la elite intelectual urbana, que «quiere poner este país patas arriba devolviendo Australia a los aborígenes».

La voluntad general

El tercer y último concepto central de la ideología populista es la noción de voluntad general. Haciendo uso de esta noción, los actores y electorados populistas aluden a una concepción particular de lo político, que guarda estrecha relación con la obra del famoso filósofo Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). Rousseau distinguió entre «la voluntad general» (*volonté générale*) y «la voluntad de todos» (*volonté de tous*). Mientras la primera se refiere a la capacidad que el pueblo tiene de unirse en una comunidad y de legislar para reforzar su interés común, la segunda denota una simple suma de intereses particulares en un momento específico en el tiempo. La distinción monista y moral del populismo entre el pueblo puro y la elite corrupta refuerza la idea de que existe una voluntad general.

Si se ve bajo esta luz, la tarea de los políticos es bastante clara: en palabras de la teórica política británica Margaret Canovan,

deberían tener las suficientes luces para ver cuál es la voluntad general, y ser lo bastante carismáticos para formar a ciudadanos individuales en una comunidad cohesionada con la que se puede contar para promoverla.

Chávez brindó un excelente ejemplo de esta percepción populista de la voluntad general en su discurso inaugural de 2007:

Nada es tan conforme con las doctrinas populares como el consultar a la nación en masa sobre los puntos capitales en que se fundan los Estados, las leyes fundamentales y el Magistrado Supremo. Todos los particulares están sujetos al error o a la seducción; pero no así el pueblo, que posee en grado eminente la conciencia de su bien y la medida de su independencia. De este modo, su juicio es puro, su voluntad fuerte; y por consiguiente, nadie puede corromperlo, ni menos intimidarlo.

Al emplear la noción de la «voluntad general», muchos populistas comparten la crítica de Rousseau al gobierno representativo, que es entendido como una forma de poder aristocrático que trata a los ciudadanos como entidades pasivas, movilizados periódicamente por unas elecciones en las que no hacen nada más que seleccionar a sus representantes. En contraste, apelan a la utopía del autogobierno republicano de Rousseau; es decir, la idea misma de que los ciudadanos son capaces tanto de hacer leyes como de ejecutarlas. No es sorprendente, más allá de las diferencias espacio-temporales, que los actores populistas apoyen habitualmente la adopción de mecanismos de democracia directa, como los referendos y los plebiscitos. A modo de ilustración, del expresidente de Perú Alberto Fujimori al actual presidente de Ecuador Rafael Correa, el populismo contemporáneo en América Latina propende a aprobar reformas constitucionales mediante asambleas constituyentes seguidas de referendos.

Podemos sostener, por lo tanto, que existe una afinidad electiva entre el populismo y la democracia directa, así como otros mecanismos institucionales que resultan útiles para cultivar una relación directa entre el líder populista y sus

electores. Por decirlo de otro modo, una de las *consecuencias* prácticas del populismo es la promoción estratégica de las instituciones que permiten la construcción de la supuesta voluntad popular. De hecho, partidarios del populismo critican al *establishment* por su incapacidad y/o desinterés en tomar en cuenta la voluntad del pueblo. Y, con frecuencia, esta crítica no está exenta de razón. Por ejemplo, los partidos populistas de izquierda y derecha en Europa condenan la naturaleza elitista del proyecto de la Unión Europea, mientras que los populistas de izquierda contemporáneos en América Latina critican a la (antigua) elite por desoír los problemas «reales» de la gente.

Más que en un proceso racional construido a través de la esfera pública, la noción populista de la voluntad general se basa en el concepto del «sentido común». Esto significa que se enmarca en un sentido particular, que es útil tanto para agregar diferentes demandas como para identificar al enemigo común. Apelando a la voluntad general del pueblo, el populismo pone en práctica una lógica de articulación específica que permite la formación de un sujeto popular con una fuerte identidad («el pueblo»), que es capaz de cuestionar el *statu quo* («la elite»). Desde este ángulo, el populismo puede verse como una fuerza democratizadora, puesto que defiende el principio de soberanía popular con el objetivo de empoderar a grupos que no se sienten representados por el *establishment* político.

Pero el populismo también tiene un lado oscuro. Sea cual fuere su manifestación, el núcleo monista del populismo, y especialmente su noción de una «voluntad general», podría dar pie al respaldo de tendencias autoritarias. De hecho, los actores y los electores populistas suelen compartir una concepción de lo político que se acerca bastante a la desarrollada por el teórico político alemán Carl Schmitt (1888-1985). De acuerdo con él, la existencia de un pueblo homogéneo es esencial para la fundación de un orden democrático. En este sentido, la voluntad general se basa en la unidad del pueblo y en una clara demarcación de quienes no

pertenecen al *demos* y, por ende, no reciben un trato de iguales. En suma, como el populismo implica que la voluntad general no es solo transparente sino que también es absoluta, puede legitimar el autoritarismo y los ataques intolerantes contra cualquiera que (presuntamente) amenace la homogeneidad del pueblo.

Algunos comentaristas llegan a afirmar incluso que el populismo es esencialmente antipolítico porque los actores y los electores populistas buscan crear utopías antipolíticas en las cuales, supuestamente, no existe el disenso entre (o dentro de) «nosotros, el pueblo». Esto queda perfectamente reflejado en la noción de *heartland* de Paul Taggart: la idea populista de comunidad y territorio que retrata una identidad homogénea supuestamente auténtica e incorruptible.

Sin embargo, esto solo es parte de la imagen. Al clamar que se oponen a la «corrección política» y que rompen los «tabús» que la elite impone al pueblo, los populistas promueven la repolitización de ciertos temas, que intencionadamente o no, el *establishment* no atiende (adecuadamente), como la inmigración en Europa occidental o las políticas del llamado Consenso de Washington en América Latina.

Las ventajas del enfoque ideacional

Al adoptar el enfoque ideacional, hemos definido el populismo como una ideología delgada, que ha visto la luz no solo en diferentes momentos históricos y regiones del mundo, sino también en muy diferentes formas o «subtipos». Aunque el populismo se ha conceptualizado por otras vías –como un movimiento multclasista o un tipo de movilización o estrategia política específicas–, el enfoque ideacional tiene varias ventajas en comparación con otras propuestas alternativas, que serán desarrolladas con más detalle en los siguientes capítulos.

En primer lugar, si concebimos el populismo como una ideología delgada, es posible comprender por qué el populismo es tan maleable en el mundo real. Debido a lo limitado de su núcleo ideológico y sus conceptos, el populismo aparece necesariamente vinculado a otros conceptos o familias ideológicas, que por lo general son como mínimo tan relevantes para los actores populistas como para el populismo en sí. En particular, los actores políticos han combinado el populismo con una variedad de ideologías delgadas y gruesas, como el agrarismo, el nacionalismo, el neoliberalismo y el socialismo.

En segundo lugar, contrariamente a las definiciones que limitan el populismo a un tipo específico de movilización y liderazgo, el enfoque ideacional puede dar cabida a un amplio elenco de actores políticos normalmente asociados con el fenómeno. Los actores populistas se han movilizado por vías muy distintas, ya sea a través de movimientos sociales vagamente organizados o de partidos políticos de férreas estructuras. Asimismo, al tiempo que prevalece cierto tipo de liderazgo, existen líderes populistas para todos los gustos. Pero todos tienen algo en común: una imagen esmeradamente elaborada de la *vox populi*.

En tercer lugar, el enfoque ideacional se encuentra en una posición privilegiada para ofrecer una respuesta más completa y polifacética a la pregunta crucial en los debates sobre el populismo: ¿cuál es su relación con la democracia? La relación entre populismo y democracia no es tan directa como claman sus numerosos detractores o sus escasos protagonistas. La relación es compleja, puesto que el populismo es amigo y enemigo de la democracia (liberal), dependiendo de la fase del proceso de democratización.

En cuarto y último lugar, definir el populismo como una ideología nos permite tener en cuenta tanto el lado de la demanda como el lado de la oferta de la política populista. Si bien es cierto que la mayoría de los postulados se centran exclusivamente en la oferta populista –pues definen el

populismo como un estilo o una estrategia de los que se vale la elite política—, nuestro enfoque nos permite considerar también la demanda populista; es decir, el apoyo a las ideas populistas a escala masiva. Esto nos ayuda a desarrollar un entendimiento más pleno de las causas de los episodios populistas así como de los costes y beneficios de las respuestas democráticas al populismo.

[15](#). El concepto de *heartland* hace referencia a una interpretación mítica del pasado que describe a una comunidad imaginada de naturaleza apolítica y cohesionada, desde la cual los populistas dibujan su propia visión de un electorado unificado. Véase Paul Taggart (2000), *Populism*, Buckingham: Open University Press.

2. El populismo en el mundo

Los especialistas en populismo coinciden en que es un fenómeno moderno. Según la creencia general, el populismo surgió a finales del siglo XIX en Rusia y Estados Unidos, y guarda estrecha relación con la difusión de la democracia como idea y como régimen. En la actualidad, el populismo afecta a casi todos los continentes y regímenes políticos, aunque es más frecuente en las democracias europeas y americanas. Si bien todos los populistas comparten un discurso común, el populismo es un fenómeno político extremadamente heterogéneo. Los actores individuales populistas pueden ser de izquierdas o de derechas, conservadores o progresistas, religiosos o laicos.

Algunos observadores ven en esta diversidad extrema una razón para rechazar el término «populismo» como un todo, alegando que algo tan diverso carece de sustancia. Sin embargo, más que reflejar la inexistencia de atributos esenciales, la diversidad de actores populistas es consecuencia de que el populismo raramente existe aislado. Como se trata de una ideología delgada, que atiende solo a una serie limitada de asuntos, la mayoría de los actores populistas lo combinan con una o más ideologías, las llamadas «ideologías huésped». A grandes rasgos, la mayoría de los populistas de izquierdas combinan el populismo con alguna forma de socialismo, mientras que los populistas de derechas lo combinan con algún tipo de nacionalismo.

Todos los actores populistas emergen debido a una serie de reivindicaciones sociales particulares, que influyen en la elección de la ideología huésped, que a su vez afecta a la definición que dan del «pueblo» y de «la elite».

Como es habitual que los acontecimientos regionales, o incluso globales, configuren sobremanera los contextos políticos nacionales, los actores populistas en regiones o períodos específicos pueden asemejarse mucho. Por ejemplo, en el marco europeo actual, el macrocontexto político general de la Unión Europea configura gran parte de las políticas nacionales, incluidas las populistas; prácticamente todos los actores populistas dentro de la Unión Europea son euroescépticos, aunque el carácter específico y la intensidad del escepticismo varíe.

En este capítulo ofrecemos un panorama conciso de los principales actores populistas habidos en los últimos 150 años. Nos centramos, en particular, en las tres áreas geográficas donde el populismo ha sido más relevante: Norteamérica, América Latina y Europa. Describimos someramente el contexto político, las características y la ideología huésped, así como la interpretación específica que los populistas hacen del pueblo y de la elite en estas regiones en momentos cruciales.

Terminamos señalando a varios actores populistas recientes fuera de estas áreas tradicionales, sobre todo en Asia, Oriente Próximo y el África subsahariana.

Norteamérica

Norteamérica, y en particular Estados Unidos, posee una larga historia de movilización populista que se remonta a finales del siglo XIX. Si bien el continente ha tenido su cuota de líderes populistas, con frecuencia a nivel estatal –como el gobernador Huey Long en Luisiana o el líder Preston Manning en Alberta–, casi todas las fuerzas populistas importantes se han caracterizado por ser movimientos con un liderazgo central y una organización relativamente débil. De la revuelta agraria de finales del siglo XIX a los movimientos Occupy Wall Street y Tea Party de comienzos del siglo XXI, el populismo en Norteamérica ha surgido con frecuencia de manera espontánea

y se ha caracterizado por una movilización regional y una organización débil.

A finales del siglo XIX, los estados fronterizos de Norteamérica atravesaron importantes transiciones económicas y sociales. El desarrollo de infraestructuras, como la ampliación del sistema ferroviario, y los cambios económicos, como la acuñación de monedas de plata, afectaron a las zonas rurales con especial dureza. Una mezcla de agrarismo y populismo dio paso al llamado «populismo de pradera» (*prairie populism*) de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Aunque eran más fuertes en las provincias occidentales de Canadá y en las regiones del suroeste de las Grandes Llanuras en Estados Unidos, los sentimientos populistas se diseminaron por toda Norteamérica durante ese período.

Los populistas de pradera a la sazón entendían que «el pueblo» eran los agricultores, más específicamente los labradores (*yeomen*), los agricultores libres e independientes de origen europeo. En línea con la ideología del *producerism*¹⁶, que siempre ha moldeado el populismo en Norteamérica, los campesinos eran descritos como el pueblo puro; eran ellos los que cultivaban la tierra y producían todos los bienes de la sociedad (sobre todo ropa y alimentos). Las elites eran los banqueros y los políticos en el Nordeste que no producían nada y se dedicaban a arrancar productos a los campesinos mediante elevados créditos sobre los préstamos. Aunque los populistas originales manifestaban cierta vena antisemita y racista, la distinción entre el pueblo y la elite no tuvo en principio un carácter étnico o religioso. Más bien la base era moral, geográfica y ocupacional; es decir, campesinos rurales buenos por una parte y banqueros y políticos urbanos corruptos por otra.

En el seno de los sistemas federales de Canadá y Estados Unidos, los partidos y políticos populistas lograron una influencia y un éxito local y regional nada desdeñables, pero

carecían de presencia política nacional. El Partido del Pueblo – más corrientemente conocido como los populistas– tenía representantes en las asambleas legislativas de varios estados en la década de 1890. Así y todo, a falta de un único líder con atractivo interregional, el Partido del Pueblo decidió apostar por el candidato oficial del Partido Demócrata, William Jennings Bryan, para las elecciones presidenciales de 1896. El populismo perdió gran parte de su «momento» después de que Bryan fuera derrotado en las elecciones, pero reaparecería periódicamente dentro del movimiento progresista, de un carácter más amplio, a comienzos del siglo xx.

En Canadá, varios partidos regionales del Crédito Social obtuvieron significativos triunfos electorales y cargos políticos desde Alberta a Quebec entre las décadas de 1930 y 1960, pero el Partido Crédito Social de Canadá (los *socreds*), de carácter federal, se componía de un sinnúmero de divisiones regionales y nunca logró convertirse en una fuerza nacional dominante.

El populismo volvió con ganas en el movimiento anticomunista del primer período de la Guerra Fría. Influido por las inseguridades de los tiempos, y por el antiguo temor y rechazo a las ideas izquierdistas dentro del conservadurismo americano, un movimiento de masas amorfo y de derechas transformó el populismo estadounidense, que pasó de ser un fenómeno primordialmente progresista a convertirse en predominantemente reaccionario. Para los populistas anticomunistas, «el pueblo» eran los («verdaderos») americanos corrientes y patrióticos del centro del país, mientras que «la elite» vivía en las zonas de costa, sobre todo en el Nordeste, y apoyaba veladamente o abiertamente las ideas socialistas «antiamericanas». Vinculando el populismo con el *producerism* –que entiende que el pueblo puro vive aplastado entre una elite corrupta por arriba y una clase marginal racializada por abajo– acusaron a la elite de buitrear el duro trabajo del pueblo y de «redistribuir» su riqueza a la clase marginal no blanca para seguir en el poder.

El movimiento anticomunista desapareció prácticamente de la mirada pública en los años 1970, cuando los excesos de la caza de brujas anticomunista del macartismo –llamado así por el senador Joseph McCarthy (republicano por Wisconsin)– se dieron a conocer y el auge de una política de distensión y la creciente superioridad de Estados Unidos frente a la Unión Soviética debilitó la paranoia de una toma del poder por parte de los comunistas.

Sin embargo, el gran atractivo del populismo no pasó desapercibido a algunos políticos tradicionales republicanos, que decidieron aprovechar la furia derechista entre el ciudadano estadounidense medio. Uno de los más hábiles fue Richard Nixon, el más tarde desacreditado trigésimo séptimo presidente de Estados Unidos. Aunque no era populista de corazón, Nixon popularizó el término «mayoría silenciosa» en referencia a la mayoría del (verdadero) pueblo americano que la elite (liberal) había silenciado figurativa y literalmente.

El populismo de derechas también estuvo en el centro de las dos exitosas campañas presidenciales protagonizadas por un tercer candidato en las postrimerías del siglo xx. En 1968, el exgobernador demócrata de Alabama George C. Wallace se presentó como candidato del Partido Independiente Americano (AIP), obteniendo casi diez millones de votos, el 13,5% de los emitidos. Wallace, que presentó esencialmente una campaña centrada en una única cuestión –la defensa de la segregación–, y en la que la exaltación populista de los elementos productivos de la sociedad apuntaba tanto a los afroamericanos pobres de abajo como a las elites blancas antisegregacionistas de arriba, ganó en cinco estados en el Sur.

En 1992, el multimillonario de Texas Ross Perot mejoraría incluso estos resultados, obteniendo veinte millones de votos, el 18,9% de los emitidos. Su campaña, lanzada bajo el lema «*United We Stand, America*» (‘Unidos resistimos, América’), combinaba un amplio abanico de inquietudes y cuestiones de la derecha, como el déficit presupuestario y el control de

armas, con un *producerism* moderado y un populismo fuerte. Empleando un lenguaje campechano para enfrentar a la gente «pura» del centro del país contra la corrupta de la Costa Este, Perot prometió al (verdadero) pueblo americano que «limpiaría el granero» en Washington. Su campaña de 1996, como líder del recién fundado Partido de la Reforma, fue mucho menos exitosa; aun así, atrajo a ocho millones de votantes, el 8,4% de los votos emitidos.

Aunque el principal «enemigo interno» de los populistas de derechas ha cambiado en cierto sentido con el tiempo –por ejemplo, los comunistas de los años 1950 fueron relevados por el movimiento de los derechos civiles en los años 1960 y por los «jueces activistas» en los años 1970–, las principales reivindicaciones socioeconómicas –y más importante aún, socioculturales– se mantuvieron notablemente constantes: «Nuestra forma de vida» es víctima de los ataques de la «elite liberal», que usa un Estado (federal) opresivo y un estado de bienestar muy caro y extenso para sofocar la iniciativa y los valores del pueblo mientras ofrece «privilegios especiales» a las minorías que no los merecen. Este discurso ha configurado todas las campañas populistas de derechas más importantes en Norteamérica, desde el Partido Independiente Americano (AIP) de Wallace de los años 1960 hasta los Partidos de la Reforma más neoliberales de Perot y Manning en la década de 1990.

A pesar de que el populismo pasó de tener un carácter más progresista en el siglo XIX a otro más conservador en el siglo XX, la autodefinición del «pueblo» ha variado poco. Lo sigue integrando mayormente la gente común del *heartland*, quizás con una interpretación más abierta en términos de ocupación (más clase media que campesinado) y de religión (más cristiana que protestante). En contraste, la descripción de «la elite» ha cambiado algo: mientras que las grandes empresas y políticos del Nordeste siguen siendo centrales en el discurso populista, una supuesta elite cultural ha cobrado mayor importancia. En esencia, esta «elite liberal» cultural funciona a

través de la educación (superior), en particular las universidades de la Ivy League, donde se «pervierte» a burócratas, jueces y políticos del futuro con ideas «antiamericanas».

La primera década del siglo XXI ha sido testigo de la emergencia de dos nuevos movimientos populistas, ambos impelidos a actuar por las reivindicaciones sociales relativas a la Gran Recesión. Si bien abarcan todo el espectro político, los dos movimientos tienen mucho en común; ambos se oponen firmemente a los rescates del Gobierno al sector bancario, que se iniciaron durante la presidencia del republicano George W. Bush y continuaron con su sucesor demócrata Barack Obama. Al más puro estilo tradicional estadounidense, ambos dicen defender una «Main Street» (es decir, la zona popular) pura contra un «Wall Street» corrupto. No obstante, lo que los divide es su ideología huésped, que hace de Occupy Wall Street un modelo más incluyente y del Tea Party un modelo más excluyente en lo que respecta tanto al pueblo como a la elite.

El movimiento Occupy Wall Street, que aseguraba hablar en nombre «del 99%» que había salido perdiendo como consecuencia de la crisis económica –a saber, «el» pueblo americano–, surgió como una protesta de la izquierda contra el rescate de Bush/Obama y los estrechos vínculos entre Wall Street y Washington, la corrupta elite que representaba al 1% de la población. Al tiempo que Occupy Wall Street atraía casi toda la atención mediática al ocupar físicamente Zuccotti Park en el Distrito Financiero de Manhattan, grupos similares ocuparon otras localidades en toda Norteamérica (y no solo).

Occupy fusionó una agenda de justicia social progresista con el populismo, lo que propició una interpretación inclusiva del «pueblo» y un *producerism* débil. El movimiento consideraba a la elite económica y política como un bloque homogéneo, en el que también está presente parte de la elite mediática convencional. Aunque Occupy ha vacilado a

consecuencia de la falta de un liderazgo central, los desalojos forzados y el frío invierno de 2011, algunos aspectos de su retórica han sobrevivido, como la división populista del 99% frente al 1% en la retórica del senador y candidato presidencial demócrata Bernie Sanders. De hecho, en uno de los discursos de su campaña presidencial de 2016, Sanders mantuvo que

hemos notificado al *establishment* político y económico de este país que el pueblo americano no seguirá aceptando un sistema de financiación de campañas corrupto que está socavando la democracia americana, y no seguiremos aceptando una economía amañada que obliga al ciudadano medio a trabajar muchas horas por salarios bajos, mientras que los nuevos ingresos y la riqueza van a parar al 1%.

El movimiento Tea Party movilizó principalmente a conservadores y libertarios contra los rescates bancarios. Su mensaje de exaltación de los elementos productivos de la sociedad propicia una interpretación a menudo implícita y racializada del pueblo. Aunque el Tea Party comparte con el movimiento Occupy su aversión hacia Wall Street, su definición de «la elite» es más selectiva: numerosos grupos y defensores del Tea Party reservan el término para referirse a banqueros, demócratas y Hollywood.

Sin embargo, las tensiones fundamentales entre la llamada militancia «Astroturf»¹⁷ y de base han debilitado el movimiento. La primera incluye grupos de presión bien financiados y organizados como FreedomWorks, que están cercanos al *establishment* republicano, mientras que la segunda engloba a miles de grupúsculos locales y regionales del Tea Party Patriots a lo largo y ancho del país, que consideran que el *establishment* republicano es RINO («*Republican in Name Only*», ‘Republicanos solo de nombre’). Ambos grupos dicen expresar la voz de «nosotros el pueblo», pero los sentimientos populistas de los grupos de base son mucho más pronunciados que los de Astroturf, que señalan principalmente al presidente Obama y al Partido Demócrata. Asimismo, mientras los grupos de base expresan sobre todo reivindicaciones socioculturales («recuperar nuestro país»), Astroturf se centra casi exclusivamente en

reivindicaciones socioeconómicas (como el Obamacare y las subidas de impuestos).

Si bien es cierto que Donald Trump nunca participó activamente en el Tea Party y su papel político fue menor en el apogeo de su movilización, en su campaña presidencial planteó muchas de las cuestiones que los militantes de base del Tea Party también habían defendido. Su campaña —que combinó nativismo y autoritarismo con viscerales sentimientos *anti-establishment*, y atacó a las elites demócratas y republicanas por igual—, se hizo cada vez más populista bajo la égida del director ejecutivo de Breitbart News, Steve Bannon. Así, en un discurso de campaña pronunciado en Florida en octubre de 2016, Trump dijo: «Nuestro movimiento quiere sustituir un *establishment* político fallido y corrupto por un nuevo Gobierno controlado por vosotros, el pueblo americano». Su inesperada victoria en las elecciones presidenciales de 2016 mostró que, contra todo pronóstico, el populismo de derechas es una estrategia viable para obtener un cargo político en Estados Unidos. Queda por saber si Trump seguirá utilizando una retórica populista durante su mandato, puesto que necesita el apoyo del Partido Republicano en el Congreso, y hay senadores que disienten de ciertos elementos de su programa populista de derechas.

América Latina

América Latina es la región con una tradición populista más duradera y extensa. La combinación de altos niveles de desigualdad económica y períodos relativamente largos de gobierno democrático explican en gran medida que el populismo sea una ideología con tanto calado en numerosos países latinoamericanos. Por una parte, la concentración de poder político y económico en una modesta minoría hace que el discurso populista sea especialmente atractivo, pues contribuye a identificar la existencia de una oligarquía

fraudulenta que actúa en contra de los deseos del pueblo. Por otra parte, la realización periódica de elecciones relativamente libres e imparciales proporciona un mecanismo que permite a los votantes canalizar su descontento con la situación. Por esta razón, no debería asombrarnos que muchos ciudadanos latinoamericanos apoyen a partidos y líderes populistas que prometen establecer un gobierno en el que sea el pueblo, y no la oligarquía, quien se gobierne a sí mismo.

El éxito electoral del populismo a lo largo y ancho de América Latina no puede dissociarse de la combinación de política democrática y desigualdad extrema, pero es importante tener en cuenta que la región ha presenciado el auge y el declive de diferentes versiones del populismo. A lo largo de la historia de América Latina podemos identificar tres olas de populismo. Cada una de ellas no solo ha fomentado su particular visión de quién constituye el «pueblo puro» y quién la «elite corrupta», sino que además ha integrado elementos ideológicos específicos que han facilitado la construcción de un relato en torno a las reivindicaciones sociales percibidas.

La primera ola de populismo latinoamericano se inició con el comienzo de la Gran Depresión en 1929 y duró hasta el ascenso de los llamados «regímenes burocráticos autoritarios» a finales de los años 1960. Durante este período, los países latinoamericanos vivieron una «crisis de incorporación social»: el creciente éxodo rural a las zonas urbanas y la adopción de reformas económicas que propiciaron la industrialización favorecieron el auge de demandas de derechos políticos y sociales. En toda la región, diferentes líderes y partidos promovieron programas políticos comprometidos con cuestiones sociales. El socialismo y el comunismo ganaron terreno en la mayoría de los países latinoamericanos, pero en algunos el populismo acabó teniendo mucho más éxito. Fue el caso de países como Argentina, Brasil y Ecuador, donde Getúlio Vargas, Juan Domingo Perón y José María Velasco Ibarra, respectivamente, llegaron a la presidencia de sus países porque desarrollaron un

lenguaje político centrado en «el pueblo» y no en la «clase trabajadora». Al mismo tiempo, adoptaron la ideología del americanismo, según la cual todos los habitantes de América Latina tienen una identidad común y denuncian la interferencia de las potencias imperialistas.



2. Eva Perón y su esposo, el general Juan Domingo Perón, fueron una pareja poderosa y glamurosa en la Argentina de las décadas 1940 y 1950. Perón fue presidente de Argentina en tres ocasiones, en el período que va de 1940 a 1970.

Adoptaron ideas populistas y dieron voz a sectores excluidos de la sociedad argentina. Mucha gente de su país sigue venerándoles hoy en día.

(AP Photo 961129022365)

Una coincidencia importante entre las distintas expresiones nacionales de la primera ola del populismo es su definición del «pueblo puro» y de la «elite corrupta». Todos estos experimentos populistas tuvieron claras tendencias corporativistas que entendían al pueblo puro como una

comunidad mestiza virtuosa compuesta de campesinos y trabajadores, y desdeñaban a los ciudadanos indígenas y de origen africano. Gracias a esta imagen del pueblo puro, los líderes populistas pudieron promover la movilización y la integración de sectores excluidos, siempre que manifestaran lealtad al líder en cuestión. En cuanto a la elite corrupta, los populistas de la primera ola hablaban de una oligarquía nacional en alianza con fuerzas imperialistas, que se oponía al modelo económico de industrialización por sustitución de importaciones. En la práctica, esto se traducía en que no todo el *establishment* era identificado con la elite corrupta, sino solo aquellos sectores elitistas en desacuerdo con el modelo de gobernanza promovido por los líderes populistas.

La segunda ola de populismo fue mucho más corta y menos prolífica que la primera. Surgió a principios de los años 1990, y los casos más paradigmáticos pueden encontrarse en Argentina (Carlos Menem), Brasil (Fernando Collor de Mello) y Perú (Alberto Fujimori). Como estos países sufrieron profundas crisis económicas a finales de los años 1980, los líderes populistas pudieron ganar elecciones culpando a la elite de la dramática situación del país y proclamando que el pueblo había sido despojado de su legítima soberanía. La mayoría de estos líderes no desarrollaron claras posturas programáticas sobre cómo confrontar la situación económica y, una vez en el poder, decidieron cooperar con el Fondo Monetario Internacional (FMI) para aplicar duras reformas neoliberales.

Aunque estas medidas no fueron populares, contribuyeron a estabilizar la economía y a eliminar la hiperinflación, lo cual explica en parte las reelecciones de algunos líderes populistas como Menem y Fujimori.

Al adoptar una serie de ideas neoliberales, la segunda ola de populismo vertebró su particular visión de quién pertenecía al pueblo puro frente a la elite corrupta. En contraste con la primera ola, esta vez la lucha se enmarcó contra la «clase política» y el Estado. La supuesta elite corrupta era descrita como los actores políticos que favorecían la existencia de un

Estado fuerte y eran contrarios al desarrollo de un mercado libre. La ideología del americanismo y su énfasis en el antiimperialismo no fueron relevantes. En consonancia con el enfoque neoliberal, el pueblo era retratado como una masa de individuos pasivos, cuyas ideas podían deducirse de las encuestas de opinión. En la práctica, lo que caracterizó la segunda ola de populismo fue la adopción de programas contra la pobreza, destinados a sectores de la economía informal y grupos de extrema pobreza.

La tercera y actual ola de populismo latinoamericano arrancó con el triunfo electoral de Hugo Chávez en Venezuela en 1998, que se extendió posteriormente a Bolivia (Evo Morales), Ecuador (Rafael Correa) y Nicaragua (Daniel Ortega). Como estos líderes emplearon la retórica del americanismo y el antiimperialismo, sus casos guardan cierta similitud con la primera ola. No obstante, los actores de esta tercera ola del populismo se han mostrado propensos a emplear ideas socialistas, hasta el punto de que el partido fundado por Evo Morales se llama Movimiento al Socialismo (MAS) y el partido fundado por Hugo Chávez se llamó Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV). En este sentido, difieren claramente de la primera ola del populismo, que intentó posicionarse más allá de la división izquierda/derecha. Todos los líderes populistas de la tercera ola se presentan como izquierdistas radicales, que claman combatir el libre mercado y aspiran a construir un nuevo modelo de desarrollo que aporte progreso real a las poblaciones pobres.

El atractivo de este discurso populista de izquierdas guarda relación con las reivindicaciones sociales que se desprendieron de las reformas neoliberales adoptadas en América Latina durante las dos últimas décadas del siglo XX. Aunque es cierto que generaron estabilidad macroeconómica, hicieron muy poco para reducir los altos niveles de desigualdad socioeconómica existente en casi todos los países de la región. Al politizar la cuestión de la desigualdad y condenar a las elites en el poder, los actores de la tercera ola populista han

podido adquirir gran importancia. Es más, combinando ideas socialistas y populistas, estos líderes han desarrollado un concepto del pueblo puro incluyente que abarca a todas las personas excluidas y discriminadas. Esto es de una claridad meridiana en el caso de Evo Morales en Bolivia, que ha promovido un discurso «etnopolulista» que reconoce el carácter multiétnico del país pero pone el acento en la necesidad de aplicar políticas en favor de los grupos indígenas discriminados.

En cuanto a la elite corrupta, todos los populistas de la tercera ola afirman que en sus países ha gobernado un *establishment* fraudulento que utiliza las reglas del juego a su favor. Como consecuencia, sostienen que ha llegado la hora de «devolver la soberanía al pueblo» mediante la formación de una «Asamblea constituyente» que se encargue de redactar una nueva Constitución que debe ratificarse por referéndum. Los tres líderes –Chávez, Correa y Morales– aplicaron este tipo de cambio institucional tan pronto llegaron al poder. Acontecimientos recientes han demostrado que las nuevas Constituciones no solo merman el poder de las antiguas elites, sino que también restringen seriamente la capacidad de la oposición para competir de manera libre y justa con los gobiernos populistas.

Europa

El populismo ha tenido una existencia relativamente marginal en Europa en el siglo XX, a pesar de que uno de los dos movimientos populistas agrarios originales surgió en Rusia a finales del siglo XIX. El populismo ruso (*narodnichestvo*) apareció como respuesta a las penurias del campesinado en la Rusia feudal zarista; exigía reformas democráticas para proteger a los campesinos del latifundismo y la comercialización de la agricultura. Pero mientras los populistas estadounidenses fueron capaces de crear un

movimiento político de masas, los *naródniki* (populistas) rusos nunca fueron más que un pequeño movimiento cultural de *intelligentsia* principalmente urbana. Entre 1879 y 1874, el movimiento «Yendo hacia el pueblo» se dispersó por el mundo rural para movilizar al pueblo contra la elite, pero el campesinado lo rechazó en su mayoría. Sus dos organizaciones principales, La Voluntad del Pueblo y Repartición Negra, vacilaron luego de que un joven miembro del primer grupo asesinara al zar Alejandro II en 1881.

Aunque los *naródniki* fracasaron en Rusia, inspiraron muchos de los movimientos agraristas que existieron en Europa del Este a principios del siglo XX. Estos movimientos compartían un populismo agrario bastante parecido al de los populistas en Norteamérica; consideraban al campesino como la principal fuente de moralidad, y la vida agrícola constituía el cimiento de la sociedad; además, se oponían con vehemencia a la elite urbana, a las tendencias centralizadoras y a la base materialista del capitalismo, abogando en su lugar por preservar las pequeñas granjas familiares y la autogestión. Los populistas agrarios fueron muy populares en las zonas rurales de Europa del Este, pero en gran medida quedaron excluidos del poder político en aquellos estados autoritarios que estaban gobernados por una elite de latifundistas y militares.

El comunismo y el fascismo coquetearon con el populismo, particularmente cuando se estaban formando como movimientos, en un intento por generar un apoyo masivo. En esencia, no obstante, ambos deberían considerarse ideologías y regímenes más elitistas que populistas. Esto es más evidente en el caso del fascismo, que en sus diversas variantes exalta al líder (*Führer*), a la raza (nacionalsocialismo) o al Estado (fascismo) antes que al pueblo. Por su parte, mientras el comunismo tiene un foco más popular, el marxismo-leninismo en particular tiene un fuerte núcleo elitista, erigiendo al partido comunista en la vanguardia del pueblo (es decir, la clase trabajadora), que, más que seguir al partido, es guiado por él.

Además, las ideas fundamentales de la «lucha de clases» y, en especial, la «falsa conciencia» son antitéticas al populismo.

Los especialistas coinciden en que el populismo apenas existió en la política europea de las primeras décadas del período posterior a la Segunda Guerra Mundial. Europa del Este estaba bajo el control de los regímenes comunistas, que intercambiaron un líder fuerte (Stalin) por una burocracia fuerte, aunque ineficiente, mientras que Europa occidental se dedicaba a reconstruir sus democracias sobre la base de la moderación ideológica, y bajo la amenaza del fascismo y el comunismo. Surgieron, no obstante, algunos movimientos populistas aislados que expresaban principalmente el retroceso rural conservador y la lucha contra la centralización y la politización del sector agrícola. Entre los escasos partidos populistas exitosos se hallaba la Unión de Defensa de Comerciantes y Artesanos (UDCA) de Pierre Poujade en Francia. Los llamados «poujadistas» participaron únicamente con éxito en las elecciones nacionales de 1956, pero tuvieron un impacto duradero en la política francesa. De hecho, el término «poujadismo» es sinónimo de populismo en Francia y más allá de sus fronteras.

Fue solo a finales de los años 1990 cuando el populismo se convirtió en una fuerza política relevante en Europa. En respuesta a las frustraciones que generaron las viejas y también las nuevas transformaciones políticas y sociales, como la integración europea y la inmigración, los partidos populistas radicales surgieron en todo el continente, si bien con distintos niveles de éxito electoral y político.

Estos partidos combinan el populismo con otras dos ideologías: el autoritarismo y el nativismo. Mientras que el primero se basa en la creencia de una sociedad estrictamente ordenada, y se expresa con énfasis en las cuestiones relativas a la «ley y el orden», el nativismo alude a la idea de que en los estados deberían habitar exclusivamente miembros del grupo nativo («la nación») y de que los elementos no nativos («extranjeros») son una amenaza fundamental para el estado-

nación homogéneo. Por lo tanto, la naturaleza xenófoba del actual populismo europeo deriva de una concepción de la nación muy específica, que descansa en una definición étnica y chovinista del pueblo. Esto supone que el populismo, el autoritarismo y el nativismo están experimentando una especie de matrimonio de conveniencia en la Europa actual.

El prototipo de partido populista de extrema derecha es el Frente Nacional (FN) de Francia, fundado en 1972 por Jean-Marie Le Pen, antiguo parlamentario de la UDCA. Le Pen transformó la desorganizada y elitista extrema derecha francesa en un partido de derecha radical populista bien organizado, que inspiró a otros partidos y políticos en toda Europa. Le Pen animaba a «decir lo que piensas» y enfrentó al Frente Nacional con «la banda de los cuatro», que es como denominaba a los cuatro partidos consolidados por entonces.

Los partidos populistas radicales también combinan el nativismo y el populismo en su programa económico con un estado de bienestar chovinista (*welfare chauvinism*) y una agenda política exterior propia del euroescepticismo. Acusan a la elite de destruir el estado de bienestar para incorporar a los inmigrantes –su supuesto nuevo electorado– y defienden un estado de bienestar para «su gente» antes que nadie. En cuanto a la política exterior, atacan a su elite nacional por «vender» supuestamente a su país y a su gente a la Unión Europea, un «Moloch burocrático, socialista y antidemocrático» que sirve exclusivamente a una elite cosmopolita.



3. Nigel Farage posa para los medios con una pinta de cerveza en un pub británico. Como líder principal a favor del referéndum sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea (*brexít*), aspira a presentarse como un «hombre corriente» británico que comulga con las ideas y los intereses del «pueblo».
(Lefteris Pitarakis/AP Photo 443082946673)

Además de la derecha nativista populista radical, que suele emerger de subculturas nacionalistas, varios partidos neoliberales populistas, como Forza Italia (FI) y el Partido por la Independencia del Reino Unido (UKIP), surgieron de la política tradicional. Frustrados por los elevados impuestos y por el incremento de costes del estado de bienestar –así como por la complicidad de los partidos de la derecha tradicional–, apostaron por políticas neoliberales de rebajas impositivas y libre mercado con fuertes críticas populistas al sistema político y a las elites. Al igual que sus hermanos en Norteamérica, suscribieron la ideología del *producerism*, aunque con una interpretación más moderada, acusando a la elite (es decir, a los partidos tradicionales y a los sindicatos) de frustrar al ciudadano medio trabajador con leyes innecesarias y elevados impuestos, mientras recompensaban inmerecidamente a su improductivo electorado de empleados del sector público e inmigrantes.

En cuanto a Europa central y oriental, el fin del comunismo desató sentimientos populistas generalizados. En los escasos países en donde la sociedad civil tuvo un papel importante en el derrocamiento de los regímenes comunistas, como Alemania del Este y Polonia, los eslóganes populistas del tipo «somos el pueblo» abundaban en la «revolución».

Los sentimientos populistas fueron especialmente fuertes en las elecciones fundacionales¹⁸, es decir, en las primeras elecciones libres e imparciales en la Europa del Este poscomunista. En dichas elecciones, amplios partidos «paraguas» representaron al «pueblo» contra «la elite» del Partido Comunista. Por ejemplo, el eslogan oficial del Foro Cívico (OF) checo fue: «Los partidos son para sus afiliados, Foro Cívico es para todos». Casi todos los partidos «paraguas» se desintegraron poco después de que se celebraran las elecciones fundacionales, que permitieron a partidos populistas más pequeños de izquierda, derecha y centro abrirse paso. Muchos fueron los llamados «partidos flash» –hoy aquí y mañana ya no–, vinculados a una personalidad específica. Un excelente ejemplo de uno de los primeros «partidos flash» populistas tras el fin del comunismo fue el Partido X del sombrío empresario polaco-canadiense Stanislaw Tyminski, que sorprendió a todo el mundo al quedar segundo en las elecciones presidenciales de 1990, perdiendo ante Lech Walesa, el legendario líder del sindicato anticomunista Solidaridad, en la segunda vuelta.

Mientras las sociedades poscomunistas lidiaban con los cambios de una doble transición (económica y política, y en algunos casos incluso una tercera transición nacional a medida que se formaban nuevos estados), los nuevos actores populistas intentaron aprovechar la creciente insatisfacción política con un discurso sobre la «revolución robada», en el que acusaban a las nuevas elites democráticas de formar parte de la vieja elite comunista o de estar conchabadas con ella, por lo que llamaban a hacer una nueva revolución «real» que desalojara a la corrupta elite poscomunista y diera el poder a la

gente. No es sorprendente que este discurso se hiciera fuerte sobre todo en países donde hubo una transición pactada, es decir, donde la democracia fue el resultado de un acuerdo entre los representantes del régimen comunista y la oposición democrática. Por eso, tanto la Fidesz-Unión Cívica Húngara como Ley y Justicia (PiS) en Polonia llevan mucho tiempo afirmando que la auténtica revolución aún no ha tenido lugar. Es más, cuando Fidesz obtuvo una mayoría cualificada en 2010, modificó la Constitución, alegando que «nunca fuimos capaces de hacer lo que quisimos hacer en 1989».

Mientras el populismo sigue siendo mayoritariamente de derechas en Europa, la Gran Recesión ha propiciado un nuevo auge del populismo de izquierdas. En Grecia, la devastación económica convenció a una profusión de grupos de extrema izquierda para confluir en la nueva Coalición de la Izquierda Radical (Syriza), mientras que en España las protestas de los Indignados dio luz a un nuevo partido, Podemos. Este populismo de izquierdas se asemeja bastante al movimiento Occupy en Norteamérica, aunque cada actor tiene sus propios enemigos y terminología específica; para Syriza, la Unión Europea es una parte importante de la elite, mientras que Podemos se opone principalmente a «la casta», el término despectivo que emplea para referirse a la elite política nacional. Las fuerzas europeas populistas de izquierdas suelen ser euroescépticas también, pero más por razones sociales (socialistas) que nacionales (nacionalistas). Por ejemplo, se oponen firmemente a las medidas de austeridad impuestas por la llamada Troika, es decir, la Comisión Europea, el Banco Central Europeo (BCE) y el Fondo Monetario Internacional (FMI).

Fuera de las tres regiones principales

El populismo está creciendo en las democracias en desarrollo de otras regiones del mundo, notablemente en el Sureste

Asiático, Oriente Próximo y el África subsahariana. En estas democracias mayormente electorales, el populismo existe tanto entre las fuerzas gobernantes como en la oposición. Debido a la diversidad económica, social y política incluso mayor de estas regiones, es más difícil distinguir unas claras tendencias, aunque sí es posible determinar ciertas características comunes de los actores populistas.

La región con la tradición populista más clara es Australasia; más específicamente, Australia y Nueva Zelanda. Ambos países experimentaron el auge de partidos populistas de derechas en los años 1990, muy similares a los partidos de este período en Europa occidental. Nueva Zelanda Primero (NZF) y Una Nación (ONP) surgieron de la frustración por la creciente inmigración y las reformas neoliberales del estado de bienestar. Ambos partidos dicen hablar en nombre de la población «nativa», pero el ONP defiende los intereses de los descendientes de los colonos blancos en Australia y es crítico con los aborígenes indígenas, mientras que el NZF se presenta sobre todo como la voz del pueblo indígena maorí de Nueva Zelanda.

En el Sureste Asiático, el populismo apareció a raíz de la crisis económica asiática de 1997, que frenó bruscamente el espectacular ascenso de los llamados «tigres asiáticos». Sobre todo en las democracias en desarrollo de la región, los actores populistas dieron voz al descontento generalizado con los ya desacreditados viejos líderes y sus políticas. Fusionando nacionalismo y populismo, los populistas atacaron la globalización neoliberal y a las elites nacionales que habían aplicado estas políticas. Populistas *outsiders*, sin un pasado político, como Joseph Estrada en Filipinas y Roh Moo-hyun en Corea del Sur, lograron llegar a la presidencia de sus países, aunque sus mandatos fueron relativamente cortos e infructuosos. El ejemplo más extremo de «populista flash» fue probablemente Chen Shui-bian, el «presidente del pueblo» en Taiwán, cuyo «gobierno del pueblo» se desplomó solo cinco meses después. El populista más prominente del Sureste

Asiático es sin duda Thaksin Shinawatra, que fue derrocado como primer ministro de Tailandia después de unas protestas públicas masivas y un golpe militar, pero cuya hermana, Yingluck, ha sido capaz de dar continuidad a su proyecto.

El populismo es bastante insólito en África, donde muchos países siguen siendo autoritarios o, en el mejor de los casos, democracias electorales muy imperfectas. En contraste con la mayoría de las otras regiones, el populismo se asocia sobre todo con caudillos autoritarios, como el presidente ugandés Yoweri Museveni y el presidente zambiano Michael Sata, cuyo populismo fue consecuencia de una lucha entre elites por el poder. Museveni introdujo un «sistema de partido único» basado en instrumentos plebiscitarios como los referendos, y se opuso firmemente a las instituciones liberales democráticas, como los tribunales independientes. Cuando el Tribunal Supremo declaró nulo y sin efecto uno de estos referendos, respondió a la perfecta manera populista: «El Gobierno no permitirá que ninguna autoridad, ni siquiera los tribunales, usurpen los poderes del pueblo». Incluso en el excepcional caso de Sudáfrica –al ser una de las pocas democracias liberales en el continente–, el populismo ha surgido principalmente del propio *establishment*. Julius Malema fue una voz populista de la oposición dentro del dominante Congreso Nacional Africano (CNA) y presidente de su organización juvenil de 2008 a 2012. Sin embargo, debido a su fiera retórica, comportamiento problemático y polémicas propuestas políticas, fue expulsado del ANC en 2012, y más en adelante creó un nuevo partido llamado Luchadores por la Libertad Económica (EFF).

Por último, aunque el populismo se ha asociado con algunos regímenes anteriores en Oriente Próximo, en especial los de Gamal Abdel Nasser en Egipto (1956-1970) y Muamar el Gadafi en Libia (1969-2011), también es cierto que no ha constituido parte integral de la política en la región hasta el siglo XXI. En democracias más consolidadas como Israel y Turquía, el populismo es una característica de los partidos y

los políticos tanto en el gobierno como en la oposición, incluidos líderes con arraigo como Benjamin Netanyahu en Israel y Recep Tayyip Erdogan en Turquía. Y aunque las múltiples «revoluciones» que constituyeron lo que ahora se conoce de forma general como «la Primavera Árabe» no eran populistas *per se*, la retórica populista fue decisiva para movilizar a muchos de sus participantes. El eslogan más asociado a la Primavera Árabe, coreado en manifestaciones de Túnez a Egipto y de Egipto a Yemen, fue «¡El pueblo quiere derrocar al régimen!».

El populismo en el tiempo y en el espacio

En aproximadamente ciento cincuenta años, el populismo ha pasado de ser un pequeño grupo elitista en la Rusia zarista, y un amplio aunque desorganizado grupo en algunas regiones de Estados Unidos, a un fenómeno político diverso que cubre el planeta entero. Su crecimiento guarda estrecha relación con el auge de la democracia en el mundo. El populismo y la democracia eran fenómenos relativamente raros a finales del siglo XIX, pero hoy están muy extendidos. No queremos insinuar con esto que ambos están necesariamente conectados; el populismo puede coexistir con regímenes autoritarios, y son numerosas las democracias que no tienen actores populistas relevantes. Pero como ideología que exalta la voluntad general de la gente, el populismo saca provecho de la creciente hegemonía global del ideal democrático, así como de las posibilidades de la democracia electoral y las frustraciones de la democracia liberal.

Todos los fenómenos políticos son producto de un contexto cultural, político y social más o menos específico, y el populismo no es una excepción. Esto es lo que explica que el populismo aparezca en una amplia variedad de formas, y la forma específica que el populismo termine adoptando dependerá en parte de las reivindicaciones sociales que son

dominantes en el contexto en el que opera. Los actores populistas son expertos en detectar y politizar las reivindicaciones sociales que, de forma intencionada o no, las fuerzas políticas dominantes no están resolviendo convenientemente.

Pero como el populismo es un conjunto de ideas muy básicas, aparece necesariamente en combinación con una ideología huésped, que es crucial para ofrecer una interpretación más rica del contexto político a fin de atraer los intereses de grupos importantes. Es precisamente la *combinación* del populismo y su ideología huésped lo que crea la interpretación específica del «pueblo» y «la elite». Si bien es cierto que esta interpretación se relaciona típicamente con el contexto nacional, los fenómenos regionales particulares pueden crear olas de actores populistas muy similares, como los partidos populistas de extrema derecha en la Europa contemporánea o la variante actual de los populistas de extrema izquierda en América Latina.

[16.](#) Ideología extendida en Estados Unidos que plantea que, por un lado, hay miembros de la sociedad dedicados al trabajo y la producción de valor, mientras que, por otro, existen miembros cuyo rol es parasitario, en tanto viven de lo que los demás producen. Véase Michael Kazin (1998), *The Populist Persuasion. An American History*, Nueva York: Cornell University Press.

[17.](#) Astroturf es el nombre de una marca de césped artificial. Se llama *astroturfing* a una técnica publicitaria que consiste en ocultar la verdadera identidad del emisor de un mensaje para crear verosimilitud de espontaneidad. Astroturf hace referencia, por tanto, al intento de dar apariencia de tener un alto apoyo ciudadano y una fuerte raigambre social a grupos de presión, que usualmente son financiados por actores poderosos, los cuales buscan influir en el proceso político (*N. de la T.*)

[18.](#) Concepto de ciencia política para denominar las primeras elecciones luego de un periodo autoritario.

3. Populismo y movilización

La definición ofrecida en este libro no nos dice mucho sobre los usos que los actores políticos hacen del populismo para movilizar a las masas. Si ponemos de relieve la existencia de distintos tipos de movilización populista, podremos entender mejor por qué ciertas experiencias populistas tienen más éxito electoral y duran más que otras.

Antes de seguir, conviene señalar que el populismo se asocia generalmente con un líder fuerte (masculino), cuyo atractivo personal, y no su programa de gobierno, es la base de *su* apoyo. Aunque los líderes (masculinos) carismáticos son importantes para el populismo, la movilización populista no siempre se vincula con un líder carismático. Nuestro breve repaso de los ejemplos pasados y contemporáneos de las fuerzas populistas en el mundo muestra que el populismo se asocia con diferentes formas de movilización.

Por «movilización» entendemos el compromiso contraído por una amplia pluralidad de individuos para sensibilizar sobre un problema en concreto, lo que les lleva a actuar colectivamente para apoyar su causa. En conjunto, es posible identificar tres tipos de movilización populista: liderazgo personalista, movimiento social y partido político. Mientras que muchos actores populistas pueden catalogarse claramente en una sola de estas tres categorías, algunos tienen aspectos de dos o tres de ellas, bien simultáneamente, bien a lo largo del tiempo. Como muestran estos tres tipos, la movilización populista puede ser de arriba abajo o descendente (liderazgo personalista), de abajo arriba o ascendente (movimiento social) o ambas (partido político). El tipo de movilización depende en parte del sistema político en el que opere, mientras

que la durabilidad de su éxito depende con creces del tipo de movilización.

Liderazgo personalista

La forma de movilización populista por antonomasia es la del individuo que, si bien depende mucho de la organización de un partido existente, hace campaña y reúne apoyos sobre la base de *su* atractivo personal. Pensemos en Rafael Correa en Ecuador, Pim Fortuyn en los Países Bajos, Alberto Fujimori en Perú, Beppe Grillo en Italia, Ross Perot en Estados Unidos o Thaksin Shinawatra en Tailandia. En todos estos casos, la mayoría de los simpatizantes sintieron una conexión personal(izada) con el líder, cuya movilización fue puramente descendente. Los líderes conectan directamente con los simpatizantes, sin que intermedie ninguna organización política o social fuerte. Aunque la movilización descendente no es exclusiva de los líderes populistas, estos definitivamente son más propensos a ello.

¿De dónde proviene esta afinidad empírica entre populismo y liderazgo personalista? La respuesta a esta pregunta radica en parte en la naturaleza de la serie de ideas populistas, que considera grupos homogéneos tanto al «pueblo puro» como a la «elite corrupta». Así, el líder populista puede erigirse en la personificación del pueblo (como ciertamente podría hacer cualquier miembro del «pueblo»). En algunos casos, el líder populista no solo es el núcleo del movimiento político, sino también su identidad política; pensemos, por ejemplo, en el chavismo en Venezuela, el fortuynismo en los Países Bajos y el peronismo en Argentina.

En buena parte de los casos, empero, los líderes populistas sí que construyen cierto tipo de organización política en torno a ellos, con frecuencia juzgada como un mal necesario para poder competir electoralmente con éxito. Técnicamente hablando, esta organización es un partido político, es decir,

una agrupación política que presenta un candidato o más a cargos públicos en unas elecciones. Sin embargo, en muchos casos la organización no es más que una fachada, pues el número de militantes, comités o estructuras internas es escaso. Por esta razón preferimos etiquetar este tipo de pseudoorganización como un «vehículo electoral personalista», es decir, una estructura política más o menos *ad hoc* y carente de poder que ha sido construida, y es plenamente controlada, por un líder fuerte con el propósito específico de presentarse a unas elecciones.

Gracias a que ha creado un vehículo electoral personalista, el líder populista puede retratarse como un actor limpio, capaz de erigirse en la voz del «hombre de la calle», puesto que no hay intermediarios entre él y «el pueblo». Por ejemplo, Correa ganó las elecciones presidenciales ecuatorianas de 2006 rechazando el *establishment* y creando un partido político que no presentó candidatos al Congreso. Correa adujo que los partidos políticos son organizaciones fraudulentas. Prometió redactar una nueva Constitución tras convocar una Asamblea constituyente cuya tarea sería construir un marco institucional que supuestamente respetara la soberanía nacional. Encontramos un patrón similar de movilización personalista en el caso de Geert Wilders, en los Países Bajos, que armó un partido político que en realidad solo era un vehículo electoral personalista. Como único miembro del Partido por la Libertad (PVV), Wilders decide quién tiene permiso para representar al partido en varias legislaturas y cómo se ha de actuar y votar.

Aunque es posible encontrar liderazgos personalistas en todo el mundo, estos se hallan más presentes en ciertas regiones, como América Latina. En las tres olas de populismo latinoamericano, el referente de movilización ha sido el liderazgo personalista, desde Perón en la primera ola, pasando por Fujimori en la segunda, hasta Correa en la tercera. Lo mismo vale para gran parte de países no occidentales, donde los populistas han logrado exitosas movilizaciones, caso de Corea del Sur y Taiwán. Lo que estos países tienen en común

es que son democracias en desarrollo con un sistema presidencial y unos partidos políticos institucionalizados que relativamente son débiles.

Ejemplo: Alberto Fujimori en Perú

A finales de los años 1980, Perú no solo enfrentó una severa crisis económica, sino también el auge del movimiento guerrillero maoísta Sendero Luminoso. En estas circunstancias, una figura completamente desconocida, Alberto Fujimori, llegó al poder gracias a una campaña populista que criticaba al *establishment* por la dramática crisis que amenazaba el país y que le presentaba como una persona «pura» deseosa de deshacerse de la elite corrupta. Al exaltar su origen japonés, Fujimori se presentó como un *outsider* sin vínculos con la elite blanca y, por lo tanto, como alguien que había sufrido discriminación racial, como la mayoría del pueblo. No es fortuito que uno de los eslóganes de su campaña fuera «Un presidente como tú». Este eslogan constituyó un sutil ataque contra su principal contrincante, el famoso escritor Mario Vargas Llosa, conocido miembro del *establishment* cultural y político, galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 2010.

Fujimori fue elegido presidente en 1990, pero sin un partido político que lo respaldase, no tenía forma de controlar el Congreso. Creó un vehículo electoral personalista llamado Cambio 90, que se constituyó con la ayuda de dos organizaciones menores con poco en común: una asociación de pequeños empresarios y una red de protestantes evangélicos. El personal que trabajaba para Cambio 90 era tan insignificante e inexperimentado que Fujimori no incluyó ni a un solo miembro del partido en su primer Consejo de Ministros. Prefirió gobernar con independientes, cargos militares activos o retirados y algunas personas de otros partidos.

Para celebrar las elecciones nacionales de 1995, Fujimori creó un nuevo partido llamado Nueva Mayoría, que logró la mayoría en el Congreso, aunque casi todos los parlamentarios eran novatos políticos elegidos a dedo por Fujimori y sus personas de confianza. Tras los pobres resultados en las elecciones municipales de 1998, Fujimori decidió formar otro nuevo partido político para las elecciones nacionales de 2000, esta vez llamado Perú 2000. En un proceso muy turbio, Fujimori pudo ganar la presidencia, pero sin asegurarse una mayoría en el Congreso. Como consecuencia, empezó a sobornar sistemáticamente a parlamentarios de la oposición para que apoyaran su gobierno, lo cual terminaría siendo su ruina. Mientras se le investigaba por soborno, Fujimori envió por fax su renuncia como presidente durante una visita a Japón, donde permaneció varios años para evitar la cárcel en Perú.

En definitiva, Fujimori rivalizó en las elecciones con organizaciones políticas que eran extremadamente débiles y estaban bajo su control absoluto. Así las cosas, cuando su hija Keiko decidió entrar en política varios años más tarde, se vio en la necesidad de fundar un nuevo partido político prácticamente desde cero, aunque incluyó a algunos dirigentes que habían apoyado al gobierno fujimorista. Con su nuevo partido, Fuerza Popular, Keiko Fujimori ha podido construir una identidad común uniendo elites locales y organizaciones de base que apoyaron al gobierno de su padre.

Movimiento social

Las manifestaciones, las marchas y las concentraciones son fenómenos políticos habituales en las sociedades contemporáneas; son ejemplos de movilización política que reúnen a individuos para ejercer presión sobre quienes están en el poder. Cuando las protestas no son casos esporádicos, sino que perduran en el tiempo, estamos ante un movimiento social.

Los movimientos sociales suelen describirse como redes informales (o «redes de redes») que se caracterizan por un compromiso continuo de individuos y grupos políticos que tienen un claro adversario y buscan promover la acción colectiva en la persecución de un objetivo común. Algunos ejemplos icónicos de (nuevos) movimientos sociales son el movimiento estadounidense por los derechos civiles de los años 1960 y los movimientos ecologistas europeos occidentales de los años 1970.

La preferencia de los movimientos sociales por una acción colectiva no institucionalizada –y no del más usual comportamiento electoral– se debe con frecuencia a la falta de acceso al proceso de adopción de decisiones. Por lo tanto, los movimientos sociales son diferentes de los partidos políticos y también de los grupos de interés, que suelen tener una organización formal y participan regularmente en el proceso de adopción de decisiones.

A la hora de definir una identidad común y un enemigo común, los movimientos sociales tienen que crear un *marco* que les sirva para identificar las reivindicaciones sociales más importantes que afectan a la sociedad. En el proceso de construcción de este marco, los movimientos sociales suelen recurrir a diferentes estructuras ideológicas; así, por ejemplo, el movimiento obrero empleaba a menudo ideas marxistas para construir un marco que retratara a la comunidad empresarial como el enemigo común y describía a los trabajadores como la población agraviada.

Aunque nada impide a los movimientos sociales usar el populismo para construir un marco, sin embargo, no es lo más habitual. Lo que la mayoría de dichos movimientos quiere es desarrollar una identidad común para un grupo *específico* de individuos, como estudiantes, mujeres, trabajadores, etcétera. Por el contrario, el populismo habla del «pueblo» como una categoría homogénea, y asume una serie de ideas que un *amplio grupo* de individuos –aunque no el conjunto de la sociedad– debería poner en marcha para recuperar la soberanía

que una «elite corrupta» les ha robado. Por lo tanto, el populismo no resulta muy útil para construir marcos que afectan a electorados específicos (es decir, subgrupos del «pueblo»).

Un aspecto interesante de los movimientos sociales populistas es que son ejemplos de movilización ascendente. De hecho, los movimientos sociales populistas adolecen normalmente de un liderazgo centralizado, o de un líder dominante, lo cual no quiere decir necesariamente que no tengan líderes. Ciertas figuras pueden desempeñar un papel importante de cuando en cuando, pero la fortaleza esencial de un movimiento social populista reside en su capacidad de interpretar un sentimiento de rabia generalizado contra el *establishment* para proponer de forma convincente que la solución está en el pueblo soberano. Como consecuencia, los escándalos de corrupción sonoros que implican a personalidades de diferentes grupos del *establishment* o las serias violaciones del principio de soberanía popular son el tipo de sucesos propicios para la emergencia de movimientos sociales populistas. En contraste, los contextos políticos en que grupos específicos se sienten discriminados (como los jóvenes, por ejemplo) o aspiran a reformar un tipo de política concreta (como la ecología), no son muy adecuados para el auge de movimientos sociales populistas.

Si miramos el mundo contemporáneo, la Gran Recesión ha facilitado el ascenso de una amplia variedad de movimientos sociales populistas en todo el planeta. Occupy Wall Street en Estados Unidos y los llamados Indignados en España dan buena fe de ello. Mientras que el primero creó el eslogan «Somos el 99%», el lema del segundo fue: «¡Democracia real ya! No somos mercancías en manos de políticos y banqueros». Ambos movimientos tenían un claro tono populista, retratando a la «casta política» y a la comunidad empresarial como la «elite corrupta», a la vez que definían al pueblo homogéneo («el 99%») como la única fuente de legitimidad política. Y mientras los dos movimientos intentaban crear una definición

del «pueblo» que fuera inclusiva con las minorías más marginadas –incluidas las étnicas, las religiosas y las sexuales–, la exclusión moral que hacían de «la elite», en términos de intereses y valores, fue tan esencial como la de los movimientos populistas más excluyentes de la derecha política.

Ejemplo: el Tea Party en Estados Unidos

Aunque el mar de fondo del movimiento se remonta a mucho antes, numerosas versiones sitúan los orígenes del movimiento Tea Party en la diatriba que el comentarista de la cadena CNBC Rick Santelli lanzó en directo desde el Chicago Mercantile Exchange (la Bolsa de Chicago) en febrero de 2009. Santelli, que protestaba contra las políticas de rescate del presidente demócrata Barack Obama –aunque habían sido iniciativa de su predecesor republicano, el presidente George W. Bush–, se volvió hacia los corredores bursátiles gritando: «Ha llegado la hora de otro Tea Party». Se refería a la protesta contra los impuestos del gobierno británico que hubo en Boston en 1773 (conocida como *Tea Party*) y que sirvió de preludio a la Revolución americana. Aunque este suceso mediático estimuló sin duda el incipiente movimiento, el Tea Party, en muchos sentidos, no es más que la forma más novedosa de indignación populista conservadora en Estados Unidos.

El movimiento se construyó sobre una multitud de militantes populistas de derechas con una vaga organización de base, como la bloguera Keli Carender (que firma como «Liberty Belle» en su blog) y grupos como Tea Party Patriots, además de agrupaciones nacionales conservadoras organizadas profesionalmente, como Americans for Prosperity y FreedomWorks. La coalición de los llamados «grupos de base» y Astroturf fue problemática desde el principio, porque para muchos simpatizantes de base los profesionales de Astroturf formaban parte de la elite corrupta. Es más, a medida

que el Tea Party se fue vinculando más estrechamente con el Partido Republicano, en buena medida debido a los grupos Astroturf, las facciones más populistas del movimiento se alejaron de las campañas comunes nacionales y centraron su interés en contiendas locales y regionales, en particular en el Medio Oeste y el Sur de Estados Unidos.



4. El Tea Party es un movimiento populista que empezó a tener influencia después del inicio de la Gran Recesión, a finales de los años 2000. Sus organizaciones de base, que no están sometidas al control directo de políticos elegidos, organizan mítines como el de la imagen, en Mishawaka (Indiana) en 2009.

(Fotografía de Cas Mudde)

Además, incluso las bases del Tea Party engloban gran diversidad de causas y grupos, entre los que se incluyen desde los más libertarios hasta socialconservadores, fundamentalistas religiosos y supremacistas blancos. También han surgido varios aspirantes a líderes, que abarcan desde el comentarista televisivo conservador Glenn Beck hasta la congresista Michelle Bachman, aunque, como todos están conectados con subgrupos específicos, han encontrado como mínimo tanta oposición como apoyo dentro de este amorfo movimiento. Incluso la exgobernadora de Alaska Sarah Palin —que se había convertido en una celebridad nacional e internacional después

de que John McCain (1936-2018) la seleccionara como su segunda en las elecciones presidenciales 2008— se vio atrapada en la pelea entre determinados grupos del Tea Party, recibiendo duras críticas por cobrar elevados honorarios como ponente en reuniones de grupos (con fines de lucro) del propio Tea Party.

Al igual que otros movimientos de base antes que él, el Tea Party perdió rápidamente su ímpetu en el país, en buena parte por su falta de liderazgo y organización nacionales, aunque ciertos grupos sigan influyendo a escala estatal o local.

No obstante, algunos líderes del Partido Republicano cercanos al Tea Party pudieron competir en las primarias presidenciales de 2016 (Ted Cruz, Rand Paul y Marco Rubio, por ejemplo), a pesar de que buena parte de las bases apoyaron al *outsider* republicano Donald Trump.

En la actualidad, queda abierta la pregunta de cuál será la repercusión del Tea Party en el liderazgo del Partido Republicano y en sus bases en un futuro cercano, después de que Trump supiera emplear hábilmente algunos elementos de la retórica populista más extremista del Tea Party para movilizar a sus simpatizantes y vencer en las elecciones presidenciales de 2016.

Partido político

Como es bien sabido, el politólogo estadounidense E. E. Schattschneider afirmó que la democracia no puede darse sin partidos políticos. Exageraciones aparte, la democracia es, sin lugar a dudas, una forma de gobierno que depende de los partidos políticos, los cuales desempeñan como mínimo tres funciones esenciales en el sistema democrático: en primer lugar, los partidos políticos son organizaciones que buscan sumar los intereses de diferentes sectores de la sociedad; en segundo lugar, los partidos políticos elaboran programas políticos que funcionan como promesas para los votantes, que

pueden evaluar estos programas para decidir a quién votar en unas elecciones; y en tercer lugar, los partidos políticos invierten tiempo y recursos en formar un personal competente que es crucial tanto para gestionar los procesos electorales como para aplicar las reformas propuestas a través de cargos públicos.

Estas tres funciones esenciales de los partidos políticos guardan estrecha relación con el proceso mismo de representación política. Las democracias modernas son un tipo particular de régimen político cuyos votantes pueden elegir libremente cargos públicos que los representan tomando decisiones en su nombre. Estos representantes suelen ser individuos que trabajan en partidos políticos, es decir, organizaciones políticas que presentan candidatos a la función pública en unas elecciones. Como los partidos políticos compiten por votos, tienen que detectar qué cuestiones son importantes para el electorado y crear un programa político ajustado a ello. En este proceso de detección de las cuestiones y elaboración de un programa, los militantes del partido, los afiliados y los líderes interactúan estrechamente. En consecuencia, el partido es más que solo un líder. Tanto la institución como la ideología pueden vincularse a un líder fuerte, pero no dependen plenamente de él. Así, con frecuencia los partidos tienen la capacidad de sobrevivir a un líder específico.

Puesto que el populismo suele utilizarse como arma para atacar al *establishment*, expertos e investigadores propenden a afirmar que el populismo está reñido con la representación política. Al fin y al cabo, los actores y los electorados populistas normalmente claman que los partidos políticos existentes son organizaciones corruptas.

Esto no quiere decir, empero, que el populismo sea intrínsecamente contrario a la representación política. Lo que los populistas quieren es tener a *sus* representantes en el poder; es decir, a los representantes del «pueblo». Por consiguiente, los partidos políticos populistas utilizan el populismo para

desafiar al *establishment* y dar voz a grupos que no se sienten representados.

En efecto, el auge de los partidos populistas y su fuerza electoral se vinculan directamente con su capacidad de politizar ciertas cuestiones que, intencionadamente o no, los partidos políticos existentes no están atendiendo como es debido. En cuanto los partidos populistas cobran importancia y son capaces de «ser dueños» de determinada cuestión, ganan espacio en el paisaje político, forzando a otros partidos a reaccionar y a tomar en cuenta sus inquietudes. Un movimiento social también puede hacer esto, pero la capacidad añadida de ganar votos (y escaños) suele hacer que los partidos populistas sean más efectivos.

A pesar de las tensiones ideológicas entre populismo y partidos políticos, estos son el tipo paradigmático de movilización populista en gran parte de Europa. En la actualidad, en la mayoría de los países europeos existe como mínimo un partido populista exitoso, y en casi un tercio de estos países, de los tres partidos más importantes uno es populista. Aun cuando algunos partidos populistas hacen honor al estereotipo del «partido flash», muchos se ajustan mejor a la categoría de vehículos electorales *ad hoc* contruidos por líderes personalistas que a la de partidos políticos reales. Lo vemos tanto en el ejemplo prototípico del partido poujadista como en casos más recientes, caso del Movimiento Popular de Letonia (TKL). Además, muchos de estos partidos incluyen oficialmente el nombre de su líder – como el austriaco Team Stronach o el neerlandés Lista Pim Fortuyn (LPF)–, o bien son conocidos por su líder: el TKL era mucho más conocido como el «Partido Siegerist», en honor al líder del partido, Werner Joachim Siegerist.

Muchos de los partidos europeos occidentales populistas de derechas más relevantes son organizaciones relativamente bien establecidas que existen desde hace dos o más décadas. En particular, el Partido de la Libertad de Austria (FPÖ) y el Partido Popular Suizo (SVP) se fundaron en 1956 y 1971,

respectivamente, y si bien ambos partidos han cambiado ideológicamente, han mantenido la continuidad de la organización. También los «nuevos» partidos populistas de derechas como el FN francés y el Partido del Progreso de Noruega (FrP) existen desde los años 1970, mientras que el belga Interés Flamenco (VB) y la italiana Liga Norte (LN) se fundaron a comienzos y a finales de los años 1980, respectivamente. Todos estos partidos han construido e institucionalizado, lenta pero firmemente, una organización de partido sólida, con varias organizaciones auxiliares, como las ramas juveniles. Incluso en Europa del Este, donde pocos partidos son anteriores a la caída del comunismo en 1989 y la mayoría son volátiles y débiles, algunos partidos populistas son estables y están bien organizados, por ejemplo el populista de izquierdas Dirección-Socialdemocracia (Smer) en Eslovaquia y el populista de derechas Ley y Justicia (PiS) en Polonia.

Ejemplo: el Frente Nacional en Francia

El Frente Nacional (FN) se fundó como una coalición de multitud de grupúsculos de extrema derecha, que abarcaba desde el neofascista Nuevo Orden hasta los católicos ultraortodoxos de la secta Lefebvre, unidos entre sí exclusivamente por el aplastante liderazgo de Jean-Marie Le Pen. Después de un lento comienzo –durante el cual el partido apenas era la suma de sus partes, contando con unos 14.000 afiliados a mediados de los años ochenta–, el FN se dispuso a desarrollar su propia organización bajo la competente dirección de Bruno Mégret. La separación en dos bandos, el de Le Pen y el de Mégret, en 1999 hizo mucho daño a la organización, que perdió a la mayoría de sus organizadores más competentes y en torno a dos tercios de sus cuadros. Tras el renacimiento experimentado con Marine Le Pen, el Frente Nacional ha cuadruplicado casi el número de afiliados, pasando de unos 22.000 a unos 83.000 desde que sucediera a su padre en la dirección del partido en 2011.

A pesar de los estatutos nominalmente democráticos del partido, la estructura de poder del Frente Nacional es extremadamente centralizada. El congreso del partido elige al líder del partido, que puede enfrentarse y se enfrenta a serios rivales, pero es extremadamente poderoso una vez elegido. Marine Le Pen ejerce una influencia desproporcionada a través de un sinfín de organizaciones encabezadas por personas que ella misma ha elegido y solo son responsables ante ella. De hecho, cuando tomó las riendas del partido, su padre fue nombrado «presidente vitalicio», una función honorífica que no pudo impedir su expulsión del partido más tarde, tras una creciente enemistad pública entre padre e hija. Aunque el congreso del partido debía aprobar su expulsión, y él tenía amparo jurídico dentro del partido, lo único que salvó a Jean-Marie Le Pen fue un tribunal civil que se pronunció a su favor y obligó al Frente Nacional a readmitirlo.

Actualmente, la organización del Frente Nacional se extiende por todo el territorio francés, incluidos los territorios de ultramar, y cuenta con una organización juvenil fuerte y muy activa, el Frente Nacional de la Juventud (FNJ), que presume de tener unos 25.000 miembros. El Frente Nacional cuenta incluso con una organización para los «franceses en el extranjero», organizada en once ramas ordenadas geográficamente, que afirma tener afiliados en ocho países del mundo. Para conectar mejor con los obreros, su electorado más fuerte, el partido ha creado varios sindicatos, en particular en sectores que son tradicionalmente afines a los ideales del Frente Nacional (agentes de policía y guardias de prisiones, por ejemplo). Como los sindicatos tradicionales, ferozmente contrarios al Frente Nacional, han invalidado las modestas victorias que el FN ha obtenido en las elecciones sindicales, el Frente Nacional se ha embarcado en una estrategia cada vez más exitosa de «entrismo», en virtud de la cual sus miembros «se infiltran» en los sindicatos tradicionales y en su dirección.

Un modelo dinámico

Si bien la mayoría de los ejemplos de movilización populista encaja claramente en uno de estos tres tipos, al menos en un punto (o período) específico de tiempo, en muchos casos la movilización populista es un proceso que atraviesa distintas etapas. Prácticamente toda movilización populista comienza sin una fuerte estructura de organización, salvo, quizás, cuando un líder populista toma el control de un partido político ya existente bien organizado y lo transforma en un partido populista cuando no lo era. Curiosamente, este es el recorrido cada vez más común en Europa.

Muchos de los partidos populistas que han triunfado en Europa, tanto de izquierdas como de derechas, empezaron como partidos que no eran populistas. Por ejemplo, en Alemania, el populista La Izquierda (*Die Linke*) es el sucesor del partido gobernante de la República Democrática Alemana, el Partido Socialista Unificado de Alemania (SED), que fue una organización elitista marxista-leninista. Dos de los partidos populistas de extrema derecha más exitosos en Europa occidental –el FPÖ en Austria y el SVP en Suiza– comenzaron siendo partidos no populistas, si bien con importantes facciones que sí lo eran. Tras ser elegidos líderes de sus partidos, Jörg Haider y Christopher Blocher, respectivamente, transformaron el partido no populista ya existente en un partido populista de extrema derecha.

Lo mismo parece haber ocurrido en Estados Unidos, donde Donald Trump se hizo con el Partido Republicano gracias a una campaña populista derechista, y empuja al partido cada vez más hacia esta deriva. Lo peculiar de Trump es que no es un político, sino un multimillonario con buenos contactos en el *establishment* político. A pesar de estos contactos, Trump no escatimó en ataques contra la elite política por su presunta incapacidad para comprender los problemas reales del pueblo americano. Así, en uno de sus mítines públicos, Trump declaró que «el *establishment* político que está intentando frenarnos es

el mismo grupo responsable de nuestros desastrosos acuerdos comerciales, la inmigración ilegal masiva y las políticas económicas y exteriores que han desangrado a este país».

Encontramos, no obstante, casos excepcionales en los que un líder veterano ha podido transformar un partido que no es populista en otro que sí lo es, como es el caso de Viktor Orbán y la Fidesz en Hungría.

Si bien estos ejemplos muestran que los líderes pueden ser muy poderosos dentro de los partidos populistas, esto no significa que dichas organizaciones sean vehículos electoralistas personales de sus líderes. Incluso después de asumir el poder y transformar a su partido –lo cual redundó en importantes victorias electorales–, Haider y Blocher sufrieron una significativa oposición dentro de su propio partido, procedente tanto de populistas como de no populistas. En el FPÖ, la oposición fue tan feroz que Haider finalmente prefirió abandonar «su» partido para fundar otro, la Unión por el Futuro de Austria (BZÖ). Curiosamente, a excepción de su feudo regional de Carintia, la mayoría de los votantes siguieron siendo fieles al antiguo partido (FPÖ) y no siguieron al antiguo líder al BZÖ.

Sin embargo, en la mayoría de los casos la movilización populista es independiente de una organización política ya existente. El modelo común es un líder personalista que construye un vehículo electoral *ad hoc*; es decir, una movilización descendente en torno a un líder populista carismático. En muchos casos, esta movilización o bien fracasa o bien se desmorona al poco tiempo de obtener una victoria electoral. Los líderes populistas con capacidad para movilizar al electorado con mayor o menor éxito durante unas cuantas elecciones suelen fundar un partido político, aunque sin entusiasmo y a regañadientes, para consolidar su poder y aumentar su eficacia.

A pesar de su preponderancia, muchos partidos políticos sí que sobreviven al líder fundador, aunque con frecuencia pasan

por un período de declive electoral y liderazgo débil. Algunos incluso pasan de un líder fuerte a otro, como fue el caso del Frente Nacional (de Jean-Marie Le Pen a Marine Le Pen) y del FPÖ (de Haider a Heinz-Christian Strache). En otros casos, la muerte del líder fundador contribuye a unir diferentes facciones con el objetivo de construir un partido político que busque mantener vivo el conjunto de ideas populistas. Podemos encontrar ejemplos de esto en América Latina, donde la muerte de Perón favoreció la consolidación del Partido Justicialista argentino, mientras que la muerte de Chávez parece haber contribuido al fortalecimiento del Partido Socialista Unido de Venezuela.

Los movimientos sociales son un tipo de movilización populista poco frecuente, aunque en Estados Unidos son la modalidad preferida, desde el movimiento agrario populista de finales del siglo XIX hasta los movimientos populistas de derechas e izquierdas de principios del siglo XXI. Al igual que otros movimientos sociales, los movimientos sociales populistas suelen ser episódicos y locales a falta de un líder o una organización nacional fuerte. El movimiento Occupy Wall Street es un ejemplo perfecto de populismo que nunca sobrevivió a su corta fase de movimiento social. Son pocos los movimientos sociales populistas capaces de durar más de unos cuantos años. Los que sobreviven suelen tener conexiones con grupos más organizados, como el Tea Party, y con las diversas redes locales y nacionales de grupos de derecha, incluido el Partido Republicano.

En cuanto un movimiento social populista encuentra a un líder fuerte se producen tensiones entre el líder y el movimiento. El movimiento perderá rápidamente su «momento», sobre todo si el líder es capaz de construir un partido político y atraer a una parte significativa de activistas destacados y el interés mediático. Esto es lo que ocurrió recientemente en India, donde el movimiento India contra la Corrupción (IAC) –un movimiento social populista que emergió en 2011 a raíz de una ola de corrupción sin

precedentes en las altas esferas— prácticamente desapareció cuando Arvind Kejriwal, uno de los cinco líderes de lo que se conocía como «Team Anna», fundó el Partido del Hombre Común (AAP) y empezó a concurrir a elecciones con varios niveles de éxito. De igual modo, el movimiento español de los Indignados, que surgió como protesta contra la creciente desigualdad y corrupción en 2011, fue eclipsado por Podemos, que presentó un manifiesto firmado por una treintena de intelectuales y personalidades y que, a pesar de su resistencia ideológica, se centra fuertemente en el fundador y líder del partido, el profesor de ciencia política Pablo Iglesias Turrión.

Por último, podemos encontrar un caso excepcional en la Bolivia contemporánea, donde los tres tipos de movilización populista tienen lugar simultáneamente. Evo Morales es un líder personalista populista muy conectado con los movimientos sociales que se opusieron a las políticas neoliberales y pelearon por una mejor representación de los grupos étnicos en la década del 2000. Morales fue elegido presidente del país en 2006 y el partido político que lo respalda, Movimiento al Socialismo (MAS), mantiene estrechas relaciones con estos movimientos sociales. Al mismo tiempo, MAS es una organización política fuerte que, pese a la lealtad que profesa hacia Morales, posee distintas facciones y una estructura institucional por toda Bolivia. No obstante, existen importantes tensiones entre los tres tipos de movilización populista en el país. Así, ha habido momentos en los que los movimientos sociales han obligado a Evo Morales a modificar su postura respecto a ciertas reformas. Y aunque sigue siendo el líder indiscutible del partido, se ha abierto un debate sobre su posible sustituto en un futuro cercano.



5. Evo Morales es muy respetado por ser el primer presidente indígena de Bolivia. Encabeza un gobierno populista que ha adoptado reformas izquierdistas importantes desde su ascenso al poder en 2006. No es casual que su eslogan rece: «Construyendo la nueva Bolivia».
(Shutterstock 263441615)

Conclusión

Los populistas se movilizan de numerosas maneras. Hemos analizado los tres tipos principales de movilización populista: liderazgo personalista, movimiento social y partido político. Dos preguntas siguen sin respuesta, no obstante. La primera es: ¿por qué ciertos tipos de movilización populista son más frecuentes que otros? Y la segunda: ¿qué impacto tienen estos diferentes tipos de movilización populista en el éxito electoral del populismo?

Empecemos por ofrecer una respuesta preliminar a la primera pregunta. Los actores políticos no se desenvuelven en un vacío político. Varios contextos políticos establecen las condiciones y proporcionan los incentivos que son más o menos favorables a los tres tipos de movilización populista. Una vez dicho esto, probablemente el factor más relevante es si el populismo ve la luz en un sistema presidencial o parlamentario.

Lo más frecuente es que los sistemas presidenciales refuercen los liderazgos personalistas, mientras que los sistemas parlamentarios incentivan la emergencia de partidos políticos. En consecuencia, los líderes populistas sin apego a un partido político pueden cobrar relevancia e incluso ganar el poder ejecutivo en sistemas presidenciales. De hecho, esto es lo que ha ocurrido varias veces en América Latina (Perón, Fujimori, Correa). En contraste, en los sistemas parlamentarios, la persona que controla el ejecutivo es propuesta por uno o más partidos políticos con representación parlamentaria. No es una coincidencia, pues, que casi todas las fuerzas populistas en Europa sean partidos políticos más o menos organizados.

En cuanto al análisis del auge de los movimientos sociales populistas, la distinción entre el sistema presidencial y el parlamentario no parece ser de crucial importancia. Al contrario, como sucede con otros movimientos sociales, estos se desarrollarán principalmente en democracias que tienen una «estructura de oportunidades políticas» (EOP) restringida. Entre las instituciones EOP más restrictivas encontramos un sistema electoral mayoritario, el sistema bipartidista correspondiente y elevadas trabas financieras para influir en la política mediante elecciones o lobbismo.

Visto así, el predominio del tipo de movimiento social de movilización populista en Estados Unidos tiene sentido. Si bien es cierto que los sentimientos populistas abundan en la sociedad estadounidense, solo dos grandes partidos dominan la política –el Republicano y el Demócrata–, ambos muy hábiles en la prevención del ascenso de terceros partidos viables. En Estados Unidos los políticos tradicionales emplean con regularidad una retórica populista, pero la movilización populista solo es realmente factible fuera de la estructura de partido en movimientos sociales como el Tea Party, que suelen estar muy cercanos a uno de los dos partidos.

Esto nos deja la segunda pregunta por abordar: ¿los tipos de movilización populista tienen un impacto diferente en el éxito

electoral del populismo? Para responder convenientemente a esta pregunta es importante recordar que el éxito electoral puede definirse de dos maneras: *triunfo electoral*, que se traduce en ganar suficientes votos para entrar en la palestra política (es decir, el parlamento o la presidencia) y *persistencia electoral*, que implica ser capaz de devenir una fuerza estable dentro del sistema político.

Sin duda, los populistas pueden lograr el triunfo electoral con un liderazgo personalista. Esto es particularmente cierto cuando el líder populista es una figura carismática, con unas credenciales adecuadas que la retratan como una persona independiente y tiene la habilidad de establecer un vínculo directo con las masas. Sin embargo, por lo general a esta clase de líderes no se les da bien construir instituciones. Aunque son capaces de crear una plataforma electoral personalista, y no tanto un partido político bien organizado con militantes y personal competente, tienen serios problemas en términos de permanencia electoral. Por ejemplo, Alberto Fujimori consiguió ganar tres elecciones presidenciales, pero su partido desapareció en cuanto él dejó el país en el 2000, lo cual obligó a su hija a reconstruir un partido político de las cenizas del vehículo electoral personalista de su padre.

Como los partidos políticos populistas emplean un lenguaje radical, normalmente deben enfrentarse a las reacciones de los partidos políticos convencionales, así como a las de organizaciones de la sociedad civil y los medios de comunicación. Cuanto más duras son estas respuestas, más difícil es para los partidos populistas desarrollar una organización eficiente que reclute personal competente.

En consecuencia, los partidos populistas a menudo logran triunfos electorales, pero no consiguen afianzar una permanencia electoral. Algunos partidos populistas son capaces de sobrevivir a grandes derrotas electorales en el ámbito nacional gracias a feudos locales o regionales particulares, desde los cuales el partido puede intentar un resurgir nacional. Muchos partidos populistas de extrema

derecha en Europa tienen estos baluartes locales, como el VB en Amberes y el SVP en Zúrich. El ejemplo más extremo es el del austriaco BZÖ, cuya representación nacional en el parlamento federal se basó exclusivamente en el extraordinario apoyo del estado natal de Haider, Carintia.

Los movimientos sociales populistas tienen un impacto ambivalente en el éxito electoral del populismo. El auge de un movimiento social populista ciertamente da más visibilidad al conjunto de ideas populistas, pero esto no conduce automáticamente al triunfo electoral de los actores populistas. Por ejemplo, nada indica que el movimiento Occupy Wall Street haya contribuido de manera significativa a la elección de políticos populistas de izquierdas, si bien es posible que reforzara las campañas de demócratas más progresistas como Bernie Sanders y Elizabeth Warren. Sin embargo, la cosa cambia cuando un fuerte movimiento social populista está conectado a un partido político establecido o colabora con él, como es el caso del Tea Party y el Partido Republicano en Estados Unidos. Aunque el Tea Party no ha podido hacerse con el control del partido nacional, sí que ha desempeñado un papel importante en algunas primarias y ha sido instrumental para aumentar la representación populista en las delegaciones republicanas en legislaturas estatales y federales.

La mayor posibilidad de tener permanencia electoral se da cuando un movimiento social populista es capaz de construir un partido político nuevo o transformar uno existente; de hecho, muchos de los partidos políticos más exitosos surgieron de movimientos sociales. Estos movimientos brindan los recursos organizativos que son cruciales para fundar partidos políticos que funcionen bien. Pensemos tan solo en la influencia que el movimiento obrero tuvo en el ascenso de los partidos socialistas y socialdemócratas en Europa y América Latina.

Un ejemplo paradigmático de un movimiento social populista que estimula tanto el triunfo electoral como la permanencia de un partido populista es MAS, cuyo líder Evo

Morales ha ganado de manera consecutiva las tres últimas elecciones presidenciales y parlamentarias habidas en Bolivia.

4. El líder populista

La figura del líder es clave en la mayoría de los fenómenos políticos, y el populismo no es una excepción. Numerosos expertos aseguran que, pese a sus diversas manifestaciones, una seña distintiva del populismo es su dependencia de líderes fuertes que son capaces de movilizar a las masas y/o dirigir a sus partidos con el objeto de aplicar reformas radicales. Es cierto que muchas manifestaciones del populismo han producido líderes políticos flamantes y fuertes: desde el presidente venezolano Hugo Chávez al político holandés Geert Wilders, quienes guían el populismo suelen ser, en efecto, líderes fuertes que, con sus maneras y su discurso, se presentan como la *vox populi*. Esto ha llevado al politólogo británico Paul Taggart a afirmar que el populismo «necesita a los individuos más extraordinarios para guiar a las personas más ordinarias».

Como el populismo es, ante todo, una serie de ideas de las que se pueden servir actores muy diversos, no existe un prototipo de líder populista como tal. El hombre fuerte carismático —el estereotipado líder populista en la literatura académica y popular— se corresponde con algunos de los líderes populistas más conocidos, pero este tipo de individuo triunfa sobre todo en determinadas sociedades. Dependiendo de la cultura política del país en el que se movilice el líder populista, su naturaleza «extraordinaria» se muestra en rasgos muy específicos y diferentes.

Sin embargo, hay algo común a todos los líderes populistas, y es que se presentan como la voz del pueblo, es decir, como políticos *outsiders* y auténticos representantes de la gente común. El líder populista construye cuidadosamente esta imagen, basada en un sinnúmero de características personales,

que no siempre reflejan la realidad. Es, por ejemplo, el caso de Donald Trump, el multimillonario sin experiencia política que ganó las elecciones presidenciales de Estados Unidos en 2016, que en los mítines de sus campañas se presentaba como un *outsider* que luchaba por el «pueblo» y describía a Hillary Clinton como a una *insider* que luchaba por los *insiders*.

El «hombre fuerte» carismático

Tanto en los debates académicos como en los populares, el líder populista se define de forma implícita o explícita como un «hombre fuerte» carismático. En América Latina el estereotipo de líder populista es el «caudillo», un término genérico que deriva de la raíz latina *caput* (‘cabeza’) y que normalmente alude a un líder fuerte que ejerce un poder que es independiente de cualquier órgano político y está libre de coacciones. Los caudillos populistas suelen gobernar basándose en un «culto al líder», que lo retrata como a una figura masculina y potencialmente violenta.

El vínculo entre populismo y «hombre fuerte» se remonta al presidente argentino Juan Domingo Perón, el caudillo populista original, que para muchos sigue siendo la personificación del populismo latinoamericano. Primero coronel del ejército y después político civil, Perón trabajó al servicio de gobiernos tanto autoritarios como democráticos. Otro ejemplo más reciente de caudillo populista es el fallecido presidente venezolano Hugo Chávez, otro militar convertido en político civil de éxito. Los caudillos que no son latinoamericanos suelen carecer de un pasado militar, pero comparten otros rasgos. Algunos ejemplos son el ex primer ministro italiano Silvio Berlusconi, el ex primer ministro eslovaco Vladimír Mečiar y el ex primer ministro tailandés Thaksin Shinawatra.

Aunque existe una estrecha asociación entre líderes populistas y caudillos, es importante no mezclarlos; de hecho,

solo una minoría de caudillos son populistas y solo una minoría de populistas son caudillos. La noción de caudillo se suele vincular con regímenes autoritarios: Juan Manuel de Rosas en Argentina (1793-1877), Porfirio Díaz en México (1830-1915) y Francisco Franco en España (1892-1975) son ejemplos comunes de caudillos en la literatura académica. A todos ellos se les puede considerar soberanos absolutos y, por lo tanto, cualquier cosa menos demócratas. Pero como la relación del populismo con la democracia es ambivalente, el rasgo autoritario del caudillo no es sustancial al populismo.

Muchos líderes políticos se presentan como líderes fuertes, pero los caudillos populistas dan un paso más, elaborando una imagen de hombre de acción, más que de palabras, al que no le tiembla el pulso a la hora de tomar decisiones difíciles y rápidas, incluso en contra del consejo «experto». Con una actitud antiintelectual y cierto sentido de la urgencia, creados en gran medida por los mismos populistas, el caudillo esgrimirá que la situación («crisis») requiere «medidas enérgicas» y «soluciones de sentido común». En un ejemplo de vida que imita al arte, el actor filipino convertido en político Joseph «Erap» Estrada construyó incluso su imagen política a partir de los personajes de sus películas, todos ellos heroicos defensores de los pobres y los oprimidos.

Esta imagen del caudillo suele combinarse con un énfasis en la virilidad del líder populista. Por ejemplo, Estrada respondió a una joven mujer que afirmaba ser su hija ilegítima diciendo que podría ser cierto, puesto que «muchas mujeres quieren tener hijos conmigo». Pocos populistas han cultivado tan apasionadamente la imagen de hombre viril como Silvio Berlusconi: mientras sus rivales intentaban convertir sus infames fiestas *bunga, bunga* en escándalos políticos, *il Cavaliere* utilizó el interés mediático para resaltar su virilidad, solo negando con firmeza las acusaciones de haber pagado por tener relaciones sexuales con chicas en las fiestas. «Si te gusta conquistar, la satisfacción más hermosa está en la conquista.

«¿Dónde está el gusto si tienes que pagar?», dijo una vez en una entrevista.



6. Silvio Berlusconi fue un líder populista polémico que fue elegido primer ministro de Italia varias veces durante las décadas de 1990 y 2000. En 2007 fundó su nuevo partido político, El Pueblo de la Libertad, resultado de la fusión de dos organizaciones políticas de derecha ya existentes: Forza Italia y Alianza Nacional. (Shutterstock 361438391)

Los líderes populistas en general, y los caudillos en particular, también utilizan un lenguaje simple y hasta vulgar, el llamado discurso *Stammtisch* (tertulia en torno a una mesa con cerveza), en el que se presentan como «uno más del grupo», como un macho que habla más de deportes y mujeres que de política y normativas. Se identifican así con el «hombre común», adoptando estereotipos sexistas y empleando un

lenguaje burdo. Un ejemplo perfecto de esto es el antiguo líder de la populista Liga Norte (LN) italiana, Umberto Bossi, que excitaba a las multitudes diciendo que «la Liga tiene una erección», mientras literalmente le enseñaba el dedo vulgar (o le hacía una peineta) a Roma, es decir, a la elite.

Quizás el rasgo más discutido del caudillo populista sea el carisma. De acuerdo con el gran sociólogo alemán Max Weber (1864-1920), el liderazgo carismático hace referencia a la autoridad del extraordinario y personal «don de gracia» (carisma), la devoción absolutamente personal y la confianza en la revelación, el heroísmo y otras cualidades de liderazgo individual. Weber creía que el liderazgo carismático prosperaría particularmente en tiempos de crisis, cuando la gente buscara refugio en las características específicas de ciertos individuos (a menudo políticos *outsiders*) y no en las fuentes de autoridad más comunes (es decir, las leyes y las costumbres). La teoría sobre el liderazgo carismático de Weber ha influido sobremanera en los estudios sobre el populismo, aunque no siempre se reconozca de forma explícita.

Por lo general, se entiende por «carisma» el conjunto de cualidades personales extraordinarias que distinguen al líder y que se consideran universales. Ahora bien, determinar cuáles son estos rasgos es un tema que suscita un intenso debate y confusión. El uso de términos como «popular» y «fuerte» es habitual para definir qué es el carisma y, por ende, explicar la popularidad, que tiende a ser tautológica. A los líderes populares se les describe como «fuertes» debido a su popularidad, mientras que a los líderes que no son populares se les describe como «débiles», precisamente por su falta de popularidad.

En la concepción weberiana, el liderazgo carismático trata de un *vínculo* específico entre el líder y sus seguidores, que se define como mínimo tanto por las expectativas y las percepciones de los seguidores como por las características individuales del líder. Por lo tanto, no tiene mucho sentido buscar rasgos universales del carisma. De hecho, el carisma y

sus rasgos individuales están determinados culturalmente: lo que se considera carismático en Suecia diferirá de lo que se considera carismático en Perú, por ejemplo.

Pero esto no impide que se puedan citar algunos casos bastante sencillos de líderes populistas carismáticos que establecieron un vínculo directo con sus partidarios. Los casos más evidentes son los de los líderes populistas que han sido capaces de obtener un apoyo popular significativo sin el respaldo de una organización fuerte o una clara filosofía política, como el expresidente brasileño Collor de Mello o el fallecido político neerlandés Pim Fortuyn. Cuando los populistas son líderes de partidos políticos bien organizados con un programa bien definido, cuesta más distinguir en qué se basa el apoyo, si en la lealtad al partido, al programa o en el vínculo carismático con el líder. Los comentaristas han destacado la importancia de los líderes individuales para el éxito electoral de los partidos populistas, inventando términos como el «efecto Le Pen» o el «fenómeno Haider». En ambos casos, no obstante, el carisma del líder parece haber tenido solo un efecto temporal: es cierto que favorece la incorporación de nuevos adeptos al partido, pero una vez dentro, tanto la organización del partido como su ideología les inculcaron una base más sólida. Este hecho, y no el carisma de los líderes, explica el hecho un tanto sorprendente de que muchos de estos partidos tengan adeptos excepcionalmente leales, cuyo apego al partido permanece aunque cambie su liderazgo.

Según algunos expertos, el liderazgo carismático puede institucionalizarse dentro de las organizaciones políticas, propiciando «partidos carismáticos» en vez de meros líderes carismáticos. Pero habida cuenta de la diversidad existente en las estructuras organizativas, decir que los partidos populistas son partidos carismáticos por definición sería llegar demasiado lejos.

Otros estudiosos se han centrado en los efectos internos y no tanto externos del liderazgo carismático, argumentando que

ciertos líderes populistas tienen «carisma de proyección interna», que vincula el núcleo más íntimo de activistas a un líder específico. Esto permite que el líder carismático supere las divisiones internas dentro de un movimiento más amplio. Ejemplos de líderes populistas con un fuerte carisma de proyección interna serían el líder del Frente Nacional, Jean-Marie Le Pen, que por sí solo mantuvo unida a una coalición extremadamente heterogénea de grupos de extrema derecha, o Vladímir Zhirinovsky, líder fundador del mal denominado Partido Liberal Democrático de Rusia (LDPR).

La vox populi

Dado que la política populista es en esencia una lucha del «pueblo puro» contra la «elite corrupta», y pretende defender la soberanía popular a cualquier coste, para los líderes populistas es crucial presentarse como la verdadera voz del pueblo. Del mismo modo que «el pueblo» y «la elite» son constructos, habitualmente basados en una interpretación sesgada de la realidad, la *vox populi* es un constructo del líder populista, a menudo irónicamente reforzado de forma involuntaria por la retórica antipopulista del *establishment*. Este constructo consiste en dos procesos distintos pero interrelacionados: 1) separación de la elite y 2) conexión con el pueblo. Si bien el primer proceso guarda relación con el estatus de *outsiders* de los líderes populistas, el segundo se vincula a su reivindicada autenticidad.

Los líderes populistas han de convencer a sus seguidores de que no pertenecen a la elite (corrupta), sino que son parte del pueblo (puro). El caudillo populista hace esto resaltando la acción y la masculinidad, reproduciendo de esta manera los estereotipos del pueblo, y proponiendo soluciones de «sentido común» contrarias a la opinión de los expertos. Sin embargo, hay otros líderes populistas que tienden a ser más creativos. A continuación ilustraremos de qué manera tres grupos de

actores populistas menos frecuentes se retratan a sí mismos como la voz del pueblo aprovechando su género, su profesión y su etnicidad.

Mujeres

Si bien es cierto que el estereotipo del «hombre fuerte» sigue dominando la percepción pública del populismo, existen numerosos ejemplos de líderes populistas que son mujeres. Probablemente la primera mujer populista famosa fue Eva Perón (1919-1952), la segunda esposa de Juan Domingo Perón, que continúa inspirando a personalidades argentinas y extranjeras por igual (como la cantante pop estadounidense Madonna).



7. Marine Le Pen, líder del Frente Nacional francés, habla delante de la estatua de Juana de Arco durante la celebración del 1 de mayo de 2011 en París. La ubicación no fue una coincidencia, puesto que el Frente Nacional francés es un partido de extrema derecha populista cuya redefinición del sentimiento nacional francés ha favorecido su éxito.

(Shutterstock 192884351)

Algunas mujeres populistas coetáneas también tienen vínculos con caudillos populistas, como Marine Le Pen en Francia y Yingluck Shinawatra en Tailandia. Sin embargo, muchos líderes populistas son mujeres que han construido sus

carreras políticas con su propio esfuerzo. Probablemente el mejor ejemplo es Pauline Hanson, que fundó el partido Una Nación (ONP) en Australia y fue la única razón del éxito ciertamente efímero del partido. Otros ejemplos son Pia Kjaersgaard, la antigua líder del Partido Popular Danés (DF); Frauke Petry, líder fundadora de Alternativa para Alemania (AfD); Siv Jensen, dirigente actual de Partido del Progreso noruego (FrP); y Sarah Palin, la agitadora exgobernadora de Alaska.

Lo mismo que el caudillo populista, las líderes populistas echan mano de las construcciones sociales de género para crear su imagen de ser la *vox populi*. En concreto, utilizan su sexo para construir su estatus de *outsiders*: el mero hecho de que una líder populista sea mujer, mientras que la elite (política) es mayoritariamente masculina, refuerza su imagen de *outsider* en el mundo político. Por ejemplo, Palin hace hincapié en su oposición a la red de «viejas camarillas» en la política de Alaska y Estados Unidos. Para colmo, los roles sociales de género ayudan a las mujeres populistas a presentarse como figuras reticentes a la política. Cuando entró en política, Hanson afirmó: «No he llegado aquí como un político curtido, sino como una mujer que se ha llevado su buena ración de golpes en la vida.»

Para conectar con el pueblo puro, muchas mujeres populistas subrayan sus características de «buena mujer» tal y como las define su cultura, a menudo presentándose antes que nada como madres o esposas. Esto las ayuda a parecer «auténticas» y a generar un vínculo con los electorados que se sienten ninguneados por el *establishment*. Palin acuñó el célebre término *hockey mom*, ajustando el término más conocido de *soccer mom*¹⁹ a su contexto específico de Alaska, así como el de *mama grizzly*,²⁰ esquilmando los estereotipos de género de la madre ferozmente protectora. En una mezcla sexista de nacionalismo y populismo particularmente instructiva, Hanson afirmó: «Quiero tan apasionadamente a

este país que me siento como si fuera su madre, Australia mi hogar y los australianos mis hijos».

Empresarios

Otro líder populista bastante común pero poco conocido es el emprendedor económico. Algunos de los populistas más famosos han sido empresarios de éxito que formaban parte de la población más rica del país antes de erigirse en la voz de la gente común. Para la Lista Forbes, la fortuna familiar de los Shinawatra ascendía a 1.600 millones de dólares en 2015, convirtiéndose en la décima familia más rica de Tailandia, mientras que, según sus cálculos, la fortuna de la familia Berlusconi ascendía a unos pasmosos 7.800 millones de dólares, la sexta familia más rica de Italia. La fortuna de Ross Perot, el candidato populista que obtuvo el 20% del voto en las elecciones presidenciales estadounidenses de 1992, fue valorada en unos 3.700 millones de dólares, ocupando el puesto 155 de las personas más ricas de Estados Unidos en 2015. Como el populismo se basa en un ataque frontal contra el *establishment*, la combinación populista-empresario no siempre resulta fácil de vender. Sin embargo, sabiendo que la distinción populista entre pueblo y elite no se basa fundamentalmente en criterios socioeconómicos –como la clase o la riqueza–, sino más bien en criterios morales, los populistas empresarios son capaces de usar su perspicacia empresarial para crearse una posición de *outsider* político. Se presentan, por tanto, como hombres de negocios honestos, que se han hecho a sí mismos y han amasado sus fortunas *a pesar de* los políticos corruptos, ¡no gracias a ellos! Es más, los populistas empresarios dicen ser políticos reticentes, que, a diferencia de los políticos profesionales, no entraron en política por un interés económico. En las siempre vistosas palabras de Berlusconi: «No necesito meterme en política para acumular poder. Tengo casas por todo el mundo, barcos estupendos... bonitos aviones, una mujer hermosa, una familia hermosa... Estoy haciendo un sacrificio».

Un ejemplo más reciente es el caso de Donald Trump en Estados Unidos. A pesar de ser una de las personas más ricas del país, se presentó como un *outsider* de la política sin otro interés que el de estar al servicio del pueblo. Como mantuvo en uno de sus mítines de campaña en 2016: «América vivirá un nuevo día. El Gobierno volverá a escuchar a la gente. Los votantes, y no los intereses particulares, serán los que manden».

Para los empresarios populistas parecería que, a primera vista, conectar con la gente es una tarea imposible. Al fin y al cabo, sus vidas cotidianas no podrían distar más de las del «hombre común» que dicen representar. El italiano medio no vive en Villa Gernetto (Silvio Berlusconi), una mansión del siglo XVII completamente renovada en pleno campo, del mismo modo que el ciudadano medio en Estados Unidos no tiene un museo que lleve su nombre, como el Perot Museum of Nature and Science de Dallas (Texas), gracias a una donación de cincuenta millones de dólares hecha por el propio Ross Perot.

Sin embargo, muchas veces estos líderes utilizan su riqueza para conectar con «el pueblo» y desprender un aura de autenticidad, a través de los deportes, por ejemplo. Como es bien sabido, Berlusconi compró el A. C. Milan, uno de los equipos de fútbol más populares en Italia y en el mundo, mientras que Thaksin fue propietario, si bien por poco tiempo, del Manchester City. Además, hay empresarios populistas que han sido presidentes de importantes equipos de fútbol en sus respectivos países, como es el caso de Moïse Katumbi en la República Democrática del Congo (TP Mazembe), de Bernard Tapie en Francia (Olympique de Marseille), de Gigi Becali en Rumanía (Steaua Bucharest) y del fallecido Jesús Gil y Gil en España (Atlético de Madrid).

Líderes étnicos

La relación entre etnicidad y populismo es mucho más compleja de lo que retratan muchas versiones. Especialmente en Europa, ambos términos se mezclan como consecuencia directa del predominio de los partidos populistas de extrema derecha que combinan autoritarismo, nativismo y populismo. En América Latina, el término «etnopopulismo» denota un tipo particular de populismo, vinculado sobre todo a la movilización de los pueblos indígenas.

Aunque ambos tipos de populismo usan el origen étnico para establecer su autenticidad, lo hacen de maneras fundamentalmente diferentes. Para los populismos de extrema derecha europeos, la etnicidad no forma parte de la distinción populista entre el pueblo y la elite, pues ambos están dentro del mismo grupo étnico, sino más bien de la distinción nativista entre «nativos» y «extranjeros», que considera que los segundos no son parte ni del pueblo ni de la elite. En el caso del etnopopulismo latinoamericano, la nación se define como una unidad multicultural, dentro de la cual el pueblo y la elite están divididos por la moralidad y por la etnicidad.

Evo Morales y su partido MAS constituyen el ejemplo prototípico de etnopopulismo. Morales es el primer presidente indígena de Bolivia, un país con una mayoría de población indígena que ha sufrido una discriminación sistemática. Evo Morales se ha valido muchas veces de su etnicidad como prueba de su disociación de la elite (estatus de *outsider*) y de su conexión con la gente común (autenticidad); así, suele afirmar que descende de quienes habitaron América durante 40.000 años, mientras que la mayoría de los miembros de la elite tienen un origen europeo más reciente. Además, Morales suele afirmar su autenticidad basándose en su origen étnico, pues es un aimara, uno de los dos grupos indígenas más grandes de Bolivia. Una de sus declaraciones más famosas es: «Nosotros, los pueblos indígenas, somos la reserva moral de América Latina».

Pero, a diferencia de los populistas étnicos en Europa, Morales y el MAS no son exclusionarios. De hecho, el partido

no solo ha tendido la mano a los aimaras y a los quechuas –los dos grupos indígenas más grandes del país–, sino también a los mestizos y a los blancos. Como dijo Morales una vez: «Lo más importante es que el pueblo indígena no es vengativo por naturaleza. No estamos aquí para oprimir a nadie, sino para construir juntos una Bolivia con justicia e igualdad».

Sin embargo, el líder populista no siempre necesita ser parte de la mayoría étnica. Como hemos visto, Fujimori llegó a ser uno de los políticos más populares en Perú a pesar de que formaba parte de la pequeña minoría japonesa del país. Como Perú es una sociedad fuertemente racializada, donde la elite es mayoritariamente de origen europeo, la pertenencia de Fujimori a la minoría étnica le ayudó a conectar con la gente común. Como peruano de origen no europeo, fue incluido en la categoría de la gente excluida. Y no solo eso, su pertenencia a una minoría étnica contribuyó a configurar su imagen de *outsider* político de origen humilde, que había llegado lejos gracias a su talento personal y no a posibles contactos en el *establishment*. Esta imagen cobró fuerza frente a su principal competidor, Mario Vargas Llosa, el célebre novelista de origen blanco y europeo.

El *insider-outsider*

Como parte de su estatus de político *outsider*, que no tiene nada en común con el *establishment* político, los líderes populistas suelen clamar que son novatos en política, una afirmación que les ayuda a distanciarse de las políticas impopulares de gobiernos previos y también de la corrupción y la incompetencia percibidas de los políticos en general. También se ajusta a la imagen de político reticente, que es favorable si se compara con la de los políticos profesionales, más tradicionales. En agudo contraste con la «clase política» profesional –un término muy usado por los populistas–, el populista dice que su compromiso político no se debe a la

ambición personal, sino a un llamamiento superior; a saber: llevar de vuelta la política al pueblo.

En realidad, la mayoría de los líderes populistas son en gran medida parte de la elite nacional, y con frecuencia pertenecen al mismo estrato sociodemográfico que la elite política, es decir, varones con estudios superiores, de clase media (alta), mediana edad y de origen étnico mayoritario; además, muchos de ellos han tenido una vida políticamente activa durante años. Por ejemplo, el primer ministro griego Alexis Tsipras empezó afiliándose a las Juventudes Comunistas de Grecia, mientras que Collor de Mello encabezó una heterogénea amalgama de formaciones políticas antes de ser elegido presidente de Brasil. De forma similar, Wilders fue un influyente diputado (*backbencher*) encargado de la política extranjera en el conservador Partido Popular por la Libertad y la Democracia (VVD) antes de fundar su PVV, en el que él es su único miembro. Unos cuantos ocuparon incluso cargos públicos antes de reinventarse como populistas *outsiders*: Rafael Correa fue ministro de Economía en el gobierno de Alfredo Palacio en Ecuador; Joseph Estrada fue vicepresidente durante la presidencia de Fidel V. Ramos en Filipinas; y Roh Moo-hyun fue ministro de Pesca y Asuntos Marítimos en el gobierno del presidente Kim Dae-jung en Corea del Sur.

Otros populistas participaron en política como consecuencia de sus conexiones familiares, a veces creciendo literalmente dentro de un partido populista. Es el caso de muchas de las (pero ciertamente no todas) mujeres populistas más célebres: Isabel Perón fue la viuda de Juan Domingo Perón; Marine Le Pen y Keiko Fujimori son las hijas de Jean-Marie Le Pen y de Alberto Fujimori, respectivamente; mientras que la efímera presidenta del FPÖ Ursula Haubner y Yingluck Shinawatra son las hermanas de Jörg Haider y Thaksin Shinawatra, respectivamente. Todas ellas «heredaron» su posición de líderes populistas.

Para que quede claro, el liderazgo heredado no es específico ni de los populistas ni de las mujeres. Muchas

líderes no populistas en el Asia meridional «heredaron» su posición del padre (Benazir Bhutto, por ejemplo) o marido (Sonia Gandhi), como es el caso de numerosos políticos varones en Occidente (por ejemplo, el primer ministro belga Charles Michel y el expresidente estadounidense George W. Bush).

En conjunto, podemos distinguir tres tipos de populistas: *outsiders*, *insider-outsiders* e *insiders*. Los verdaderos *outsiders* son muy escasos; no tienen vínculos significativos con la elite, en una definición general (que incluye a las elites culturales y económicas), y construyen su carrera fuera de la política tradicional. Entre los pocos *outsiders* populistas célebres figuran Hugo Chávez y Alberto Fujimori. Chávez era un oficial de bajo rango en el ejército venezolano que ganó notoriedad por un golpe de Estado fallido en 1992. Fujimori era un investigador y rector de universidad que no tenía ninguna red política cuando se postuló como candidato a presidente. Los verdaderos *outsiders* probablemente tienen más suerte en sistemas políticos personalizados y fluidos – como los sistemas presidenciales en América Latina– que en sistemas políticos más institucionalizados y afianzados, como los sistemas parlamentarios dominados por partidos en Europa occidental.

En realidad, casi todos los populistas que triunfan son *insider-outsiders*: hombres y mujeres que nunca han pertenecido a la elite política (entendida como el círculo más íntimo del régimen político), pero tienen fuertes conexiones con ella. El líder de FPÖ, Jörg Haider, era un protegido de Bruno Kreisky, el veterano canciller socialdemócrata (1970-1983), mientras que el senador republicano John McCain, en el cargo durante varias décadas, catapultó a Sarah Palin a la escena nacional. Del mismo modo, Berlusconi erigió su imperio mediático gracias a su conexión especial con Bettino Craxi, líder del Partido Socialista Italiano (1976-1993) y primer ministro de Italia (1983-1987). En la Europa del Este poscomunista, los populistas más destacados de la década de

1990 mantuvieron estrechas relaciones con el régimen comunista; por ejemplo, Corneliu Vadim Tudor, el fallecido líder del Partido de la Gran Rumanía (PRM), populista de extrema derecha, era un «poeta cortesano» del dictador comunista Nicolae Ceaușescu, mientras que Vladímir Zhirinovski fundó el primer partido de «oposición» oficialmente aceptado en la Unión Soviética. Irónicamente, con frecuencia son estas conexiones con la antigua elite lo que marca la diferencia entre los populistas que triunfan y los que no.

Por último, existe un pequeño grupo de populistas *insiders*, es decir, populistas que vienen del centro de la elite política. Algunos desempeñaron altos cargos en partidos tradicionales antes de comenzar una segunda carrera como políticos populistas. El ejemplo más representativo es sin duda el de Thaksin Shinawatra, que fue dos veces viceprimer ministro antes de fundar un partido populista propio y llegar a primer ministro. En otros casos, no son solo los líderes populistas quienes experimentan una transformación; sus partidos también. En Suiza, Cristoph Blocher convirtió al conservador SVP en el partido populista de extrema derecha más exitoso de Europa occidental. En Hungría, Viktor Orbán empujó al inicialmente libertario Fidesz hacia el conservadurismo primero y hacia el populismo de derechas después.

Las fronteras entre el estatus de *insider* y *outsider* se enturbian cuando los líderes populistas consiguen ganar elecciones y permanecer en el poder durante un largo período de tiempo. Cuando esto ocurre, necesariamente se incorporan al *establishment* político, y por lo general también económico. No existe mejor ejemplo para ilustrarlo que el chavismo en Venezuela. Quince años de gobierno de la «revolución bolivariana» han conducido a un cambio de elite casi total y al ascenso de una nueva clase gobernante, la llamada «boliburguesía». También cambió el estatus de Chávez, quien, tras más de diez años en el poder, pasó de ser un genuino

outsider en las elecciones presidenciales de 1999 a un verdadero *insider* en las elecciones de 2013.

Al igual que las fronteras entre el *insider* y el *outsider* son a veces borrosas, la distinción entre el político que es populista y el que no lo es no siempre es fácil de discernir. Algunos políticos tradicionales han utilizado una retórica populista alguna vez, como el primer ministro australiano Tony Abbott y el presidente estadounidense Ronald Reagan. De hecho, los comentaristas suelen usar el término «populismo *insider*» en referencia a esta clase de político en particular. Sin embargo, ni estos políticos ni sus partidos eran realmente populistas, porque el populismo no era un rasgo central de su ideología. Estos *insiders* «utilizaron» meramente la retórica populista para separarse de otros políticos tradicionales e intentar parecer auténticos. No es casual que con frecuencia los políticos tradicionales recurran a un discurso populista en campaña electoral, y que una vez en el gobierno abandonen dicha retórica.

La imagen populista

La personalización es una tendencia general en la política contemporánea, y el populismo ciertamente no es una excepción a la regla. En la mayoría de los casos exitosos de populismo, este contaba con un líder fuerte, con independencia del tipo de movilización que hubiera. Sin embargo, no hay ningún tipo específico de líder que defina el populismo o se vincule a él. El estereotipo de caudillo populista solo es una minoría entre todos los líderes populistas, sea cual sea la ideología del actor populista. Es más, el éxito de los líderes populistas depende menos de una lista universal de rasgos personales concretos que de una imagen cuidadosamente construida de la *vox populi*, basada en la combinación del estatus de *outsider* y de la autenticidad.

El atractivo de la imagen específica de ser la voz del pueblo no puede disociarse de la cultura política de la sociedad en la que los líderes se desenvuelven. Por ejemplo, el estereotipo del caudillo populista tiene más posibilidades de resultar atractivo en sociedades con una cultura más tradicional y machista, mientras que los populistas empresarios lo serán probablemente en sociedades más capitalistas y materialistas. La cultura política incide con especial interés en los líderes populistas que son mujeres. Como es obvio, todas las sociedades marcan distinciones de género, pero no siempre del mismo modo. Las mujeres populistas pueden triunfar tanto en sociedades emancipadas como tradicionales, pero de distintas maneras. Las culturas tradicionales favorecerán a los líderes populistas que son mujeres (y hombres) por herencia, mientras que las sociedades emancipadas (también) serán receptivas a las mujeres líderes que se han hecho a sí mismas.

La construcción de la imagen de ser la *vox populi* también depende de la ideología huésped del líder populista. Por ejemplo, es mucho más fácil combinar una imagen empresarial con el populismo neoliberal que con el populismo socialista, y del mismo modo, las minorías étnicas pueden convertirse con más facilidad en líderes de movimientos etnopopulistas que del populismo de extrema derecha, y las mujeres líderes construirán probablemente una imagen más tradicional en partidos populistas de derechas que de izquierdas. Todo ello sin perjuicio de que la mayoría de líderes populistas dediquen grandes dosis de atención a fabricarse una imagen de *outsider* políticos para ocultar una relación duradera e íntima con las mismas elites de las que reniegan con tanta vehemencia.

Por lo tanto, inspirándonos en la observación original de Paul Taggart, el populismo puede pensarse como una «política para gente ordinaria por líderes extraordinarios que construyen perfiles ordinarios».

[19](#). Literalmente «mamá hockey» (*hockey mom*) y «mamá fútbol» (*soccer mom*); ambos términos hacen referencia a una madre estadounidense de clase media que

vive en una zona residencial y dedica gran parte de su tiempo a llevar a su hijo a actividades deportivas. (*N. de la T.*)

20. El *grizzly bear* es un oso pardo de Alaska. Las hembras son especialmente protectoras con sus crías. (*N. de la T.*)

5. Populismo y democracia

La relación entre populismo y democracia siempre ha sido una cuestión que ha suscitado un intenso debate. Si bien estamos lejos de alcanzar un consenso, no es descabellado sugerir que la postura mayoritaria es que el populismo constituye un peligro intrínseco para la democracia. Probablemente, el último defensor más famoso de esta postura es el intelectual francés Pierre Rosanvallon, que arguye que el populismo debería concebirse como «una perversa inversión de los ideales y los procedimientos de la democracia representativa». Sin embargo, con el tiempo ha habido otras voces disidentes, y algunas han llegado a proclamar incluso que el populismo es la única forma verdadera de democracia. Entre sus más recientes defensores encontramos a Laclau, quien creía que, al permitir que se agreguen demandas de sectores excluidos, el populismo fomenta «una democratización de la democracia».

Ambas interpretaciones son correctas en cierta medida. Según su fuerza electoral y el contexto en el que surge, el populismo puede funcionar *bien* como amenaza, *bien* como un correctivo para la democracia. Esto significa que el populismo *per se* no es ni bueno ni malo para el sistema democrático. Al igual que otras ideologías como el liberalismo, el nacionalismo o el socialismo pueden tener una repercusión positiva o negativa en la democracia, lo mismo ocurre con el populismo.

Para comprender mejor esta compleja relación, empezamos presentando una clara definición de democracia, que ayuda a esclarecer los efectos positivos o negativos de las fuerzas populistas sobre ella. Luego ofrecemos un marco teórico original del impacto del populismo en diferentes regímenes políticos, lo que nos permite distinguir los principales efectos

del populismo en las distintas fases del *proceso* tanto de democratización como de des-democratización.

Populismo y democracia (liberal)

Al igual que el populismo, la democracia es un concepto muy controvertido en el terreno académico y el espacio público. Los debates no solo discurren en torno a la definición más adecuada de democracia, sino también a los distintos tipos de democracia. Aunque este no es el sitio para explayarse sobre este debate, necesitamos esclarecer qué entendemos por democracia antes de poder analizar su compleja relación con el populismo.

La mejor definición de democracia (sin adjetivos) es la combinación de soberanía popular y gobierno de la mayoría; ni más ni menos. Después, la democracia puede ser directa o indirecta, liberal o iliberal. De hecho, la etimología del término «democracia» alude a la idea de autogobierno del pueblo, es decir, un sistema político que permite al pueblo autogobernarse. No es casual que la mayoría de definiciones «mínimas» consideren que la democracia es, antes que nada, un *método* que sirve para seleccionar a gobernantes en elecciones competitivas. La propiedad que define a la democracia, pues, son unas elecciones libres e imparciales. En vez de cambiar a sus gobernantes por la fuerza, mediante conflictos violentos, el pueblo acepta que la elección de estos se haga según el mandato de la mayoría.

Sin embargo, en casi todos los usos diarios, el término «democracia» se refiere realmente a la democracia «liberal» y no a la democracia en sí. La diferencia principal entre democracia (sin adjetivos) y democracia liberal estriba en que la última apela a un régimen político que no solo respeta la soberanía popular y el mandato de la mayoría, sino que también establece instituciones independientes especializadas en la protección de derechos fundamentales, como la libertad

de expresión y la protección de las minorías. Ahora bien, cuando se trata de proteger los derechos fundamentales, no existe un planteamiento único y, en consecuencia, los regímenes democráticos liberales han adoptado encajes institucionales muy diferentes. Por ejemplo, algunos tienen una Constitución escrita y un Tribunal Supremo muy poderosos (Estados Unidos), mientras que otros no tienen ninguna de las dos cosas (Reino Unido). Diferencias aparte, *todas* las democracias liberales se caracterizan por tener instituciones cuyo propósito es proteger los derechos fundamentales para evitar que surja una «tiranía de la mayoría».

Esta interpretación se asemeja mucho a la que propuso el fallecido politólogo estadounidense Robert Dahl, el cual sostenía que los regímenes democráticos se vertebran en torno a dos dimensiones separadas e independientes: la protesta o debate públicos y la participación política. La primera se refiere a la posibilidad de formular preferencias libremente y de oponerse al gobierno, mientras que la segunda alude al derecho a participar en el sistema político. Y es más, para garantizar la optimización de ambas dimensiones, Dahl creía en la necesidad de un riguroso conjunto de «garantías institucionales», como la libertad de expresión, el derecho a votar, la elegibilidad para ocupar cargos públicos y las fuentes de información alternativas, entre otras.

Ahora que tenemos unas definiciones claras de lo que son la democracia y la democracia liberal, ha llegado el momento de reflexionar sobre los efectos que el populismo tiene en ellas. En resumen, el populismo es esencialmente democrático, pero choca con la democracia liberal, el modelo dominante en el mundo contemporáneo. El populismo sostiene que nada debería constreñir «la voluntad del pueblo (puro)» y rechaza en lo fundamental las nociones de pluralismo y, por lo tanto, los derechos de las minorías, así como las llamadas garantías institucionales que deben protegerlos.

En la práctica, los populistas suelen invocar el principio de soberanía popular para criticar a aquellas instituciones independientes que buscan proteger los derechos fundamentales que son consustanciales al modelo de democracia liberal. Entre estas instituciones se encuentran la judicatura y los medios de comunicación. Por ejemplo, Berlusconi –que se pasó décadas entrando y saliendo de los tribunales– atacó a los jueces por defender los intereses de los comunistas (de ahí el término «togas rojas»). Una vez dijo, al más puro estilo populista: «El Gobierno seguirá trabajando, y el parlamento hará las reformas necesarias para garantizar que un magistrado no pueda intentar destruir ilegítimamente a alguien que ha sido elegido por los ciudadanos». Como era de esperar, los populistas en el poder han transformado a menudo el paisaje mediático convirtiendo a los medios estatales en portavoces del gobierno y cerrando y acosando a los pocos medios informativos independientes que quedaban. Este ha sido el caso, más recientemente, de Ecuador, Hungría y Venezuela.

El populismo explota las tensiones que son consustanciales a la democracia liberal, que intenta encontrar un equilibrio armónico entre el gobierno de la mayoría y los derechos de las minorías. Este equilibrio es casi inalcanzable en el mundo real, puesto que ambos se solapan en asuntos importantes (pensemos en las leyes antidiscriminatorias). Los populistas criticarán las violaciones del principio del gobierno de la mayoría como un incumplimiento de la noción misma de democracia, alegando que la autoridad política última recae en «el pueblo» y no en organismos que no han sido elegidos.

En esencia, el populismo plantea la cuestión de quién controla a los controladores. Como tiende a desconfiar de cualquier institución no elegida en las urnas que limite el poder del *demos*, el populismo puede derivar en una forma de extremismo democrático o, para ser más precisos, de democracia iliberal.

En teoría, el populismo es más negativo para la democracia en términos de protesta/debate públicos y más positivo en términos de participación política. Por una parte, el populismo tiende a limitar el ámbito de competencia porque, según sostiene a menudo, no habría que permitir que los actores que describe como malvados participaran en el juego electoral ni accedieran a los medios de comunicación. Aunque tachar al populismo de «estilo de política paranoica» sea ir demasiado lejos, las fuerzas populistas son proclives a la retórica acalorada y las teorías conspirativas. Por ejemplo, los políticos de Syriza en Grecia equiparaban a sus adversarios nacionales con «la quinta columna» de Alemania, y uno de sus (ahora ex) ministros llamó incluso «terrorista» a la Unión Europea. En Estados Unidos, un país cuyos ciudadanos sienten fascinación por las teorías conspirativas, muchos populistas de derechas están convencidos de que tanto las elites demócratas como republicanas se afanan por fundar un «nuevo gobierno mundial», que sometería a Estados Unidos al control de Naciones Unidas.

Por otra parte, el populismo tiende a favorecer la participación política, puesto que contribuye a la movilización de grupos sociales que sienten que el *establishment* político no atiende sus problemas. Como su creencia principal es que el pueblo es soberano, *todo* el pueblo y *solo* el pueblo debería determinar la política. Huelga decir que ciertas formas específicas de populismo, como el de extrema derecha en Europa, podrían intentar restringir la participación política excluyendo a ciertos grupos minoritarios. Pero estos grupos son excluidos del pueblo *nativo* y no del pueblo *puro*; en otras palabras, el nativismo, y no el populismo, es lo que está en la base de la exclusión.

Tabla 1. Efectos positivos y negativos del populismo en la democracia liberal

Efectos positivos

Efectos negativos

El populismo puede dar voz a grupos que no se sienten representados por las elites políticas.

El populismo puede usar la noción y la praxis del gobierno de la mayoría para soslayar los derechos de la minoría.

El populismo puede movilizar a sectores excluidos de la sociedad, mejorando su integración en el sistema político.

El populismo puede usar la noción y la praxis de la soberanía popular para erosionar las instituciones especializadas en la protección de los derechos fundamentales.

El populismo puede mejorar la capacidad de respuesta del sistema político, fomentando la adopción de políticas preferidas por los sectores excluidos de la sociedad.

El populismo puede promover el establecimiento de una nueva división política que impida la formación de coaliciones políticas estables.

El populismo puede aumentar la rendición de cuentas democrática incluyendo asuntos y políticas en el terreno político.

El populismo puede propiciar una moralización de la política que dificulte extremadamente alcanzar acuerdos, o incluso lo imposibilite.

En resumen, el papel del populismo puede ser tanto positivo como negativo para la democracia liberal. Por ejemplo, al dar voz a los electores que no se sienten representados por la elite, el populismo funciona como un correctivo democrático. Los populistas recurren con frecuencia a esta estrategia politizando cuestiones que las elites no debaten, pero que la «mayoría silenciosa» considera relevantes. De hecho, sin la presencia de fuerzas populistas de extrema derecha en Europa, lo más probable es que la inmigración no hubiera cobrado tanto protagonismo entre los partidos políticos tradicionales en los años 1990. Sucede lo mismo con la integración económica y política de los sectores excluidos en la América Latina contemporánea. Esta cuestión ya es una de las más apremiantes de la última década, debido, en gran medida, al ascenso de presidentes populistas de izquierdas, como Hugo Chávez en Venezuela y Evo Morales en Bolivia, que politizaron con éxito los dramáticos niveles de desigualdad existentes en sus países.

Pero el populismo también puede tener un impacto negativo en la democracia liberal. Por ejemplo, al clamar que ninguna institución tiene derecho a limitar el gobierno de la mayoría, las fuerzas populistas pueden terminar atacando a las minorías y erosionar aquellas instituciones cuyo principal cometido es la protección de los derechos fundamentales. A decir verdad, esta es la mayor amenaza que los partidos populistas de extrema derecha plantean a la democracia liberal en Europa. Al querer construir una etnocracia, un modelo de democracia según el cual el Estado pertenece a una sola comunidad étnica, están mermando los derechos de las minorías étnicas y religiosas, como los musulmanes en Europa occidental y los romaníes (gitanos) en Europa del Este.



8. El gobierno bolivariano de Venezuela imprimió este sello después del fallecimiento de Hugo Chávez, el líder populista que fue presidente de Venezuela de 1999 a 2013. En la imagen se ve a Chávez portando la banda presidencial, y a multitudes de partidarios congregados detrás de él.
(Shutterstock 332169251)

Algo similar ocurre en la América Latina contemporánea, donde las fuerzas populistas de izquierdas han elaborado nuevas constituciones que disminuyen seriamente la capacidad de la oposición para competir con el gobierno por el poder político. Un buen ejemplo es Ecuador, donde el presidente Correa se ha valido de reformas constitucionales no solo para colocar a partidarios leales en instituciones públicas fundamentales, como el Tribunal Electoral y la judicatura, sino también para crear nuevos distritos electorales y normas que favorezcan a su partido político. Un proceso casi idéntico ha tenido lugar recientemente en Hungría.

El populismo y el proceso de des-democratización

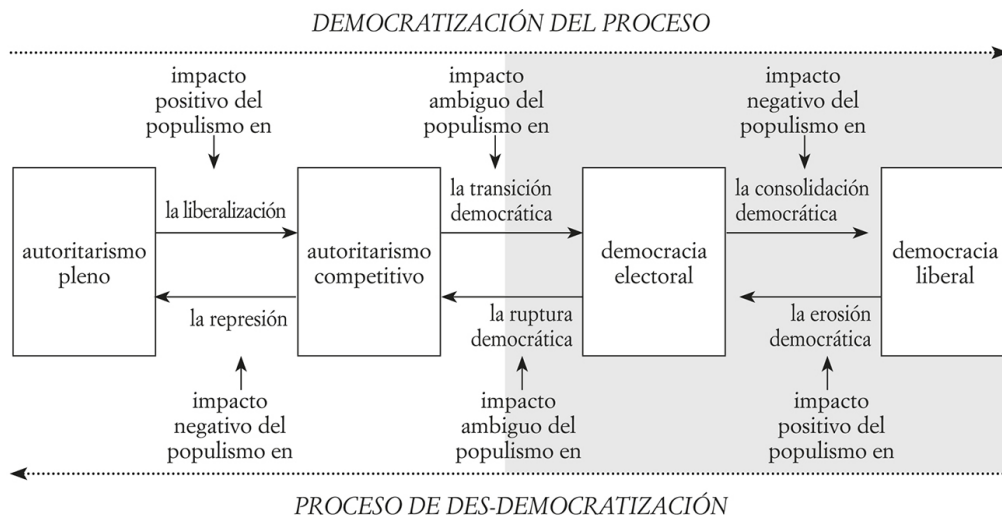
Si bien es cierto que actualmente existe un vivo debate sobre el papel del populismo en las democracias liberales establecidas, no se está prestando por el contrario casi ninguna atención al impacto de las fuerzas populistas en otros regímenes políticos y en los posibles procesos de transición hacia una mayor o menor democracia. ¿Cuáles son los efectos del populismo en un régimen autoritario (competitivo) o en el fomento de transformaciones hacia una forma de gobierno más democrática? Se trata de un punto ciego que necesita iluminación.

La democracia siempre es incompleta y en cualquier momento puede experimentar un deterioro o una mejoría. Por lo tanto, es importante no pensar únicamente en *regímenes* de democracia (liberal), sino también en *procesos* de democratización (y des-democratización). Aunque no existe nada parecido a un camino de democratización «paradigmático», sí que es posible reconocer la existencia de diferentes episodios en los que se produce un movimiento de

democratización o de des-democratización. Cada una de estas etapas alude a la transición de un régimen político a otro, y nosotros sugerimos que el impacto del populismo es distinto en cada uno de ellos. Empezaremos explicando los cuatro regímenes políticos más comunes en el mundo contemporáneo.

Podemos distinguir dos regímenes diferentes dentro del bando autoritario y del democrático, respectivamente: el autoritarismo pleno y el autoritarismo competitivo, por una parte, y la democracia electoral y la democracia liberal, por otra. En el autoritarismo pleno no hay cabida para la oposición política pero sí para la represión sistemática, mientras que el autoritarismo competitivo permite una competición electoral mínima, aunque dentro de un campo de juego político desigual entre Gobierno y oposición. Los regímenes autoritarios competitivos toleran la presencia de una oposición y celebran elecciones, pero estas son violadas sistemáticamente en favor de los representantes gubernativos.

La democracia electoral se caracteriza por la convocatoria de elecciones periódicas que la oposición tendría posibilidades de ganar teóricamente. Sin embargo, este tipo de democracia no carece de déficits institucionales que obstaculizan el respeto al Estado de derecho y no respaldan adecuadamente las instituciones independientes que buscan proteger los derechos fundamentales. Si bien es cierto que las democracias liberales no son regímenes perfectos, inmunes a las insuficiencias de las rendiciones de cuentas en comparación con las democracias electorales, los gobernados tienen más posibilidades de que las autoridades rindan cuentas, al existir tanto una esfera pública robusta como una supervisión judicial independiente.



9. Los efectos del populismo pueden ser positivos o negativos en diferentes regímenes políticos. De hecho, pueden desencadenar episodios de cambio institucional que propicien tanto la democratización como la des-democratización.

Cabe señalar que cada uno de estos regímenes políticos tiene su propia dinámica, pero en cuanto se establecen, tienden a permanecer relativamente estables. En consecuencia, no entran *necesariamente* en transición hacia un (mayor) autoritarismo o una (mayor) democracia. Sin embargo, un ascenso de las fuerzas populistas puede disparar cambios dentro de cada uno de estos regímenes. Analizamos teóricamente la clase de impacto específico que el populismo tiene en cada episodio de transición e ilustramos esto sobre la base de cada uno de los casos.

El impacto del populismo en el proceso de democratización puede dividirse en tres fases: liberalización, transición democrática y consolidación de la democracia.

Durante la primera fase de *liberalización*, cuando un régimen autoritario afloja las restricciones y amplía algunos derechos individuales y colectivos, el populismo suele ser *grosso modo* una fuerza positiva para la democracia. Como ayuda a articular demandas de soberanía popular y el gobierno de la mayoría, que ponen en tela de juicio las formas existentes de represión estatal, el populismo contribuye a la formación de un «marco maestro» que permite a los líderes de la oposición movilizar a (todos) los que se oponen al régimen.

Podemos encontrar un buen ejemplo de esto en el papel que el populismo ha desempeñado en varios de los movimientos de oposición más grandes de la Europa del Este comunista, en concreto el sindicato Solidaridad en Polonia.

Solidaridad fue una organización «paraguas» comunista, que albergó a una holgada y heterogénea coalición de actores que coincidían en considerar problemático el presente comunista y discrepaban sobre el futuro poscomunista deseado. Aunque Solidaridad no fue un movimiento populista como tal, algunos de sus líderes y electores sí que se adhirieron al populismo, tal y como lo manifestó particularmente en movilizaciones populares su icónico líder Lech Walesa. En lo fundamental, Solidaridad representaba al «pueblo» contra «la elite» del Partido Obrero Unificado Polaco (PZPR) tanto en términos étnicos (nacionalistas) como morales (populistas). No es una coincidencia que destacados miembros de Solidaridad fundaran varios partidos populistas en el período poscomunista, de entre los cuales el más célebre es el partido populista de derecha Ley y Justicia (PiS) de los hermanos gemelos Lech y Jarosław Kaczyński.

En la fase de *transición democrática*, es decir, la transición de un régimen autoritario competitivo (o plenamente autoritario) a una democracia electoral, el rol del populismo es ambiguo, aunque no deja de ser constructivo, pues promueve la idea de que el pueblo debe elegir a sus gobernantes. Sabiendo que las fuerzas populistas se caracterizan por reivindicar el respeto de la soberanía popular a cualquier coste, atacarán a las elites en el poder y presionarán para que se produzca un cambio que permita garantizar el acceso al poder político. Esto significa que apoyarán la celebración de comicios libres e imparciales. A este respecto, un caso interesante es el de Cuauhtémoc Cárdenas en México y la formación del Partido de la Revolución Democrática (PRD) a finales de los años 1980.

El PRD se separó del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que –bajo varios nombres– mantuvo el poder desde

1929 y que, no obstante su fachada democrática, gobernó un régimen autoritario competitivo. Tan pronto como Cárdenas y otros comprendieron que no era posible cambiar las políticas económicas neoliberales del PRI desde dentro, decidieron construir un nuevo vehículo político que no solo se opusiera al neoliberalismo, sino que también reclamara la plena instauración de elecciones libres e imparciales. Desde sus inicios, el PRD adoptó un lenguaje populista para presentar al líder de su partido –inicialmente Cárdenas y después Andrés Manuel López Obrador (AMLO) mientras militó en ese partido– como un «hombre humilde del pueblo», interesado en construir una democracia real para todos los mexicanos. El PRD no fue capaz de ganar la presidencia, pero contribuyó a allanar el camino para los acuerdos históricos que permitieron las elecciones fundacionales en el 2000, en las que el Partido Acción Nacional (PAN) obtuvo la presidencia.

Por último, durante la fase de *consolidación democrática*, se completan las reformas pendientes que son cruciales para mejorar las instituciones especializadas en la protección de los derechos fundamentales y el desarrollo de un régimen democrático liberal de pleno derecho. Teóricamente, los populistas son contrarios al proceso de consolidación democrática, porque sostienen una interpretación de la democracia basada en una voluntad popular sin límites y el rechazo de los organismos no elegidos en las urnas, que, por lo general, son acusados por el populismo de ser instituciones ilegítimas que buscan defender los «intereses especiales» de las minorías poderosas, y no los intereses «reales» de la gente.

El tres veces primer ministro eslovaco Vladimír Mečiar es un ejemplo excelente de oposición populista a la consolidación democrática, en particular durante su tercer y último gobierno de coalición (1994-1998), constituido por tres partidos populistas. Cuando Mečiar llegó al poder en 1994, Eslovaquia formaba parte del grupo de países demócratas favoritos para la adhesión a la Unión Europea en la Europa central y oriental poscomunista. Como consecuencia de las políticas retrógradas

del gobierno, caracterizadas tanto por el desprecio hacia las leyes como por el intento y empeño en cambiarlas –por ejemplo, al redefinir los distritos electorales para desgastar a la partidos de la oposición–, el país retrocedió lenta pero firmemente a la categoría de rezagados democráticos. La Unión Europea amenazó incluso con excluir a Eslovaquia de la primera ronda de adhesiones. Las últimas décadas han servido de recordatorio de que la democracia puede no solo consolidarse, sino también diluirse e incluso abolirse.

El papel del populismo también puede ser importante en el proceso de des-democratización, que a su vez puede dividirse en tres episodios: erosión democrática, ruptura democrática y represión.

La fase de *erosión democrática* incluye cambios graduales que socavan la autonomía de aquellas instituciones especializadas en la protección de los derechos fundamentales, mermando la independencia judicial, abandonando el Estado de derecho y debilitando los derechos de las minorías. Los líderes populistas y sus seguidores son proclives a desencadenar episodios de erosión democrática porque, en esencia, apoyan un modelo mayoritario extremo de democracia que se opone a cualesquiera grupos o instituciones que obstaculicen el cumplimiento de «la voluntad general del pueblo». Seguramente en la situación actual de Hungría hallamos el ejemplo más ilustrativo de cómo el populismo puede desencadenar un proceso de erosión democrática.

Tras perder las elecciones de 2002 –pérdida que solo reconoció a regañadientes–, Viktor Orbán y su partido populista de derechas Fidesz ejercieron una oposición radical que incluyó violentas protestas callejeras. Cuando recuperó el poder en 2010, Orbán aprovechó la mayoría electoral de su partido para imponer una nueva Constitución; en palabras de algunos observadores académicos, «el actual gobierno ahora tiene escaso control sobre su poder, pero el nuevo orden institucional permite que el partido gobernante coloque a sus leales en posiciones cruciales a largo plazo con poder de veto

sobre las posibles acciones de futuros gobiernos». Si bien gobiernos extranjeros y organizaciones internacionales no se han atrevido a criticar al gobierno de Orbán con demasiada dureza, tanto la Unión Europea como Estados Unidos han expresado su creciente inquietud por la «ofensiva» contra la democracia en Hungría.

La segunda fase del proceso de des-democratización es la *ruptura democrática*, que denota un viraje de la democracia electoral hacia el autoritarismo competitivo (o el autoritarismo pleno en caso extremo). De los actores populistas se espera un rol ambiguo, si bien de apoyo, durante la ruptura democrática, porque tienden a inclinar las reglas del juego en favor de las fuerzas populistas y/o atacar a «la elite corrupta» por no permitir la expresión de la voluntad general del pueblo. El régimen de Fujimori en Perú es un buen ejemplo de ello.

Fujimori llegó al poder como un *outsider* en 1990, haciendo campaña en contra del *establishment* político y a favor de un enfoque gradualista para resolver la crisis económica que afrontaba el país. Como Fujimori no tenía detrás a un partido fuerte ni interés en establecer alianzas con los partidos existentes, el país vivió un verdadero *impasse* entre el poder ejecutivo y el legislativo. Para romperlo, Fujimori suspendió la Constitución y cerró el parlamento en 1992, alegando que seguía sencillamente «la voluntad del pueblo». Después de su autogolpe, Fujimori siguió gobernando Perú ocho años más, durante los cuales el régimen estuvo sin duda más cerca del autoritarismo competitivo que de la democracia electoral. De hecho, Fujimori estableció una alianza con los sectores militares –en particular con el servicio de inteligencia y su director Vladimiro Montesinos– con el propósito de no solo destruir el movimiento guerrillero Sendero Luminoso, sino también de manipular las reglas del juego político en perjuicio de la oposición.

Por último, la última fase de la des-democratización es la *represión*, el paso de un régimen autoritario competitivo a un régimen autoritario pleno, un proceso que, por lo general, se

despliega gradualmente y tiene que ver con la aparición de crisis. Como el populismo apoya de forma intrínseca la soberanía popular y el gobierno de la mayoría, creemos que los populistas se opondrán por lo general a este proceso de represión. Apenas existen casos recientes de represión con un protagonista populista.

Una de las escasas excepciones es, posiblemente, el presidente bielorruso Aleksandr Lukashenko, quien, a pesar de tener la oportunidad y de contar con una creciente oposición, no ha transformado su autoritarismo competitivo en uno pleno. La razón principal por la que Lukashenko ha apoyado un régimen autoritario competitivo basado en el (cada vez más fraudulento) apoyo electoral –y no la «política de clanes» plenamente autoritaria de otros países postsoviéticos– es su ideología populista: Lukashenko justifica su régimen (autoritario competitivo) sobre la base de una argumentación populista que describe a la oposición como una «elite corrupta», alineada con poderes extranjeros (es decir, occidentales). Sin embargo, para que Lukashenko sea capaz de reivindicarse como el verdadero representante del «pueblo bielorruso puro» con cierta legitimidad, necesita una contienda popular con sus rivales, aunque sea mediante elecciones no del todo competitivas.

Variables intervinientes

Este marco teórico distingue, antes que nada, los efectos del populismo en las seis fases distintas de los procesos de democratización y des-democratización. Sin embargo, en cada fase la naturaleza y la fuerza del efecto pueden variar a su vez, en función de al menos tres variables intervinientes: el poder político de las fuerzas populistas, el tipo de sistema político en el que se desenvuelven los actores populistas y el contexto internacional.

El factor más importante es el poder político del actor populista. El hecho de que las fuerzas populistas estén en la oposición o en el gobierno puede afectar no solo a la fortaleza, sino también al carácter de su impacto sobre el proceso de democratización. En general, los populistas en la oposición suelen exigir más transparencia y la implantación de más democracia (como, por ejemplo, elecciones fundacionales, referendos o recuento de votos) para romper el supuesto yugo de la elite, bien en un contexto autoritario (competitivo), bien en uno democrático (electoral).

La relación de los populistas en el poder con el uso de la democracia directa y el respeto a las leyes de la protesta/debate públicos es más compleja. Si bien es cierto que los populistas defienden el gobierno de la mayoría, solo algunos de ellos han utilizado instrumentos plebiscitarios con más o menos consistencia. En particular, Chávez organizó varios referendos –incluido uno muy exitoso que revocó los límites del mandato presidencial, lo cual le permitió ganar las elecciones por segunda vez– y otro fallido para modificar la Constitución. Los políticos populistas también han utilizado su poder político para inclinar el terreno de juego electoral en su favor, como hicieron Correa y Orbán a través de sus reformas constitucionales.

Un segundo factor importante es el *tipo* de sistema político. Al igual que el resto de actores políticos, en cuanto los populistas llegan al poder en un sistema democrático se ven más o menos limitados por los rasgos específicos del régimen político en el que se desenvuelven. Aunque los sistemas presidenciales facilitan que los *outsiders* populistas ganen poder, con frecuencia no tienen apoyos en otros niveles para imponer sus programas, sobre todo cuando carecen de una organización de partido fuerte. En contraste, los sistemas parlamentarios tienden a limitar el poder de los populistas en el poder porque propician gobiernos de coalición en los que los partidos populistas deben trabajar principalmente con partidos no populistas más fuertes, como fue el caso del FPÖ

en Austria, por poner un ejemplo. Sin embargo, cuando un actor populista, o una coalición de actores, logra una mayoría parlamentaria, tienen menos contrapesos a los que enfrentarse. El ejemplo más notable es el de Hungría, donde Orbán pudo contar durante mucho tiempo con una mayoría parlamentaria cualificada que le permitió modificar la Constitución sin impedimentos por parte de la oposición.

Visto así, la llegada al poder de Donald Trump representa un desafío real a la democracia liberal en Estados Unidos, puesto que el Partido Republicano ha mostrado hasta ahora un apoyo sostenido a la administración de Trump y varias de sus controvertidas medidas. No hay mejor ejemplo de esto que la nominación de Brett Kavanaugh como juez del Tribunal Supremo.

Por último, el papel del contexto internacional es importante. Si un país está integrado en una red de democracias liberales fuertes, como es el caso de la Unión Europea, es más difícil, aunque no imposible (de nuevo, recordemos a la Hungría de Orbán), que un actor populista socave elementos fundamentales de la democracia liberal sin un retroceso internacional importante. No es casual que la reciente llegada al poder de gobiernos populistas de izquierda en varios países latinoamericanos haya venido acompañada de esfuerzos por construir nuevas instituciones regionales, como la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), que intentan defender un modelo de democracia propio. Es más, UNASUR ha desarrollado un sistema propio de observación electoral para competir con el sistema de la Organización de los Estados Americanos (OEA), la principal organización intercontinental en América, de la que también son estados miembros Canadá y Estados Unidos.

Populismo versus democracia

La complejidad de la relación entre populismo y democracia se refleja en la teoría y en la práctica. En esencia, el populismo no es contrario a la democracia; en todo caso, se lleva mal con la democracia liberal.

El populismo consiste en una serie de ideas que defienden el mayoritarismo y sostienen una forma de democracia iliberal; es el paladín de la soberanía popular y el gobierno de la mayoría, pero se opone a los derechos de las minorías y el pluralismo. Pero ni siquiera la relación del populismo con la democracia liberal es unilateral. A lo largo y ancho del mundo, las fuerzas populistas buscan dar voz y poder a los grupos marginados, pero también suelen combatir la existencia misma de las fuerzas de la oposición y transgredir las normas de la competencia política.

En la práctica, los populistas citan y explotan habitualmente una tensión inherente en numerosas democracias liberales del mundo contemporáneo: critican los pobres *resultados* del régimen democrático y, para solventar el problema, hacen campaña por la modificación de los *procedimientos* democráticos. Cuando el régimen democrático liberal no brinda lo que ciertos electores quieren, los emprendedores políticos pueden adoptar las ideas populistas para criticar al *establishment* y alegar que ha llegado la hora de reforzar la soberanía popular. Dicho de otro modo, los populistas suelen clamar que el Estado de derecho y las instituciones al cargo de la protección de los derechos fundamentales (es decir, tribunales o juntas electorales, tribunales constitucionales, tribunales supremos, etcétera) no solo limitan la capacidad de la gente para ejercer su poder legítimo, sino que también dan alas a un descontento creciente con el sistema político.

El populismo no tiene el mismo efecto en cada etapa del proceso de democratización. De hecho, nosotros sugerimos que el populismo suele desempeñar un papel positivo en la promoción de una democracia electoral o mínima, pero un

papel negativo cuando se trata de fomentar el desarrollo de un régimen democrático liberal de pleno derecho.

En consecuencia, si bien el populismo suele favorecer la democratización de regímenes autoritarios, propende a disminuir la calidad de las democracias liberales. El populismo apoya la soberanía popular, pero es tendente a rechazar cualquier limitación sobre el gobierno de la mayoría, como la independencia judicial y los derechos de las minorías. El populismo en el poder ha conducido a procesos de desdemocratización (como los casos de Orbán en Hungría o de Chávez en Venezuela, por ejemplo) y, en algunos casos extremos, a la ruptura incluso del régimen democrático (como el caso de Fujimori en Perú).

Si el sistema democrático se estabiliza, los populistas seguirán desafiando cualquier limitación del gobierno de la mayoría, y si adquieren la fuerza suficiente, podrán provocar un proceso de erosión democrática.

Sin embargo, no es probable que amenacen la existencia del sistema democrático hasta el punto de producir su ruptura, pues encontrarán una fuerte resistencia de múltiples actores e instituciones que defienden la existencia de organismos independientes especializados en la protección de los derechos fundamentales. Hasta cierto punto, este es el escenario que experimentan hoy algunos países europeos, donde las fuerzas populistas dominan el panorama electoral (Grecia y Hungría, por ejemplo,) pero no tienen la libertad absoluta para renovar el completo diseño institucional de sus países.

6. Causas y respuestas

A pesar del vibrante debate que existe en torno al populismo, sorprendentemente existen pocas teorías firmes sobre el éxito (y el fracaso) de las fuerzas populistas. La mayoría de las explicaciones sobre el triunfo del populismo hacen hincapié en la presencia de un líder carismático, capaz de atraer a una parte fácilmente accesible de los electores que se sienten decepcionados con los partidos políticos tradicionales, o ninguneados por ellos. Esta interpretación es problemática al menos por dos razones. En primer lugar, no todos los actores populistas exitosos tienen un líder carismático. En segundo lugar, el populismo es un discurso moral y maniqueo que existe en la sociedad con independencia de la presencia de actores populistas. Lo queramos o no, muchos ciudadanos interpretan la realidad política a través de las lentes del populismo.

Para explicar el éxito (y el fracaso) de los actores populistas, es preciso tener en cuenta los aspectos de la oferta y la demanda de la política populista. Una de las mayores ventajas del enfoque ideacional es que acomoda el populismo en el nivel de la elite y de la masa. Las sociedades con una fuerte demanda de populismo representan un suelo fértil para el éxito, pero aun así siguen requiriendo la oferta de fuerzas populistas creíbles. Al mismo tiempo, una fuerte oferta de populismo sin una demanda comparable a menudo conducirá al fracaso de los actores populistas. Por añadidura, para comprender el ascenso del populismo es crucial tener en cuenta los cauces que el contexto socioeconómico y sociopolítico sigue para obstaculizar y facilitar la oferta y la demanda de populismo.

Tras analizar los factores principales del éxito y el fracaso del populismo, abordaremos otro asunto importante pero escurridizo: ¿cómo podemos responder al auge del populismo? Para responder a esta pregunta, cartografiamos distintas respuestas que apuntan a la demanda y la oferta de la política populista.

Concluimos este libro con algunas sugerencias para reforzar los efectos positivos del populismo y a la vez debilitar sus efectos negativos en la democracia (liberal).

Explicar el éxito y la derrota del populismo

Comencemos con una breve aclaración. Si bien es cierto que el éxito de los actores políticos suele medirse habitualmente por el número de votos obtenidos (fuerza electoral), el éxito político puede analizarse de otras dos maneras como mínimo: la habilidad de incluir temas en la agenda pública (fijación de agendas) y la capacidad de configurar políticas públicas (impacto político). La distinción es especialmente relevante cuando pensamos en el éxito y la derrota de los actores populistas. A fin de cuentas, en numerosos lugares del mundo los populistas atraen un número bastante limitado de votos, pero aun así su papel es notable en cuanto a la fijación de agendas y al impacto político. El mejor ejemplo lo encontramos en los partidos de extrema derecha populista, como el Partido Popular Danés (DF) y el Frente Nacional Francés (FN) en Europa occidental. Si bien estos partidos obtienen «solo» entre un 10-20% del voto en las elecciones nacionales, han sido influyentes al situar cuestiones como la inmigración y el multiculturalismo en el centro del debate público. En algunos casos incluso han obligado a partidos tradicionales a adoptar políticas de asilo e inmigración más restrictivas.

Con independencia del tipo de éxito político, los actores populistas solo pueden prosperar cuando la elite y el

populismo de masas van unidos. Por lo tanto, una teoría que busque explicar el éxito (y la derrota) del populismo debe considerar tanto la oferta como la demanda de la política populista. Si bien la primera alude a cambios ocasionales y estructurales que contribuyen al auge de las actitudes populistas y a la relevancia del conjunto de sus ideas, la segunda se refiere a las condiciones que favorecen la expresión de las fuerzas populistas en el escenario político.

La demanda de la política populista

Para que un actor político triunfe tiene que existir una demanda de su mensaje. La mayoría de los actores populistas combinan el populismo con una o más ideologías conocidas como «huéspedes», como puede ser alguna forma de nacionalismo o de socialismo. Aunque suele atribuirse al populismo la razón de su éxito, numerosos estudios electorales se han centrado exclusivamente en las características que lo acompañan, como la xenofobia en Europa occidental o el apoyo socioeconómico a los grupos desfavorecidos en América Latina. Eso es debido, en parte, a la falta de datos disponibles al nivel de las masas. Los estudios empíricos sobre las actitudes populistas siguen en pañales, pero muestran que las actitudes populistas abundan entre las poblaciones de países con partidos populistas (Países Bajos, por ejemplo) y movimientos sociales (Estados Unidos) relevantes, así como en países sin actores populistas relevantes (Chile).

Significativos sectores de las poblaciones en todo el mundo apoyan aspectos importantes del conjunto de ideas populistas. En concreto, mucha gente piensa que el *establishment* político es deshonesto e interesado, forja acuerdos corruptos a puerta cerrada y se desentiende de las opiniones de la mayoría. Y muchos creen también que «el pueblo» debería tomar las decisiones más importantes en vez de delegar su poder soberano a los políticos profesionales. Sin embargo, las

actitudes populistas suelen estar latentes –es decir, inactivas u ocultas– hasta que las circunstancias son propicias para su desarrollo o manifestación. En palabras del experto estadounidense en populismo Kirk Hawkins: «Hay un Hugo Chávez o una Sarah Palin latente dentro de nosotros. La pregunta es cómo se activa».

Y aquí es donde entra en juego el contexto socioeconómico y sociopolítico. La demanda de populismo se manifiesta en una serie de circunstancias específicas. Se pone en marcha cuando hay una percepción general de que las amenazas a la existencia misma de la sociedad están presentes. Esto es lo que explica que fracasos políticos importantes –como severas recesiones económicas y, sobre todo, divulgaciones de casos de corrupción sistemática– funcionen de catalizador de actitudes populistas entre la población. A modo de ilustración: sin la Gran Recesión y el comportamiento corrupto de los partidos tradicionales, es difícil entender el acusado aumento del apoyo ciudadano a partidos políticos como Podemos en España y Syriza en Grecia, mientras que sin el escándalo de corrupción conocido como «Tangentopoli» en Italia a principios de los años 1990 es imposible comprender el ascenso de Silvio Berlusconi.

Los escándalos de corrupción muestran que individuos y grupos de «la elite» proceden de manera deshonesta, lo cual hace que la gente se enfurezca con la situación política y sea susceptible de interpretar la realidad con la mirada del populismo. La corrupción sistémica prospera especialmente en países con serios problemas de «estatalidad», es decir, la capacidad que tiene el Estado de alterar la distribución existente de recursos, actividades y conexiones interpersonales. Los estados débiles pasan apuros para recaudar impuestos ciudadanos (recursos), controlar a los grupos criminales (actividades) e interferir en redes patrimoniales (conexiones interpersonales). Los regímenes democráticos con serios problemas de estatalidad son proclives a sufrir corrupción sistémica, lo que puede favorecer

un populismo endémico (como en Ecuador y Grecia) o una lucha continua entre fuerzas populistas y no populistas (como en Argentina y Eslovaquia). Y lo que es más importante, la llegada al poder de populistas no redunda necesariamente en un Estado más fuerte o en la capacidad de atacar de raíz el problema de la estatalidad.



10. Alexis Tsipras (izquierda) y Pablo Iglesias (derecha) son los líderes de dos partidos populistas de izquierda (Syriza en Grecia y Podemos en España, respectivamente) que han generado tanta admiración como ansiedad en toda Europa. Son dos políticos jóvenes que se han ganado el respeto por sus esfuerzos en combatir la austeridad tras el inicio de la Gran Recesión.
(Kyodo collection/AP Photo 792597788837)

Otro factor fundamental en la activación de las actitudes populistas es el sentimiento general de que el sistema político no responde. Cuando los ciudadanos sienten que los partidos políticos y los gobiernos no los escuchan, desoyendo sus demandas, crece la posibilidad de que el populismo se active, al menos entre los electores que se sienten abandonados por el *establishment*. Cuando los votantes se sienten huérfanos de los actores políticos establecidos, son propensos a interpretar los acontecimientos políticos con el mapa mental de populismo: «A la elite solo le preocupa ella misma y no le interesan los problemas de la gente (real)». No es casual que una parte significativa del electorado de los partidos populistas de extrema derecha en Europa se componga de la clase

trabajadora «nativa», que ya no se siente representada por los partidos socialdemócratas, que han aceptado la globalización económica, la integración europea y el multiculturalismo.

El fallecido politólogo irlandés Peter Mair apuntó con acierto una de las razones esenciales de la creciente brecha entre la elite y el pueblo. Mair afirmaba que los partidos políticos tradicionales sufren cada vez más la tensión que hay entre sus roles como representantes aptos y como agentes responsables. A menudo, los ciudadanos quieren que sus representantes hagan una cosa, cuando estos tienen la responsabilidad de hacer otra. Este es el caso especialmente de la Europa contemporánea, donde la Unión Europea ha reducido considerablemente la capacidad de maniobra de los gobiernos nacionales, a veces incluso obligándolos a aplicar políticas a las que se oponen abiertamente. Por ejemplo, a causa de las presiones de los mercados internacionales y de la Unión Europea, los gobiernos socialdemócratas de José Luis Rodríguez Zapatero en España (2004-2011) y de Yorgos Papandreu en Grecia (2009-2011) decidieron actuar como «agentes responsables» y aplicar reformas austeras, lo que generó frustración entre muchos votantes que se sintieron traicionados y dejaron de sentir que esos partidos los representaban. Este hecho contribuyó a activar sentimientos populistas, primero canalizados por movimientos sociales como los Indignados y más tarde por partidos populistas de izquierdas como Podemos y Syriza.

Si bien se trata de un ejemplo extremo, los partidos políticos establecidos en la Unión Europea se ven en la necesidad de lograr un equilibrio cada vez más difícil entre su capacidad de respuesta y su responsabilidad. Cuanto mayor sea su capacidad de afrontar este reto —que incluye ser honesto en esta tensión con los votantes—, menores serán las posibilidades de que el populismo aflore.

Algo similar ha ocurrido en América Latina, donde los mercados internacionales y las instituciones financieras internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI)

y el Banco Mundial han limitado muchísimo las opciones políticas de los gobiernos nacionales.

Un ejemplo extremo de esta «tormenta perfecta» es la situación socioeconómica y sociopolítica que propició el ascenso de Hugo Chávez en Venezuela. La caída de los precios del petróleo en las últimas dos décadas del siglo pasado generó una ausencia de dinero y una deuda pública cada vez mayor, socavando el sistema bipartidista del país que dependía sobremanera de las redes clientelistas. Cuando el presidente de centroizquierda Carlos Andrés Pérez aplicó reformas de austeridad, enfrentó importantes revueltas sociales y el golpe de Estado de un joven teniente coronel llamado Hugo Chávez. Al obligar el Tribunal Supremo a Pérez a dejar su cargo por un escándalo de corrupción, el descrédito del *establishment* político aumentó y, nada más salir de prisión, Chávez movilizó este resentimiento con un fuerte discurso populista que atacaba a la elite (la oligarquía) y glorificaba al pueblo. En 1998, Chávez ganó las elecciones presidenciales con el 56% del voto, marcando el desmoronamiento del sistema bipartidista tradicional del país y el principio de la tercera época populista en la historia de América Latina.

Cuando analizamos el auge del populismo, conviene indicar que los cambios sutiles y a largo plazo de las sociedades contemporáneas pueden facilitar no solo la difusión, sino también la activación de actitudes populistas. El politólogo estadounidense Ronald Inglehart sostiene que la transformación social de las democracias occidentales de posguerra creó un proceso de «movilización cognitiva» entre sus poblaciones, que están más informadas, son más independientes y más autoconscientes. Este nuevo ciudadano emancipado ha dejado de aceptar el dominio natural de las elites políticas y critica seriamente cualquier supuesta irregularidad. Es más, el ciudadano emancipado es mucho más consciente de las supuestas irregularidades por el nuevo entorno informativo en el que se mueve.

Para empezar, las elites políticas controlan menos los medios de comunicación tradicionales. En muchos países, al principio la prensa escrita estaba estrechamente ligada a partidos políticos u organizaciones ya establecidos –eso cuando no eran directamente de su propiedad–, mientras que la radio y la televisión eran propiedad exclusiva del Estado y estaban bajo su control, lo que significaba que eran medios progubernamentales o protradicionales (incluidos los partidos de oposición ya establecidos). En la actualidad, casi toda la prensa es más o menos independiente de los partidos políticos, mientras que la radiotelevisión estatal ha perdido mucha audiencia en beneficio de otros competidores comerciales. Además, todos ellos han de competir con un creciente número de fuentes mediáticas en formato digital. En este mercado increíblemente competitivo, las organizaciones mediáticas han desviado su interés de las cuestiones políticas serias a la cobertura de temas más vendibles, como el crimen y la corrupción, alimentos básicos de la dieta populista. Todo ello ha creado una cultura política que no es necesariamente populista como tal, pero sí definitivamente más propicia para los mensajes populistas.

Aunque el proceso de movilización cognitiva ha sido más limitado en los países en desarrollo, con frecuencia alcanzando principalmente a las clases medias urbanas, las instituciones y los valores tradicionales están perdiendo peso en todo el mundo. Más aún, el ascenso de las redes sociales también ha sido profundo en los países en desarrollo, ya sean democráticos o autoritarios. La combinación de estos cambios se refleja en la Revolución Verde de Irán y la Primavera Árabe en Oriente Próximo, poderosos ejemplos de la capacidad de movilización de las clases medias urbanas empoderadas mediante el uso de las redes sociales. Si las aspiraciones democráticas y los sentimientos *anti-establishment* vienen juntos, en particular entre grandes grupos sociales discriminados, los sentimientos (proto) populistas se activarán.

La oferta de la política populista

Buena parte de los episodios populistas se vinculan con el auge (y la caída) de un líder o un partido populista. Este actor populista es quien es capaz de explotar el contexto existente para movilizar los sentimientos *anti-establishment* amorfos y atraer a la población promoviendo soluciones «de sentido común». Los populistas exitosos son capaces de combinar un amplio elenco de insatisfacciones sociales en torno a un discurso populista del «nosotros, el buen pueblo» contra el «ellos, la elite corrupta». Y lo hacen conectando su populismo a ideologías huésped, que abordan otros aspectos básicos de estas insatisfacciones sociales. Por ejemplo, los partidos contemporáneos populistas de extrema derecha en Europa occidental conectan el nativismo con el populismo cuando acusan a la elite (nativa) corrupta de favorecer a los inmigrantes (extranjeros) y marginar al pueblo (nativo). Del mismo modo, los populistas de izquierdas en Suramérica combinan el socialismo y el populismo para acusar a la elite corrupta de expoliar los recursos naturales del país a costa de los pobres.

Independientemente del contexto socioeconómico y sociopolítico existente, los actores populistas intentan politizar cuestiones que el *establishment* no aborda (adecuadamente). Cuando los partidos políticos tradicionales convergen, y las diferencias entre sus plataformas programáticas son mínimas, es más fácil para las fuerzas populistas afirmar que todos «ellos» son lo mismo. El Frente Nacional fue el primero en desarrollar con éxito este discurso en Europa, refiriéndose a los cuatro partidos tradicionales franceses como a la «banda de los cuatro», la cual, mediante un pacto secreto, había «confiscado la democracia». Más tarde, el partido empezó a referirse a los dos partidos establecidos restantes como uno solo, fusionando sus siglas, UMP y PS, en «UMPS». En Italia, el actor convertido a político Beppe Grillo, líder del Movimiento 5 Estrellas (M5S), llama «*Pdmenoelle*» al

centroizquierdista Partido Demócrata (PD), afirmando que es indistinguible del centroderechista PdL (siglas de El Pueblo de la Libertad).

Por supuesto, los partidos tradicionales suelen aportar una respuesta propia a la convergencia ideológica. Cuando comprenden que ciertos asuntos son importantes para el electorado, deciden politizarlos. Al hacerlo, no solo desafían a sus veteranos rivales, sino que cierran el espacio a nuevos contrincantes, incluidas otras fuerzas populistas. En otras palabras, tanto las acciones como las inacciones de los partidos políticos tradicionales desempeñan un papel importante en el triunfo o la derrota de las fuerzas populistas. Una comparación del desempeño electoral de los partidos populistas de extrema derecha en Austria y España puede ilustrarlo.

España es uno de los pocos países europeos occidentales sin un partido populista de extrema derecha relevante. Además de la presencia de partidos regionales fuertes y un sistema electoral muy peculiar, una buena explicación es que el Partido Popular (PP), el partido de la derecha tradicional, ha abordado muchas de las cuestiones que preocupan a los votantes potenciales de partidos populistas de extrema derecha en España: el catolicismo, la ley y el orden y, por encima de todo, la unidad nacional. En evidente contraste, el Partido de la Libertad de Austria (FPÖ) aprovechó fuertemente la convergencia de los dos partidos principales, que con frecuencia formaron una gran coalición formal o informal para gobernar el país y mantener posibles cuestiones controvertidas, como la integración europea y la inmigración, al margen de la agenda política y pública.

Pero los actores populistas no son solo un desafortunado producto de su entorno; participan más activamente en la creación de un terreno fértil. En concreto, los populistas no escatiman esfuerzos a la hora de crear *una sensación de crisis*. A menudo con la ayuda involuntaria de los medios sensacionalistas, los partidos de extrema derecha populista en

Europa intentan redefinir los aumentos (a veces relativamente modestos) de refugiados como «crisis migratorias», cuya causa atribuyen a partidos tradicionales incompetentes y corruptos. En otras palabras, el hecho de que los actores populistas triunfen en clave de fuerza electoral, fijación de agendas o impacto político, está muy ligado a su habilidad para desarrollar un relato de crisis creíble. Esto también es importante por otra razón: al crear un sentimiento de crisis, los populistas imprimen urgencia e importancia a su mensaje.

Finlandia es un buen ejemplo. El país experimentó una importante contracción de su producto interior bruto, pero solo un incremento moderado del desempleo y la deuda soberana en los primeros años de la Gran Recesión. Sería, pues, una exageración decir que la crisis económica global golpeó al votante finés medio. Sin embargo, el partido populista Verdaderos Finlandeses obtuvo un asombroso 19% del voto en las elecciones parlamentarias de 2011. Aunque un escándalo de corrupción que afectó a los partidos más importantes contribuyó a ello, el sentimiento de crisis creado por el partido y por algunos medios de comunicación fue decisivo para su triunfo. Verdaderos Finlandeses clamó que los programas de rescate de la Unión Europea y una «invasión» de inmigrantes, ambos permitidos por los partidos tradicionales, amenazaban su generoso estado de bienestar y que «los inocentes» (léase el pueblo) tendrían que pagar por la estupidez de «los culpables» (léase la elite).

Antes de pasar a la siguiente sección, conviene abordar una pregunta con frecuencia olvidada pero importante: ¿cómo influye la cultura política en la posible emergencia del populismo? Los actores populistas no se desenvuelven en un vacío; al contrario, surgen en sociedades con legados históricos que dan pie a diferentes culturas políticas. Tomemos, por ejemplo, el caso de los procesos de democratización de Europa occidental, que con frecuencia han tardado cientos de años en desarrollarse y estuvieron sometidos al fuerte control de las elites. Aquí se enfrentaron

elitistas no demócratas, como monárquicos y terratenientes, contra elitistas demócratas, sobre todo liberales y socialistas; de hecho, las elites liberales y socialistas desconfiaban mucho de la gente común, razón por la cual ampliaron el sufragio solo paulatinamente y de mala gana (incorporando a las mujeres). Además, el ascenso del comunismo y del fascismo reforzó la desconfianza hacia la gente (común), lo que favoreció que, en muchos países, las elites democráticas limitaran la elección de opciones políticas; por ejemplo, muchos prohibieron partidos «antidemocráticos» para que la gente no volviera a «elegir mal» otra vez.

En fuerte contraste, la historia de Estados Unidos es más democrática y se caracteriza por una retórica revolucionaria y la misma noción de «nosotros, el pueblo». Irónicamente, muchos de los Padres Fundadores albergaban profundas reservas hacia lo que el presidente Lincoln describió célebremente como «el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo». Es más, el sistema político, extremadamente complejo y disfuncional, creado por los fundadores de la nación reflejaba tanto los sentimientos contra la elite como contra el pueblo, como se desprende de los mecanismos de pesos y contrapesos electorales que instauraron. A pesar de ello, la cultura política norteamericana siempre ha sido de fuerte corte populista, enfrentando al pueblo puro contra la elite o, en el discurso electoral contemporáneo, «Main Street versus Wall Street». La idea de que el pueblo es virtuoso y la elite es corrupta se ha propagado tanto en la alta como en la baja cultura a lo largo de la historia de Estados Unidos.

Incluso sin la intervención de líderes o partidos populistas, los norteamericanos encuentran el discurso populista en los medios tradicionales y en boca de los políticos tradicionales. Además, el papel de los sentimientos populares también es muy importante en la cultura popular. Desde el famoso panfleto de Thomas Paine *El sentido común* (1776) hasta el épico film *Caballero sin espada* (*Mr. Smith Goes to Washington*, Frank Capra, 1939), con James Stewart de

protagonista, pasando por la canción country antirrescate de John Rich, «Shuttin' Detroit Down» (2009), el relato de la eterna lucha entre el pueblo puro y la elite corrupta está siempre presente entre los norteamericanos.

Si tenemos en cuenta los legados históricos, no es sorprendente que el populismo haya sido un fenómeno relativamente raro en la historia europea occidental, limitado a la movilización descendente de partidos efímeros como los poujadistas. Sin embargo, la transformación social de la «revolución silenciosa» ha vuelto más receptivas hacia el populismo a las culturas europeas occidentales. Los ciudadanos emancipados se han liberado del control de las organizaciones políticas y sociales tradicionales y han desarrollado un sentido crítico –por no decir cínico– hacia el *establishment*. Como la elite cae cada vez más en desgracia, el pueblo ha pasado de ser predominantemente malo a principalmente bueno; así, muchos medios de comunicación han cambiado al experto (académico) por «el hombre de la calle» en su cobertura de los sucesos políticos más importantes. Los políticos convencionales son importunados en entrevistas y tienen que responder a las «preocupaciones de la gente», siendo a menudo el periodista la voz del pueblo. Igualmente, los programas de *reality-show* cuyos protagonistas son gente normal, como *Gran Hermano*, o celebridades de la «baja cultura», como los Kardashian, han venido a sustituir buena parte de los programas sobre la vida de la elite de «alta cultura».

Respuestas contra el populismo

Inicialmente, los triunfos electorales de los populistas se concentraban sobre todo en América Latina, pero en las últimas décadas las fuerzas populistas se han establecido en arenas electorales de todo el mundo. Este hecho ha producido cada vez más inquietudes y debates sobre la mejor manera de

afrontarlos. En gran parte de este debate ha influido el concepto de «democracia militante», un término acuñado por el filósofo y politólogo alemán Karl Löwenstein, quien, en los años 1930, decía que las democracias deberían prohibir las fuerzas políticas extremistas para impedir su llegada al poder por medios democráticos, como él mismo experimentó con el ascenso de Adolf Hitler en la Alemania de Weimar. Aunque Alemania es uno de los pocos países que se define como una democracia militante en su Constitución, la mayoría de las democracias han aplicado al menos algunas de sus características, y más aún desde los atentados terroristas del 11-S y la subsiguiente guerra contra el terrorismo.

A la hora de combatir a las fuerzas populistas, el enfoque de la democracia militante es especialmente problemático, puesto que el populismo no es contrario a la democracia *per se*, sino que, en todo caso, está en desavenencia con el régimen democrático liberal. Las fuerzas populistas recelan de la existencia misma de las instituciones que no han sido elegidas en las urnas –no siempre sin razón–, las cuales pueden campar a sus anchas y terminar protegiendo los intereses de las minorías poderosas en lugar de defender el bien común. Esto significa que los populistas presentan un desafío diferente y más complejo para las democracias que los extremistas y, por ende, requieren una respuesta diferente y más compleja. De hecho, reaccionar desproporcionadamente al desafío populista puede hacer más mal que bien a la democracia liberal.

Respuestas a la demanda

En los debates académicos o públicos raras veces se aborda la cuestión de cómo hacer frente a la demanda de una política populista. Esto ocurre en parte porque muchas personas reducen el populismo a un proceso manejado por la elite, centrado en líderes carismáticos que poseen la habilidad de encantar (o «embaucar») a las masas. Desde esta perspectiva,

el populismo se explica por el auge de «grandes hombres» como Jörg Haider o Hugo Chávez. Sin embargo, las actitudes populistas están relativamente extendidas en las sociedades, incluso en las que adolecen de un líder populista carismático. Su activación depende de la presencia de una serie específica de condiciones bajo las cuales personas corrientes pueden convertirse en fervientes populistas, como, sobre todo, la corrupción política en general y la pasividad de la elite en particular. Los escándalos de corrupción mayúsculos y, en particular, la corrupción sistémica crean un caldo de cultivo fértil para el populismo entre importantes franjas de la población. En consecuencia, combatir y prevenir la corrupción son estrategias cruciales para disminuir la demanda de políticas populistas.



11. Gran parte del triunfo electoral del Partido de la Libertad de Austria es atribuible a la carismática figura de Jörg Haider. Fue un orador talentoso que no escatimaba esfuerzos a la hora de utilizar ideas populistas para atacar al *establishment* y politizar el asunto de la inmigración.
(Shutterstock 93156871)

La primera lección que debemos sacar, en cuanto estalla uno de estos escándalos de corrupción, es que lo peor es negarlo o impedir que se realice una investigación transparente

adecuada. Una parte importante de la legitimidad de la democracia liberal viene precisamente de la existencia de instituciones autónomas que son capaces de exigir que agentes del Estado y políticos elegidos rindan cuentas a los ciudadanos. Un enjuiciamiento y una sanción adecuados de casos de corrupción serios no solo reducen la existencia de corrupción entre las elites, sino que también muestran a la gente que «el sistema» no se somete al control pleno de un *establishment* homogéneo.

Encarar el problema de la corrupción sistémica supone sin duda un reto mucho mayor que hacer frente a casos individuales de corrupción. Al fin y al cabo, la corrupción sistémica suele acompañarse de problemas de «estatalidad», y confrontar esto es todo menos sencillo. El empeño por fortalecer la capacidad estatal en general, y el Estado de derecho en particular, habría de entenderse como una medida que contribuye indirectamente a debilitar los sentimientos populistas. Cuanto más fuerte es la capacidad del Estado para alterar la distribución de recursos, así como las actividades y las conexiones interpersonales existentes, mayores son las probabilidades de que la demanda de populismo permanezca inactiva. Por lo tanto, las organizaciones internacionales y las instituciones gubernamentales implicadas en la «promoción de la democracia» deberían utilizar medidas de «palo y zanahoria» para fomentar la capacidad estatal y el Estado de derecho. Una medida «de zanahoria» habitual es mejorar las condiciones laborales de los empleados públicos y animar a que los ciudadanos informen de infracciones cometidas (al Defensor del Pueblo, por ejemplo); las medidas «de palo» se vinculan normalmente con reformas legales e institucionales cuyo objetivo es aumentar la supervisión y la capacidad de sanción de los agentes del Estado.

Sin embargo, la mayoría de países europeos occidentales no tienen serios problemas de estatalidad, y aun así se enfrentan a la expansión del populismo a un nivel masivo. Por ejemplo, en Dinamarca y los Países Bajos han surgido

potentes partidos populistas pese a que ni la corrupción sistémica ni la capacidad estatal constituyen un problema fundamental en esos países.

Para comprender esto, es importante no olvidar la segunda condición que facilita la activación de los sentimientos populistas entre la población: la pasividad de la elite. En muchos países de Europa occidental los partidos establecidos han priorizado la responsabilidad sobre la representación y han contrarrestado la consecuente pérdida de apoyo público con la formación de cárteles políticos, a menudo con el argumento explícito de alejar a los partidos populistas del poder. Como es obvio, se trata de un sueño hecho realidad para los populistas, puesto que confirma su imagen favorita de reñir una lucha del «uno contra todos y todos contra uno», un viejo eslogan del partido populista de extrema derecha Bloque Flamenco (hoy Interés Flamenco, VB) en Bélgica.

El problema principal no es necesariamente si los partidos establecidos forman cárteles con otros partidos demócratas liberales, o si actúan con responsabilidad, sino que no son claros ni sinceros al respecto. La mayoría de los políticos muestran una autonomía plena cuando las cosas van bien y una falta casi total de autonomía cuando se tuercen. Por ejemplo, el crecimiento económico se reivindica como un triunfo de las políticas económicas del gobierno, mientras que una recesión económica se externaliza como consecuencia de la globalización y de instituciones internacionales como la Unión Europea y el FMI. Esencialmente, los políticos se predisponen al fracaso al afirmar que tienen más poder del que en realidad tienen. Como no pueden cambiar las limitaciones a su poder, deberían ser más claros al respecto y explicar, por ejemplo, por qué aceptan las restricciones. Esto seguiría dejando espacio a los populistas para presentar un relato posiblemente más atractivo, como el de la soberanía plena, pongamos por caso, pero al menos daría una imagen menos decepcionante y más genuina de los partidos tradicionales. Por añadidura, experiencias recientes en países como Grecia –

donde el Gobierno populista de izquierdas de Syriza tuvo que sucumbir a la misma realidad económica que sus «traicioneros» competidores políticos antes que ellos— se han llevado por delante algo del encanto de la alternativa populista.

Antes de pasar a la siguiente sección conviene indicar que, para afrontar la demanda de políticas populistas, también es posible pensar en estrategias activas orientadas a las masas. Una de las más importantes es la educación cívica, cuyo objetivo es socializar a la ciudadanía en los valores principales de la democracia liberal y, si bien no siempre abiertamente, alertar de los peligros de los rivales extremistas. Probablemente el programa de educación cívica más elaborado que existe lo encontramos en Alemania, donde incluso se ha creado una agencia gubernamental independiente encargada de su realización, cuyo nombre un tanto inquietante es Oficina Federal para la Educación Cívica (BpB).

En conjunto, la educación cívica puede fortalecer las creencias democráticas y explicar la importancia del pluralismo, cuyo papel ha de ser fundamental para prevenir actitudes populistas. Por el contrario, alertar con alarmismo contra las fuerzas populistas puede resultar contraproducente, sobre todo entre grupos que ya recelan del *establishment* político y miran con buenos ojos a los actores populistas.

Respuestas a la oferta

Como las fuerzas populistas tienden a atacar al *establishment*, este suele reaccionar contra ellas. Algunas respuestas democráticas se dirigen a reducir la demanda de políticas populistas, pero la mayoría de acciones y actores se centran exclusivamente en la oferta de políticas populistas, es decir, de actores populistas. Así y todo, contrariamente al discurso populista, el *establishment* no es una entidad monolítica, y algunos de sus actores muestran mayor voluntad para dar

respuesta al populismo, consiguiéndolo incluso. Nos centramos en los siguientes cuatro actores del *establishment*, que suelen ser los más activos y efectivos: 1) actores políticos tradicionales, 2) instituciones especializadas en la protección de los derechos fundamentales, 3) medios de comunicación y 4) instituciones supranacionales.

Los *actores políticos tradicionales* y los actores populistas comparten esencialmente el mismo negocio: la política. Por eso, bajo ciertas circunstancias pueden decidir cooperar y generar una alianza que les ayude a amentar la visibilidad de sus demandas y adquirir poder político. Por ejemplo, los partidos políticos tradicionales en países europeos como Austria y Finlandia han formado gobiernos de coalición con partidos populistas, mientras que en Estados Unidos varios líderes del Partido Republicano han establecido una alianza formal o informal con grupos populistas del Tea Party para obtener escaños en el Congreso.

La mayoría de los partidos políticos tradicionales toman la dirección opuesta, no obstante, y atacan descaradamente a los actores populistas. Una forma de hacerlo es aislándolos; por ejemplo, construyendo un «cordón sanitario» a su alrededor que los excluye de cualquier colaboración oficial –este ha sido el célebre caso de Bélgica con el VB–. Otro enfoque más radical es combatir a las fuerzas populistas en el poder con todos los medios disponibles, incluida la huelga general o incluso el golpe de Estado, como sucedió en Venezuela a comienzos del año 2000.

El papel de las *instituciones especializadas* en la defensa de los derechos fundamentales puede ser crucial para frenar el ascenso de los populistas. Al fin y al cabo, en las democracias liberales, instituciones como el Tribunal Constitucional Federal alemán y el Tribunal Supremo de Estados Unidos están específicamente diseñados para salvaguardar el sistema democrático liberal y proteger los derechos de las minorías contra el gobierno de la mayoría. En Europa central y oriental, el poder judicial ha sido con frecuencia el contrapeso más

importante a los actores populistas, rechazando algunas de las propuestas más intolerantes de populistas como los hermanos Kaczyński en Polonia y Mečiar en Eslovaquia. Sin embargo, esta estrategia no siempre funciona. Por ejemplo, la judicatura adoleció del poder suficiente para evitar las reformas constitucionales iliberales del gobierno de Correa en Ecuador y de Orbán en Hungría, permitiendo que estos líderes populistas concentraran poder y colocaran a simpatizantes leales en el aparato judicial.

Los *medios de comunicación* juegan una parte importante en el fracaso y el triunfo político de las fuerzas populistas. Por ejemplo, sin el respaldo de figuras destacadas de Fox News y de varias emisoras de radio locales, como Glenn Beck y Sean Hannity, cuesta comprender el ascenso del Tea Party. Algo parecido ocurrió en Austria, en donde el líder del FPÖ, Haider, sacó provecho de la muy favorable cobertura del principal tabloide del país, *Die Kronen*, en los años 1990. Más recientemente, el Partido por la Independencia del Reino Unido (UKIP) aprovechó el apoyo abierto del tabloide británico *Daily Express*, que había respaldado previamente a laboristas y conservadores. En algunos casos el actor populista es una personalidad mediática que lanza su carrera política en las redes sociales, como fue el caso del líder de Ataka, Volen Sidorov, en Bulgaria, y del líder del M5S, Beppe Grillo, en Italia. El ejemplo por excelencia de este tipo de populismo mediático es Berlusconi, que utilizó su vasto imperio mediático para lanzar su partido Forza Italia y que lo catapultara al poder.

La situación cambia bastante en Alemania, donde los medios han sido muy hostiles con el populismo de derechas y de izquierdas. Incluso un tabloide como *Bild*, que difunde un fuerte discurso populista, ataca con vehemencia a partidos como el populista izquierdista La Izquierda (*Die Linke*) y el populista derechista Los Republicanos (*Die Republikaner*).

Una situación parecida se da en el Reino Unido, a pesar del reciente viraje del *Daily Express*. Allí, todos los tabloides han

publicado titulares negativos contra el Partido Nacional Británico (BNP) en sus portadas, el más famoso de ellos en *The Sun*, que, jugando con las siglas del partido, lo describió como «*Bloody Nasty People*» (‘Maldita gente repugnante’). Esta curiosa relación de amor-odio entre los medios y los políticos populistas, que comparten un discurso pero no una lucha, es bastante común en todo el mundo y una consecuencia de que incluso la prensa amarilla sea casi siempre propiedad de fuerzas convencionales.

Las *instituciones supranacionales* también son importantes a la hora de enfrentar las fuerzas populistas. Una de las funciones esenciales de la Unión Europea y de la Organización de los Estados Americanos (OEA) es la promoción y la protección de la democracia (liberal). En efecto, ambas instituciones han reaccionado con vehemencia en ciertas ocasiones ante la llegada al poder de fuerzas populistas –el gobierno de coalición austriaco de 2000 que incluyó al FPÖ, por ejemplo– o ante ciertas medidas adoptadas por actores populistas, como la decisión de Fujimori de cerrar el parlamento peruano en 1992, por ejemplo.

No obstante, los ejemplos de Chávez y Orbán muestran que los poderes de las instituciones supranacionales son modestos frente a los populistas. Parte del problema deriva de la renuencia de los gobiernos nacionales a permitir que organizaciones extranjeras evalúen el cumplimiento de los principios de la democracia liberal. Es más, los criterios que determinan una candidatura de adhesión a organizaciones supranacionales como la Unión Europea de poco sirven más tarde: en cuanto un país entra a formar parte del club, la Unión Europea tiene escasa capacidad para controlar su respeto a la democracia y el Estado de derecho. Por último, algunos populistas pueden recurrir a apoyos internacionales, populistas y no populistas, capaces de blindarles contra sanciones internacionales –como el Partido Popular Europeo (EPP) hace con Orbán– o de moderar su impacto, como hizo Chávez con los regímenes populistas en Ecuador y Nicaragua.

¿Qué podemos aprender de este breve debate sobre las principales respuestas democráticas a la oferta de políticas populistas? La lección más importante es que existen diferentes estrategias para abordar el populismo y que las más de las veces se sitúan entre dos polos, de oposición y cooperación. Una opción es contraatacar a las fuerzas populistas y/o aislarlas. Otra, intentar interactuar con los populistas tomando en consideración parte de las cuestiones que plantean y/o incluyendo de pleno a las fuerzas populistas en el sistema político, mediante un gobierno de coalición con ellas, por ejemplo. Al final, no existen recetas universales para responder a los desafíos populistas. Todas las estrategias realistas se sitúan en algún punto intermedio entre los dos polos de la oposición plena y la cooperación plena, y en la mayoría de los casos, se aplica una amalgama de diferentes estrategias.

La estrategia más eficaz dependerá mucho de las características específicas tanto de la democracia como del desafío populista. Sin embargo, es posible identificar dos enfoques inadecuados, que desafortunadamente son sugeridos con frecuencia.

En primer lugar, en muchos casos los actores del *establishment* lanzan un ataque frontal coordinado contra los populistas. Al describirlos colectivamente como un «ellos» «malvado» y «necio», los actores del *establishment* hacen el juego a los populistas, que pueden describir su lucha política como de «todos contra uno y uno contra todos».

En segundo lugar, algunos actores establecidos arguyen que los actores populistas solo pueden ser derrotados si se adopta una parte de su mensaje populista, como han insinuado varios socialdemócratas europeos occidentales en un intento por combatir a la ultraderecha populista.

Ambos enfoques intensifican la moralización y la polarización de la política y la sociedad, que socava fundamentalmente los cimientos de la democracia liberal.

La respuesta iliberal del populismo

El populismo es parte de la democracia; más que un fiel reflejo de la democracia, el populismo es la (mala) conciencia de la democracia liberal. En un mundo donde rigen la democracia y el liberalismo, el populismo ha devenido, en lo esencial, una respuesta democrática iliberal al liberalismo no democrático. Los populistas formulan preguntas incómodas sobre aspectos no democráticos de las instituciones y de las políticas liberales, como los tribunales constitucionales y las instituciones financieras internacionales, y les dan respuestas iliberales, que a menudo cuentan con el apoyo de grandes sectores de la población (como la reintroducción de la pena de muerte).

La democracia liberal cuenta con una (potencial) tensión inherente entre los deseos de la mayoría y los derechos de las minorías. Históricamente, esto ha llevado a que tribunales constitucionales desautoricen a gobiernos, como hizo el Tribunal Supremo de Estados Unidos en los célebres casos de Brown contra el Consejo de Educación de Topeka (1954) y Roe contra Wade (1973), prohibiendo la segregación y legalizando el aborto, respectivamente. En las últimas décadas, organismos no elegidos en las urnas e instituciones tecnocráticas –como el Banco Central Europeo (BCE) y el Fondo Monetario Internacional (FMI)– han establecido su control sobre importantes terrenos políticos, limitando seriamente el poder de los políticos elegidos. Debido a la amplia adopción de reformas neoliberales y de programas como la «Nueva Gestión Pública»²¹, los gobiernos nacionales han visto su margen de maniobra muy limitado por empresas privadas, organizaciones transnacionales y la mano (in)visible del mercado.

Los políticos tradicionales han incorporado de buena gana estas políticas, pero raras veces han intentado vendérselas a sus ciudadanos. Por el contrario, suelen presentarlas como necesarias, o inevitables incluso, y el resultado de la

imposición de poderosas organizaciones extranjeras (como la Unión Europea o el FMI) y determinados procesos (como la globalización).

En consecuencia, se dedica poco tiempo a debatir hasta qué punto algunas de estas políticas son nocivas o pueden tener consecuencias imprevistas que terminen produciendo más perjuicios que beneficios. De hecho, las elites han utilizado la creciente influencia de los organismos no elegidos en las urnas y de las instituciones tecnocráticas para despolitizar cuestiones políticas controvertidas, como la austeridad y la inmigración, y minimizar de esta forma el riesgo de una derrota electoral.

La Unión Europea es el mejor ejemplo que puede citarse para ilustrarlo; una organización que se construyó conscientemente para delegar poder en instituciones que no han sido elegidas por los ciudadanos y que, por ende, existen al margen de las presiones populares. No sorprende, pues, que el «déficit democrático» sea ya casi una constante entre la Unión Europea y los populistas, cada vez más euroescépticos, que acusan a las elites nacionales y europeas de haber creado una organización supranacional que promueve el (neo)liberalismo a costa de la gente y en contra de sus deseos.

El populismo viene con distintas formas y estilos, y moviliza en contextos culturales y políticos muy diferentes, pero todos los actores populistas moralizan el debate político y tratan de (re)politizar asuntos y grupos que han sido relegados a un segundo plano. El populismo siempre propone soluciones simples a problemas complejos, y el antipopulismo hace lo mismo. Los populistas plantean desafíos complejos para todos los regímenes, incluidos los democráticos liberales.

La mejor manera de abordar el populismo es participar, por mucho que cueste, en un diálogo abierto con los actores y los simpatizantes populistas. El objetivo del diálogo debería ser una comprensión más cabal de las demandas y reivindicaciones de las elites y de las masas populistas y ofrecer respuestas democráticas liberales. Al mismo tiempo,

profesionales y expertos deberían centrarse más en el mensaje que en el mensajero. En lugar de asumir *a priori* que los populistas se equivocan, deberían examinar seriamente hasta qué punto las políticas propuestas tienen fundamento en un régimen democrático liberal.

En su intento por ganarse a los simpatizantes populistas, y acaso también a las elites, los demócratas liberales deberían evitar las soluciones simplistas que complacen al «pueblo», así como los discursos elitistas que desdeñan la competencia moral intelectual de los ciudadanos corrientes. Ambas soluciones únicamente conseguirán fortalecer a los populistas.

Y lo que es más importante, dado que el populismo suele formular las preguntas oportunas pero ofrece las respuestas erróneas, el objetivo último no debería limitarse a la destrucción de la oferta populista, sino también al debilitamiento de la demanda populista. Solo la segunda opción reforzará realmente la democracia liberal.

[21.](#) La noción de *New Public Management* ('Nueva Gestión Pública') hace referencia a un enfoque que busca rediseñar la gestión del Estado en base a los criterios económicos de las grandes empresas y, por tanto, enfatiza criterios de eficiencia y busca racionalizar el trato con los individuos, que pasan a ser vistos como consumidores.

Referencias

1. ¿Qué es el populismo?

- Margaret Canovan, *The People*, Cambridge, UK: Polity, 2005
- Rudiger Dornbusch y Sebastian Edwards (eds.), *The Macroeconomics of Populism in Latin America*, Chicago: University of Chicago Press, 1992
- Lawrence Goodwyn, *Democratic Promise: The Populist Moment in America*, Nueva York: Oxford University Press, 1976
- Richard Hofstadter, *The Age of Reform: From Bryan to FDR*, Nueva York, Knopf, 1955
- Ghita Ionescu y Ernest Gellner (eds.), *Populism: Its Meaning and National Characteristics*, Nueva York: Macmillan, 1969. [Trad. esp: *Populismo: sus significados y características nacionales*, Buenos Aires: Amorrortu, 1970].
- Ernesto Laclau, *On Populist Reason*, Londres: Verso, 2005. [Trad. esp: *La razón populista*, Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2015].
- Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Londres: Verso, 1985. [Trad. esp: *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*, Madrid: Siglo XXI, 2015].
- Cas Mudde, «The Populist Zeitgeist», *Government and Opposition* 39.4, (2004): 541-563
- Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, «Populism», en *The Oxford Handbook of Political Ideologies* (eds.), Michael Freeden, Lyman Tower Sargent y Marc Stears, Oxford: Oxford University Press, 2013, 493-512.
- Carl Schmitt, *Der Begriff des Politischen*, Berlín: Dunckler & Humblot, 1929. [Trad. esp: *El concepto de lo político*, Madrid: Alianza Editorial, 2014].
- Paul Taggart, *Populism*, Buckingham, UK: Open University Press, 2000

2. El populismo en el mundo

- Carlos de la Torre, *Populist Seduction in Latin America* (ed. rev.), Athens: Ohio University Press, 2010
- Michael Kazin, *The Populist Persuasion: An American History* (ed. rev.), Ithaca, NY: Cornell University Press, 1995
- Kosuke Mizuno y Pasuk Phongpaichit (eds.), *Populism in Asia*, Singapur: NUS Press y Kyoto University Press, 2009

- Cas Mudde, *Populist Radical Right Parties in Europe*, Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2007
- Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, «Exclusionary vs. Inclusionary Populism: Comparing Contemporary Europe and Latin America», *Government and Opposition* 48.2 (2013): 147-174
- Danielle Resnick, *Urban Poverty and Party populism in African Democracies*, Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2013
- Cristóbal Rovira Kaltwasser, «Latin American Populism: Some Conceptual and Normative Lessons», *Constellations* 21.4 (2014): 494-504.
- Marian Sawer y Barry Hindess (eds.), *Us and Them: Anti-elitism in Australia*, Perth: API Network, 2004
- Yannis Stavrakakis y Giorgos Katsambekis, «Left-Wing Populism in the European Periphery: The Case of SYRIZA», *Journal of Political Ideologies* 19.2 (2014): 119-142

3. Populismo y movilización

- Daniele Albertazzi y Duncan McDonnell (eds.), *Twenty-First Century Populism: The Spectre of Western Democracy*, Basingstoke, UK: Palgrave Macmillan, 2008
- Sergio Anria, «Social Movements, Party Organization, and Populism: Insights from the Bolivian MAS», *Latin American Politics & Society* 55.3 (2013): 19-46.
- David Art, *Inside the Radical Right: The Development of Anti-immigrant Parties in Western Europe*, Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2011
- Paris Aslanidis, «Populist Social Movements of the Great Recession», *Mobilization: An International Quarterly* 21.3 (2016): 301-321
- Julio Carrión (ed.), *The Fujimori Legacy: The Rise of Electoral Authoritarianism in Peru*, University Park: Pennsylvania State University Press, 2006
- Catherine Fieschi, *Fascism, Populism, and the French Republic: In the Shadow of the Republic*, Manchester, UK: Manchester University Press, 2004
- Ronald Formisano, *The Tea Party*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2012
- Kenneth Roberts, «Populism, Political Conflict, and Grass-Roots Organization in Latin America», *Comparative Politics* 36.2 (2006): 127-148
- Elmer E. Schattschneider, *The Semi-sovereign People: A Realist's View of Democracy in America*, Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1960
- Sidney Tarrow, *Power in Movement: Social Movements and Contentious Politics* (rev. ed.), Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2011. [Trad. esp: *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid: Alianza Editorial, 2015].

4. El líder populista

- Kirk A. Hawkins, «Is Chávez Populist? Measuring Populist Discourse in Comparative Perspective», *Comparative Political Studies* 42.8 (2009): 1040-1067.
- Karen Kampwirth (ed.), *Gender and Populism in Latin America: Passionate Politics*, University Park: Pennsylvania State University Press, 2010
- John Lynch, *Caudillos in Spanish America, 1800-1850*, Oxford: Clarendon, 1992.
- Raúl Madrid, «The Rise of Ethnopolitism in Latin America», *World Politics* 60.3 (2008): 475-508.
- Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, «Populism and Political Leadership», en *The Oxford Handbook of Political Leadership*, R.A.W. Rhodes y Paul 't Hart (eds.), Oxford: Oxford University Press, 2014, 376-388.
- Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, «Vox Populi or Vox Masculini? Populism and Gender in Northern Europe and South America», *Patterns of Prejudice* 49.1-2 (2015): 16-36.
- Paul Taggart, *Populism*, Buckingham, UK: Open University Press, 2000.
- Max Weber, *Politik als Beruf*, Stuttgart: Reclam, 1992 [1919]. [Trad. esp.: *La política como profesión*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2007].

5. Populismo y democracia

- Robert Dahl, *Polyarchy*, New Haven, CT: Yale University Press, 1971. [Trad. esp.: *La poliarquía: participación y oposición*, Madrid: Editorial Tecnos, 2002].
- Ernesto Laclau, *On Populist Reason*, Londres: Verso, 2005. [Trad. esp.: *La razón populista*, Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2015].
- Steven Levitsky y Lucan Way, *Competitive Authoritarianism: Hybrid Regimes after the Cold War*, Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2010.
- Cas Mudde, «The Populist Radical Right: A Pathological Normalcy», *West European Politics* 33.6 (2010): 1167-1186.
- Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser (eds.), *Populism in Europe and the Americas: Threat or Corrective for Democracy?*, Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2012.
- Guillermo O'Donnell y Philippe C. Schmitter, *Transitions from Authoritarian Rule: Tentative Conclusions*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1986.
- Pierre Rosanvallon, *Counter-Democracy: Politics in an Age of Distrust*, Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2008. [Trad. esp.: *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*, Buenos Aires: Ediciones Manantial, 2007].
- Cristóbal Rovira Kaltwasser, «The Responses of Populism to Dahl's Democratic Dilemmas», *Political Studies* 62.3 (2014): 470-487.
- Kathryn Stoner y Michael McFaul (eds.), *Transitions to Democracy: A Comparative Perspective*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2013.
- Charles Tilly, *Democracy*, Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2013. [Trad. esp.: *Democracia*, Madrid: Akal, 2015].

6. Causas y respuestas

Sonia Alonso y Cristóbal Rovira Kaltwasser, «Spain: No Country for the Populist Radical Right?», *South European Society and Politics* 20.1 (2015): 21-45.

Kirk Hawkins, *Venezuela's Chavismo and Populism in Comparative Perspective*, Nueva York: Cambridge University Press, 2010.

Piero Ignazi, «The Silent Counter-Revolution: Hypotheses on the Emergence of Extreme Right-Wing Parties in Europe», *European Journal of Political Research* 22.1 (1992): 3-34.

Inglehart, Ronald, *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles among Western Publics*, Princeton: Princeton University Press, 1977.

Karl Löwenstein, «Militant Democracy and Fundamental Rights, I», *American Political Science Review* 31.3 (1937): 417-432.

Peter Mair, «Representative versus Responsible Government», *MPIfG Working Paper* 8 (2009): 1-19.

Jan-Werner Müller, «Defending Democracy within the EU», *Journal of Democracy* 24.2 (2013): 138-149.

Thomas Payne, *Common Sense*, Londres: Penguin, 1982 [1776]. [Trad. esp: *El sentido común*, Madrid: Funambulista, 2015].

Cristóbal Rovira Kaltwasser y Paul Taggart, «Dealing with Populists in Government: A Framework for Analysis», *Democratization* 23.2 (2016): 201-220.

Wolfgang Streeck, *Buying Time: The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*, Londres: Verso, 2014. [Trad. esp: *Comprando tiempo: la crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Madrid: Katz Editores / Katz Barpal, 2016].

Lecturas complementarias

- BERLET, Chip y LYONS, Matthew N., *Right-Wing Populism in America: Too Close for Comfort*, Nueva York: Guilford Press, 2000.
- CONNIFF, Michael L. (ed.), *Populism in Latin America* [2ª ed.], Tuscaloosa: University of Alabama Press, 2012.
- DE LA TORRE, Carlos (ed.), *The Promise and Perils of Populism: Global Perspectives*, Lexington: University of Kentucky Press, 2015.
- DE LA TORRE, Carlos y ARNSON, Cynthia J. (eds.), *Latin American Populism in the Twenty-First Century*, Washington, DC: Woodrow Wilson Center Press, 2013.
- FORMISANO, Ronald, *The Tea Party*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2012.
- KAZIN, Michael, *The Populist Persuasion: An American History* (ed. rev.), Ithaca, NY: Cornell University Press, 1998.
- KRIESI, Hanspeter y PAPPAS, Takis (eds.), *European Populism in the Shadow of the Great Recession*, Colchester, UK: ECPR Press, 2015.
- LACLAU, Ernesto, *On Populist Reason*, Londres: Verso, 2005. [Trad. esp: *La razón populista*, Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2015].
- MUDDE, Cas. *Populist Radical Right Parties in Europe*, Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2007.
- MUDDE, Cas y ROVIRA KALTWASSER, Cristóbal (eds.), *Populism in Europe and the Americas: Threat or Corrective for Democracy?* Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2012.
- PANIZZA, Francisco (ed.), *Populism and the Mirror of Democracy*, Londres: Verso, 2005.
- TAGGART, Paul, *Populism*, Buckingham, UK: Open University Press, 2000.

Título original: *Populism. A Very Short Introduction*

Traducción de: María Enguix Tercero

Populism. A Very Short Introduction ha sido publicada originalmente en inglés en 2017. Esta traducción se publica por acuerdo con Oxford University Press. Alianza Editorial es la única responsable de la traducción de la obra original y Oxford University Press no será responsable de ningún error, omisión, imprecisión o ambigüedad en dicha traducción ni de cualquier problema derivado de la confianza depositada en Alianza Editorial.

Edición en formato digital: 2019

© Oxford University Press, 2017

© de la traducción: María Enguix Tercero, 2019

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-422-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es